

LUZ Y TINIEBLAS

Ó SEA

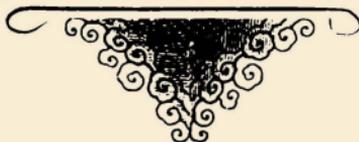
Los principales Errores
contra la Religión á la Luz de la Fe
y de la sana Razón

PUBLICACIÓN DE LA

SOCIEDAD «PROPAGACIÓN DE BUENOS LIBROS»



CON APROBACIÓN ECLESIASTICA



Buenos Aires

TALLERES GRÁFICOS DE BUFFET Y WYDLER, CALLE CALLAO 443

1899

44562



JUICIO CRÍTICO

DEL

ILLMO. SEÑOR OBISPO DE JASSO,

DR. D. GREGORIO ROMERO

sobre el libro "Luz y Tinieblas" (1)

Señor Director de la Sociedad •

PROPAGACIÓN DE BUENOS LIBROS.

Señor Director: He leído con fruición y esparcimiento el libro de doctrina medulosa y saludable que ha editado ultimamente la Sociedad que Vd. representa, impulsa y acrece con tanta cordura como raro tesón.

Difundir obras de lectura grave y meditada, siquiera diluciden temas que atañen á todo hombre civilizado, es improba y mal remunerada empresa, cuando pululan á porrillo en escaparates de calles y andenes romances de broza literaria que complacen y alientan pasiones vulgarmente triunfantes y siempre insaciables.

Componer, corregir y compaginar un libro, cuando la hoja diaria ensanchándose absorbente, ahoga y mata el volúmen con fuerza prepotente, apunta una firme persuasión y un entusiasmo abnegado dignos de un aplauso y de un pronóstico halagador; pues la recompensa inmediata suele ser el estímulo del ingenio, y es sabido que la causa más rematadamente desvalida puede rehabilitarse y concluir por tornarse fuerte cuando le sirve una enérgica convicción.

Las proporciones modestas de su trabajo me dicen que Vd. ha tenido á lo vivo, delante de sus ojos, el rival formidable antes mencionado, y que pugnando por ser leído, ha compendiado su erudición y ha puesto atajo á la riqueza de su lógica. Se ha propuesto ser breve y reconozco que lo ha conseguido victoriosamente, sin escollar en el tropiezo señalado por Horacio, de caer en la oscuridad incomprensible.

LUZ y TINIEBLAS título de su libro, presenta un cuadro en cuyo designio se trazan contornos sombríos mediante objeciones presentadas vigorosamente contra la verdad cristiana, y en el cual clarea al propio tiempo con resplandor nitido, apacible y que penetra hasta el alma, la luz de una

réplica que parece aumentar su brillo con la resistencia opuesta.

Los capítulos en que se divide el libro, contienen una serie de cuestiones, antiguas las más, pero incesantemente renovadas, y las otras novisimas que desprenden el calor humeante de este final de siglo que fenece. Y todas aparecen expuestas con método sencillo, sustentadas las proposiciones con diáfana argumentación, abonadas con hechos históricos de sana crítica y salvados ilesos de reñido combate.

El fondo, léase la urdimbre de la obra, es de malla férrea: con nexo indisoluble se desenvuelve sin flojedad y sin lagunas, y el buen sentido queda complacido, porque nunca olvida que lo sencillo y lo natural son el esplendor de la verdad.

Sin pretensiones ni conatos literarios, el estilo empleado por Vd. trasmite la idea límpida, comprensible y asimilable, y como quiera que tocar esta meta, sea el principal deber del escritor honrado, no trepido en celebrar la túnica sencilla y moderada con que presenta su obra..

Por encima de estas cualidades advierto un rasgo saliente de su libro: es eminentemente práctico. Y tal carácter no se estampa en una obra sino con el acopio de una experiencia y labor de una abeja. Su autor ha sabido estar en los ápices de variadas cuestiones muy sutiles, y tomando con tino la madeja entropizada, aciertá á desenmarañar lo que el error, culpable ó inocente, enredó con desesperante desbarajuste. Por el camino más corto y más llano se encuentran como por encanto

soluciones sustanciosas y que satisfacen, de problemas que exigirían hojear páginas y páginas de sendos infolios. (*Aquí viene una indicación muy oportuna de que nos aprovecharemos sumamente agradecidos, en otra edición de esta obra*).

Concluyo haciendo votos porque su libro corra de mano en mano entre los hombres de corazón sano y de intención no fingida que buscan la verdad; que muchos obreros lo conozcan y que Vd. persistiendo en su bendito empeño, escriba pronto una obrita que tenga por objeto iluminar y consolar á los hombres del trabajo rudo y encallecedor.

Lo quiere con toda el alma su amigo

† GREGORIO, Obispo de Jasso.

Septiembre de 1899.

(1) **LUZ y TINIEBLAS** ó sea los principales errores contra la Religión etc.

Publicación de la Sociedad "**Propagación de Buenos Libros**".
Buenos Aires — Calle Cuyo 1949.

Á los Ilmos. y Redmos. P. P. del Concilio Latino-Americano.

¿A quién mejor que á Vosotros, Ilmos. y Rmos. Sres., puede ofrecerse este humilde opúsculo, que sale á la luz pública, precisamente cuando Vosotros lejos de vuestra patria, congregados en tórno de la Cátedra infalible de la verdad, deliberáis sobre el plan de batalla que debéis seguir en adelante, para arrollar las huestes del error, disipar las negras sombras que señorean tantas inteligencias y hacer que se reflejen en ellas los clarísimos resplandores del Sol eterno de la verdad? Sobre vuestras augustas frentes se proyectan ahora los inmortales rayos de aquella Luz indeficiente y viva, que alumbra á todo hombre que viene á este mundo; laten vuestros nobles corazones al generoso impulso del amor más acendrado á las almas á vuestro cuidado y pastoral solicitud encomendadas; uno es vuestro anhelo, una vuestra ambición, ver todas las generaciones postradas ante la Cruz, símbolo augusto de nuestra inmortal grandeza, y el Sol del Evangelio brillando esplendoroso en el horizonte sin nubes de los pueblos, y á su luz marchando la humanidad segura á las conquistas del verdadero progreso y de sus eternos destinos. A secundar vuestros intentos en tan generosa empresa se encamina esta obrita que con el título de "Luz y Tinieblas" Os ofrece respetuosa rogandoos la acojais benignos y á ella otorgueis vuestra pastoral y santa bendición.

Fiesta de la Sma. Trinidad del año 1899.

Sociedad "Propagación de Buenos Libros"

Buenos Aires

Calle Cuyo 1949

APROBACIÓN

Ílmo Señor Obispo de Delcos, Dr. D. Juan N. Terrero.

En cumplimiento de lo dispuesto por S. Ilma., he examinado el libro que lleva por título «Luz y Tinieblas», editado por la Sociedad: «Propagación de Buenos Libros», y creo merece la aprobación de la Autoridad Eclesiástica, no solo porque no contiene nada contrario á la fe ni á la moral, sino porque trata con solidez, claridad y precisión temas de actualidad, y su lectura podrá contribuir para desvanecer muchas prevenciones que existen contra la Iglesia y sus doctrinas.

Buenos Aires, Mayo 8 de 1899.

Can. Marcelino Lourtet.

Mayo 8 de 1899.

Visto el anterior informe, aprobamos la obra titulada «Luz y Tinieblas», permitimos su impresión y aconsejamos su lectura que ha de producir tanto bien á los fieles.

† JUAN N. TERRERO,
Obispo Titular de Delcos, Gobernador del Arzobispado.

OBRAS PUBLICADAS

POR LA

SOCIEDAD "PROPAGACIÓN DE BUENOS LIBROS"



- I. — Tesoro de la Familia Cristiana.
- II. — Devocionario para las Misiones.
- III. — Los tres nuevos Santos de la Compañía de Jesús.
- IV. — El Paraíso.
- V. — Pasión y Muerte del Divino Redentor
- VI. — Católico verdadero en los tiempos modernos.
- VII. — Guida al Cielo.
- VIII. — The Cristian's Duty.
- IX. — The true Church of Christ.
- X. — Los Secretos de la Magia Moderna ó sea los Prestigios del Magnetismo, del Espiritismos y del Hipnotismo.
- XI. — Errores y Falsificaciones de la Historia.
- XII. — Vida de San Luis Gonzaga, de la Compañía de Jesús
- XIII. — Lectura recreativa y moral.
- XIV. — Guia segura para conocer la verdadera Iglesia de Jesucristo.
- XV. — Consuelo para enfermos y atribulados.
- XVI. — Las Diversiones y la Moral
- XVII. — Reflexiones sobre la civilización en la Rep. Arg.
- XVIII. — Ausser und in der Katholischen Kirche.
- XIX. — Las Glorias de San Miguel Arcángel.
- XX. — Luz y Tinieblas.

Estas obras se encuentran en la Administración de
nuestra Sociedad

Buenos Aires

Calle Cuyo 1949

Se reserva el derecho de reimpresión.

PRÓLOGO

Desconsolador es para esta porción de la América, la déhigrante afirmación, hecha por el apóstol de los mercaderes de las letras en Francia, de que el mejor mercado de sus asquerosos libros es la República Argentina.

Verdaderamente, no hay alma cristiana en esta tan noble República, ni corazón recto, ni sensato entendimiento, que no se sienta oprimido con la triste realidad de este aserto.

La Sociedad «Propagación de Buenos Libros» se ha propuesto hacer frente á la invasión de esos venenos, que, infiltrándose en el individuo, anonadan á la familia y á la sociedad, y lo ha hecho con tan buen éxito que, donde quiera que haya llegado su benéfica influencia, se ven remediados muchos males, que de plorábamos, y renacida la fe y las buenas costumbres; merced á la poderosa protección del glorioso San Miguel, bajo cuyo amparo está constituida y procura llevar á feliz término la empresa comenzada.

Cada libro, publicado por nuestra Sociedad, es un nuevo triunfo en la lid empeñada: «*La Guía segura para conocer la verdadera Iglesia de Jesucristo.*» ofrece la mano á los heterodoxos para ingresar al catolicismo; las *Reflexiones sobre la civilización en la República Argentina* muestran con claridad y precisión cual es el objeto primordial de la verdadera civilización en cada país; los «Secretos de la Magia Moderna» es un opúsculo, que encierra en sí la hermosa y bella doctrina de los Teólogos de la Iglesia contra los prestigios del magnetismo, espiritismo, é hipnotismo. Hermoso y conmovedor es «*La Pasión y Muerte del Divino Redentor*» para enternecer y confortar á las almas piadosas en su pena ante la más sublime tragedia, que atónitos presenciaron los

siglos; el «*Católico verdadero en los tiempos modernos*» señala á cada soldado de Cristo el puesto que en el combate le corresponde; el «*Consuelo para enfermos y atribulados*» y el «*Paraiso*» ofrecen al doliente y al triste en medio de sus dolores y lágrimas los consuelos de los goces inefables que en el cielo nos esperan. El «*Devocionario para las misiones*» compañero inseparable del apóstol de Cristo, librito, que en el trascurso de pocos años ha sido reproducido en 41 edic. de á 10,000 ejemplares cada una; prueba la utilidad que ha reportado en las almas piadosas. No hay para que mencionar el «*Tesoro de la Familia Cristiana.*» *Los Errores y Falsificaciones de la historia*; la *Leetura recreativa y moral* etc., etc., cuya aceptación es de todos muy conocida.

Al publicar hoy día su 20^o opúsculo la Sociedad «*Propagación de Buenos Libros*» ofrece á sus lectores un indispensable *vade mecum* para confirmarse cada uno solidamente en la verdadera fe católica y para defenderse de los ataques de numerosos adversarios en materia de religión. Porque, siendo tanta la oscuridad por donde navega nuestra mísera inteligencia, que apenas puede por sí misma descubrir un rayo de luz, para cruzar segura los espacios de la vida; ha sido menester disipar las tinieblas del error, en que está envuelta, con la luz vivísima de nuestra sacrosanta fe y enseñanzas cristianas. Para este fin, el presente libro se dividirá en dos partes, que son: «*Luz admirable de la fe, y Tinieblas profundas del error.*» No dudamos que este libro, leído con calma y sin prevención, llevará con la divina gracia el fruto, que nosotros deseamos para la mayor gloria de Dios y la salud de las almas.

Buenos Aires, Fiesta de la Santísima Trinidad de 1899.

La Sociedad: "Propagación de Buenos Libros"

PRIMERA PARTE

LUZ ADMIRABLE DE LA FE

“Vosotros ¡oh Cristianos! sois el linaje escogido . . . á quien de las tinieblas llamó Dios á su maravillosa luz.” (1 Petri 2, 9)

Es la fe una de las dádivas más espléndidas que hemos recibido de la soberana munificencia y largueza de Dios N. S.

En efecto, mientras navegamos por el proceloso mar de este mundo, necesitamos un faro, que nos alumbre nuestro derrotero y nos trace el rumbo, que debemos seguir, si queremos un día aportar á las riberas de la eterna bienaventuranza. Este faro es la fe, la cual con su luz sobrenatural nos manifiesta, como en un espejo, las delicias eternas de la gloria. La luz de este faro esplendente es del todo proporcionada á la oscuridad de este destierro y nos guía por un camino seguro á nuestra querida patria.

Esta luz todo lo vivifica en nosotros, todo lo hermosea, todo lo perfecciona y nos acompaña hasta el último momento de nuestra vida para hacernos verdaderamente felices: Para

conocer, pues, y apreciar mejor las excelencias y grandezas de tan rico tesoro será necesario entrar en pormenores, viendo en distintos capítulos las nociones de nuestra santa fe, la divina Revelación, el Magisterio infalible de la Iglesia y del Romano Pontífice, en fin la necesidad de la fe y sus cualidades.

Para mayor claridad adoptaremos un estilo llano y sencillo, que esté al alcance de todos, aun de aquellos, que carecen de estudios científicos ó teológicos.



CAPÍTULO I.

NOCIONES DE LA FE

1. La fe en sentido católico es una virtud, que Dios infunde, por la cual, sin dudar lo más mínimo, tenemos por verdad todo cuanto Dios ha revelado y la Iglesia católica nos propone para que lo creamos.

Hay unos conocimientos que llamamos naturales, porque están dentro de los límites de la naturaleza. Estos son los que adquirimos por los sentidos, viendo, oyendo, oliendo, gustando y palpando las cosas. Hay otros que llamamos sobrenaturales, porque están sobre

los límites de la naturaleza, y estos son los, que Dios nos ha revelado. Nuestro entendimiento, siendo una chispa de la luz divina, hace prodigios en el país de la naturaleza; registra, penetra, compara, discurre, y llega á adquirir en él vastos y profundos conocimientos; pero no puede salir de él. Hay otro país sobre el de la naturaleza, más extenso sin comparación y más maravilloso; y este es el país de la fe. Los grandes talentos, que ensoberbecidos con los conocimientos de las cosas naturales, han querido sujetar á sus cálculos y medidas las cosas sobrenaturales de la fe, han caído oprimidos bajo el peso de su grandeza (Prov. 25, 27), porque el talento, sea cual fuere, nunca pasa de ser una luz natural, y esta luz no es la fe. La fe es aquella admirable luz sobrenatural, que, durante nuestro destierro, nos descubre las cosas sobrenaturales, que Dios se ha dignado revelarnos, es una virtud divina, que Dios infunde en nosotros, y que nos inclina y lleva á creer todo lo que El mismo ha revelado á la Iglesia.

2. La fe es un don celestial y una operación de la gracia divina, la cual ilumina nuestro entendimiento y mueve nuestra voluntad á tener por indudablemente verdadero todo lo que Dios ha revelado. Esto se deduce claramente de las palabras del Apóstol (Eph. 2, 8): «Por la gracia sois salvos por medio de la fe, y esto no por nosotros.» Por consiguiente, la fe cristiana es don de Dios no merecido, y una gra-

cia del Señor. Y en efecto, Dios por pura bondad nos ha manifestado las verdades que debemos creer, nos ha dado la vida por medio de padres católicos, nos ha llamado á la fe católica por el santo Bautismo, provee á que seamos instruidos en las verdades que todo cristiano debe creer, y por último nos comunica otras varias gracias interiores y auxilios para creer; pues la palabra del más fervoroso catequista ó del predicador más persuasivo, aunque confirmasen su doctrina con milagros, no bastaría por sí sola para que el hombre creyese como se debe las verdades reveladas. ¿Quién anunció jamás la palabra divina con mayor fuerza y fervor que Jesucristo, Señor nuestro? ¿Y cuántos y cuán incontestables milagros no hizo á vista de sus oyentes para confirmar su doctrina? y sin embargo, pocos de ellos, y aun de los más instruidos, creyeron. ¿Y porqué no creyeron? Porqué no quisieron. Para ser justo, dice el Apóstol (Rom. 10, 10), se cree no solo con el entendimiento sino con el corazón. Y si la fe fuese solo del entendimiento, sin tener en ella parte la voluntad, ni Dios la recompensaría ni castigaría la infidelidad, ni tampoco hubiese dicho: «El que creyere y fuere bautizado será salvo; más el que no creyere será condenado» (Marc. 16, 16). Y en efecto, la fe es luz. Como la luz del sol da claridad y hace que podamos ver, y sin esta luz ni aun los mejores ojos podrían ver cosa alguna, así produce la fe claridad en nuestra alma con que podamos

ver claramente qué cosas debemos tener por verdad, como reveladas que han sido por Dios. Y así como el hombre puede cerrar sus ojos para no ver la luz del sol, así también puede cerrar los ojos de su alma y no conocer, ni creer las verdades celestiales que han sido manifestadas por la luz divina de la fe.

Muchos se niegan á creer los milagros de que habla el Evangelio, y sin embargo desean verlos con sus propios ojos. Si hubiésemos visto, dicen, los milagros que vieron los judíos no tardaríamos un momento en creer en Jesucristo. ¡Vanas palabras! También los escribas y fariseos exclamaban cuando Jesús estaba pendiente de la cruz: «Si es rey de Israel, que baje ahora de la cruz y creeremos en él» (Math 27, 42). Más, cuando los soldados, que custodiaban el sepulcro, fueron anunciando que Jesús había resucitado de entre los muertos, á pesar de que este milagro era mucho mayor que el pedido por ellos, no sirvió sino para endurecer más sus corazones. Si los que se llaman á sí mismos librepensadores y amigos de las luces se examinaran bien y cediesen á la voz de la conciencia, que les advierte su triste flaqueza, reconocerían que la incredulidad y libertad de pensar, de que se glorían, estriban frecuentemente en una vergonzosa pasión ó en una mala inclinación de sus corazones. Escusado es probar la verdad del cristianismo á los que están resueltos á no renunciar á sus malas pasiones. La perversión de sus almas obscurece la luz

de sus entendimientos, y aunque viesan resucitar á un muerto no creerían. (Luc. 16, 31). Porque nadie cree si no quiere creer, y por esto también solo se promete la gracia y la paz á los hombres de buena voluntad. (Luc. 2, 10). ..

3. Debemos creer «todo cuanto Dios ha revelado», porque Dios es la verdad eterna é infalible. Y efectivamente, los conocimientos adquiridos por la razón no son el fundamento de nuestra fe, como ni otra garantía humana, sino Dios, verdad por esencia. Por esto la fe es la más alta sabiduría; por esto creemos sin temor de engañarnos, y con entera sumisión de nuestro entendimiento y voluntad; por esto creemos los más recónditos misterios sin entrar á escudriñar curiosamente; por esto, en fin, creemos más firme que si conociésemos la verdad viendo las cosas por nuestros propios ojos; porque los sentidos pueden engañarse, pero Dios no, ni tampoco engañarnos. «Cielo y tierra pasarán, pero la palabra de Dios permanecerá eternamente». (Matth. 24, 35).

Y de ningún modo es contrario á la razón el creer en los misterios, antes bien no hay nada más necio que pretender creer solamente lo que se entiende. La naturaleza tiene como la religión misterios inexplicables. Todos los dias vemos á las arañas tejer sus telas, á las abejas fabricar sus celditas, á las aves hacer sus nidos, ¿ y como es posible que estos animalitos sin razón hagan tales cosas con tanto arte? ¿ quién lo explica?. Cosas hay ocultas al igno-

rante y patentes al entendido. ¿Y es contrario á razón que aquel crea á éste?. Asegura, por ejemplo, el astrónomo que el sol dista de la tierra más de veinticinco millones de leguas, y el ignorante contesta con decisión: ¿Cómo puede ser esto?. No hay quién haya hecho el viaje del sol á la tierra para poder medir la distancia. Ríese el astrónomo al oírle; ó irritado le replica: ¡Ah necio, que no crees sino lo que alcanza tu limitado talento!

Ahora bien, cuando habla Dios y nos revela de sus infinitas perfecciones cosas, que no podemos comprender, ¿no sería incomparablemente más necio no dar crédito á su divina palabra?. ¿Acaso no ha de saber Dios más que nuestro limitado entendimiento? Pues bien; todas las infinitas cosas, que Dios sabe y que nosotros ignoramos, son para nosotros otros tantos misterios.

Presenta á un ciego de nacimiento una mesa pintada, y luego que la haya palpado, dile que tu ves en ella dibujadas casas, árboles, montañas y hombres; por cierto, no le parecerá imposible, pues él mismo ya lo sabe que no entiende de colores ni de pinturas. Hé aquí un misterio para él, ¿qué le falta para entenderlo claramente?. El órgano apto para ello, que es el de la vista. Pues bien; nosotros somos como ciegos de nacimiento respecto á muchas cosas divinas. Es nuestra ciencia imperfecta en este mundo, y no vemos á Dios sino como en un espejo y en enigma (I Cor. 13). Así que

nada hay más racional que creer hasta que llegue el día de ver cara á cara. Exceden, por cierto, los misterios nuestra razón, esto es, son demasiado sublimes para que nuestro limitado entendimiento pueda penetrar su esencia y fundamento, pero no son de ningún modo contrarios á nuestra razón, ni contienen nada imposible ó absurdo. Lo incomprendible es que haya quienes vean en ellos algo imposible, ya que para llamarlos imposibles habría de verse la invisible esencia de Dios, la inmensidad de su omnipotencia, de su sabiduría y de su infinita bondad. Ni rebaja la fe á la razón, sino que la eleva, dándole mayor agudeza y penetración, y lo que es un telescopio para la vista, eso y más es para la razón la fe. La vista corta alcanza mucho más con el telescopio de lo que sin él vería; así, nuestros entendimientos participan en algún modo con la fe del entendimiento divino, y llegan á conocer verdades que sin ella le quedarían ocultas, y que solo Dios conoce perfectamente. Religión sin misterios es religión sin Dios, pues no hay misterio mas incomprendible que Dios mismo, es decir, aquel Ser divino, eterno, infinito, omnipotente, y que siendo simplicísimo, es al mismo tiempo inmenso y está en todas partes.

4. Jesucristo hizo á la Iglesia depositaria de la Revelación, y le ha dado la misión de enseñarnos.—Si un Rey dá sus órdenes y encarga á un magistrado las comunique á sus vasallos, es claro que estos las han de recibir de éste.

Tal es nuestro caso. Jesucristo trajo del cielo la doctrina que todos deben creer para salvarse, y la comunicó á su Iglesia con el encargo de conservarla pura y de enseñarla á todos los pueblos de la tierra. A la Iglesia, pues, hemos de acudir, á ella hemos de preguntar cuáles son las verdades reveladas por Dios y que nosotros hemos de creer. Y la Iglesia católica, fiel á la palabra del Señor, nos las propone en efecto, instruyéndonos por medio del sumo Pontífice, de los Obispos, Párrocos y demás Sacerdotes en las verdades de la fe, y mandando que creamos en ellas. La Iglesia nos enseña en virtud del mandato recibido de Jesucristo y en su nombre, y el mismo Lutero dijo una vez que la boca de la Iglesia era la boca de Dios. Pero no nos hemos de contentar con confesar esto, sino que hemos de someternos humildemente á la Iglesia y oirla con reverencia.



CAPÍTULO II.

DE LA DIVINA REVELACIÓN

5. No se contentó Dios con darnos la luz de la razón para conocer la verdad, sino que por la sobreabundancia de su amor quiso hacerse nuestro Maestro. Por esto vino y nos habló por manera sensible, y ante todo á nuestros primeros padres y Patriarcas, Adán, Noé, Abraham, Isaac y Jacob; y más adelante por medio de Moisés y por los Profetas. A estos los instruía por sí mismo de palabra, ó con luces interiores, ó por medio de santos ángeles, encargándoles igualmente instruir á los pueblos y á sus descendientes. Por último, envió del cielo á su Unigénito Hijo, para que, tomando nuestra naturaleza, anduviese visible entre los hombres, enseñándoles los divinos misterios (Hebr. 1, 1 y 2.). Ahora bien; la revelación es lo que Dios manifestó por medio de Patriarcas y Profetas, y por Jesucristo y sus Apóstoles para nuestra salvación.

6. No hubiéramos conocido, sin la divina revelación, muchas de las verdades necesarias para nuestra salvación. ¿Qué sabríamos, sin la revelación, del augusto misterio de la Santísima Trinidad, del de la Encarnación del Hijo

de Dios y de la redención del mundo?, ¿qué del destino del hombre á la felicidad del cielo? ¿qué de los medios de conseguirla?. Nada absolutamente, pues nuestro espíritu no es capaz con nuestras propias fuerzas de contemplar la divina esencia, ni de penetrar sus eternos designios.

La religión tiene otras verdades que no exceden á la luz de la razón, como, por ejemplo, que hay un Ser supremo y eterno, el cual crió y gobierna el mundo, recompensa la virtud y castiga el vicio; que nuestra alma es inmortal y obligada á dar culto á Dios. Pero estas verdades no serían sin la revelación conocidas de todos, y no sin mezcla de errores, puesto que la luz natural de nuestro entendimiento quedó muy debilitada con el pecado original, y porque se turba frecuentemente con las desenfrenadas pasiones del corazón humano. Esta insuficiencia de la razón se demuestra palpablemente por los extravíos en que cayeron todos los pueblos antes de la venida de Jesucristo, así que se alejaron de las fuentes puras de la divina revelación. Sus opiniones acerca de Dios fueron tan extravagantes que no sólo adoraron al sol, al fuego y á las estátuas de madera como dioses, sinó también á los animales y plantas; razón por la que pudo decir un antiguo poeta: ¡Oh santas gentes para quienes nacen dioses en los huertos! No hay duda que algunos sabios llegaron á conocer la falsedad de la doctrina de los dioses; pero los más ilus-

tres de ellos les ofrecieron sacrificios, ya por respetos humanos, ya por pequeñez de ánimo. Por ultimo, ellos mismos confesaban «que si alguien no venia á disipar las tinieblas en que se hallaban, nadie podría saber como había de conducirse respecto de los dioses y de los hombres (Platón, Alcibíades, Apología de Sócrates etc.). ¡Qué bienhechora es para nosotros la luz de la divina revelación si la comparamos con la engañosa ilustración de la sabiduría humana! Y, sin embargo, los incrédulos de nuestros días, extraviados por las pasiones, divinizan á la razón, y se llaman amigos de las luces, se conjuran para privarnos del inestimable don de la fe, aborrecen la luz celestial y quisieran que se apagara en el mundo. ¿Pero qué pretenden darnos en compensación del don de la fe?. La escasa luz de la razón, doctrina oscura y sin consuelo, que nos deja en la más penosa incertidumbre acerca de Dios y de nuestro eterno destino. Pretenden darnos una doctrina á su vez contraria á la razón, que no admite diferencia esencial entre la virtud y el vicio, que, puesta en práctica, conduce necesariamente á la barbarie, de que nos sacó la Religión católica. Los horrores de la gran revolución francesa á fines del pasado siglo, con todos los males que trajo á Europa, no son sino venenosos frutos de aquella sabiduría pagana que la incredulidad pretende sustituir á la revelación.

CAPÍTULO III.

DOS FUENTES DE LA FE

7. Las verdades de la religión reveladas por Dios debieron pasar hasta nosotros reunidas en un libro, ó bien los primeros que las recibieron debían hacerlas conocer de palabra á otros, y estos á sus sucesores, y así sucesivamente hasta nosotros. Plugo á la divina Sabiduría de servirse de estos dos medios á la vez, y así recibimos la divina Revelación por la Escritura y por la Tradición, que son las dos fuentes de donde la toma la Iglesia católica.

En la sagrada Escritura tenemos, por decirlo así, una carta que Dios nos ha escrito; en la Tradición un embajador que nos ha enviado. Y por esto dice el Concilio Vaticano (sess: III, cap. 2): «Esta Revelación está contenida en los libros santos y en las tradiciones recogidas de la enseñanza oral de Jesucristo, ó de la inspiración del Espíritu Santo y transmitidos hasta nosotros por los Apóstoles y sucesores suyos.»

§ 1.

De la Sagrada Escritura

8. Se da el nombre de libros santos ó sagrada Escritura, ó Biblia, á un conjunto de libros, escritos por inspiración del Espíritu Santo, y que son reconocidos por la Iglesia como palabra de Dios. Los libros sagrados escritos antes de la venida del Mesías, se llaman Antiguo Testamento porque se refieren á la Antigua Alianza, hecha por Dios con los hombres antes de Jesucristo. Los que fueron escritos después de la venida del Redentor se llaman Nuevo Testamento ó Nueva Alianza, por referirse á la de Jesucristo para la salvación del género humano. Luego que el hombre se apartó de Dios por el pecado, el Señor hizo con él alianza, prometiéndole un Redentor y dando la seguridad de reinar en el cielo á los que creyesen en el Mesías prometido y viviesen piadosamente. Esta alianza fué confirmada más adelante en el monte Sinaí, y cuando de hecho vino el Redentor prometido, hizo Dios con los hombres nueva alianza eternamente duradera, prometiéndoles abundancia de gracias espirituales y la bienaventuranza eterna. «El testamento, dice el Apóstol (Hebr. 9, 17), vale por la muerte del testador»; y habiendo sido sellada la nueva alianza por la muerte de Jesucristo, llámase con razón testamento. También se dice el nombre de testa-

mento á la antigua alianza, porque fué sellada con la sangre de víctimas de sacrificios simbólicos del de Jesucristo.

9. El Antiguo Testamento consta de libros históricos, doctrinales y proféticos.—En los *libros históricos* se refiere lo que Dios hizo por los hombres desde el principio del mundo, cómo los crió, les dió su gracia y les prometió el cielo; cómo los castigó después del pecado y les prometió un Salvador; y las cosas que especialmente hizo por el pueblo judío, para que creyese en Dios y en el futuro Salvador, y guardase sus mandamientos. En los *libros doctrinales* da Dios enseñanza no sólo á los Judíos, sino á todos los hombres cómo han de vivir y servirle, para que vivan contentos y felices en este mundo, y logren algún dia la eterna bienaventuranza en el otro. — En los *libros proféticos* predijo Dios muchas cosas á los judíos por medio de los profetas, especialmente acerca del Salvador prometido, exhortándoles además á tener fe y confianza, y á hacer penitencia.

El Nuevo Testamento consta de los cuatro Evangelios, de los Hechos de los Apóstoles, de las Epístolas de S. Pablo y de otros Apóstoles y de las Revelaciones misteriosas del Apóstol S. Juan.

10. Un cristiano ha de creer con firmeza y sin vacilar, no sólo la verdad de la Sagrada Escritura, sino también su divinidad, es decir, ha de creer que toda la Escritura Sagrada fué escrita bajo la especial dirección y constante

inspiración del Espíritu Santo, y que por tanto, es la misma expresión suya, la infalible palabra de Dios. San Pablo dice (II Tim. 3, 10) que «la Sagrada Escritura es inspirada de Dios». San Pedro (II Epist 21) refiriéndose á las profecías dice expresamente, que ninguna profecía se hizo por voluntad humana, sino que los hombres santos hablaron impulsados por el Espíritu Santo, esto es, por inspiración. Por esto la Iglesia apeló desde el principio á la Sagrada Escritura como á palabra de Dios, empleando estos términos expresivos: «Así lo dice y enseña el Espíritu Santo en la Sagrada Escritura». Ya San Clemente Papa, discípulo de los Santos Apóstoles, llamó á la Sagrada Escritura la verdadera expresión y el oráculo del Espíritu Santo. San Ireneo dice que fué dictada por él Espíritu divino. Y si faltaran estos y mil otros testimonios de los Santos Padres que podrían aducirse, habrían de bastarnos las decisiones de los Concilios de Florencia y de Trento, para mostrar que la Sagrada Escritura fué inspirada y dictada por el Espíritu Santo, y que por lo mismo es verdaderamente la palabra de Dios.

11. Si un hombre instruido en las ciencias profanas, pero ignorante en materias de religión — como los hay muchos hoy día — dudase de la inspiración, de la autenticidad é integridad de la Biblia. se le podría contestar como lo hizo en cierta ocasión un ilustrado eclesiástico: Decidme caballero, ¿dudais por ventura de la autenticidad de las obras de Platón, de Ho-

racio ó de Virgilio?. Jamás se me ha ocurrido semejante duda, contestó.—Pues ¿cómo sabéis que esas obras fueron escritas por los grandes ingenios de quienes toman el nombre?—¿Cómo lo sé? Del mismo modo que sabemos todos los hechos de la antigüedad; porque todo el mundo está y ha estado siempre acorde en atribuirse los. Yo sería el primero en mirar como á locos al que se atreviese á rechazar semejante testimonio.—Perfectamente.—Pues sabed, caballero, que un testimonio mil veces mas sólido, mil veces mas cierto, nos asegura que los libros del Antiguo y Nuevo Testamento han sido inspirados por Dios, y escritos por los hombres de quienes toman el nombre; y sino decidme ¿sabéis que alguno haya muerto ó estado pronto á morir para defender la autoridad de las obras de Virgilio ó de Platón?—No, ni creo que haya habido nunca un hombre semejante.—Sin embargo, millares de judíos y de cristianos han muerto por sostener la inspiración y la autenticidad de nuestros Libros Santos, y muchos otros miles morirían aún, si necesario fuese, por la misma causa. ¿Qué os parece?, ¿son recusables en buena lógica unos testigos que se dejan matar por sostener la verdad de sus deposiciones?—Jamás había pensado en esto.—Pues aún hay más. El testimonio que me asegura la inspiración y la autenticidad de la Biblia es mucho más antiguo y general que el vuestro, porque consiste en la opinión unánime de los grandes pueblos, el pueblo judío y el

cristiano, cuya existencia reunida forma más de tres mil y quinientos años. ¿Qué os parece? ¿Basta semejante testimonio para explicar y legitimar la fe del hombre cristiano? ¿Merecemos que se nos califique de espíritus débiles, cuando, apoyados en tal testimonio, creemos en la inspiración y en la autenticidad de nuestros Libros Sagrados?—Yo creo, mi apreciable señor cura, que vais á convertirme—Yo también lo creo, porque no podeis menos de hacerlo, so pena de inconsecuencia.

Pasemos ahora á la integridad de la Biblia. En este punto, lo mismo que en los anteriores pronto seréis de mi opinión. Vos mismo lo juzgaréis. ¿Cómo sabéis que las obras de Platón, de César, de Virgilio han llegado hasta nosotros tales como salieron de las manos de sus autores? ¡Ah! ya os entiendo, vais á probarme la integridad de la Biblia del mismo modo que me habéis probado su inspiración y autenticidad, esto es, demostrándome que está acreditada por un testimonio mucho más seguro que aquel en que me fundo para creer la integridad de las obras de Virgilio y de Platón.—En efecto, habéis penetrado mi intención—Espero que me deis las pruebas.—Hélas aquí. La historia certifica, y esto nadie lo sabe mejor que vos, que muchos miles de cristianos y de judíos han muerto por sostener que nuestros Libros Santos han llegado hasta nosotros tales como los escribieron sus autores, sin aumento, disminución, ni alteración; al paso que nadie,

como sabéis, ha muerto jamás por defender que las obras de Cesar y de Virgilio sean conformes con sus primitivos originales. Pero todavía quiero ir más lejos; voy á probaros que nuestros Libros Santos no solamente no han sido alterados, sino que no han podido serlo nunca. Hablemos en primer lugar de los libros del Antiguo Testamento.

1. Los judíos no pudieron alterar estos libros antes del cisma de las diez tribus ¿Creéis que fuese posible hoy dia en una nación culta alterar el Código civil? El que á ello se atreviese, ¿no sería al instante confundido? Pues por la misma razón, ¿cómo hubieran podido los judíos alterar un libro, mucho más respetable para ellos que para una nación el Código civil, un libro que tenían todas las familias, cuyo original se conservaba religiosamente en el tabernáculo, y que los sacerdotes leían en determinadas fiestas á todo el pueblo reunido? Dado caso que se hubiese intentado semejante alteración, millares de veces hubieran protestado contra ello; y sin embargo, ni el más leve indicio hay de tales reclamaciones. Por otra parte, en el caso supuesto la alteración estaría sin duda en aquellos pasajes repugnantes al orgullo nacional ó á las pasiones del pueblo judío; pero nada absolutamente nada de esto se ha suprimido.

2. Igual imposibilidad de parte de los judíos hubo después del cisma de las diez tribus. Si las diez tribus que permanecieron fieles á los

decendientes de David hubiesen alterado los libros de la ley, es indudable que las demás tribus convertidas desde el cisma en mortales enemigos suyos, hubieran rechazado aquellas alteraciones. Sin embargo, el Pentateuco de los Samaritanos, ó de las diez tribus separadas, es exactamente igual al de los judíos.

3. No menos imposible ha sido toda la alteración desde la venida del Mesías. Desde aquella época los libros del Antiguo Testamento están en poder de los judíos y de los cristianos, dos naciones esencialmente opuestas. Si, pues, los judíos hubiesen alterado el Antiguo Testamento, los cristianos seguramente hubieran protestado y desechado la alteración; pudiendo decirse lo mismo de los judíos con respecto á los cristianos. No obstante, el Antiguo Testamento que está en poder de los judíos y que fué depositado en la biblioteca real de Alejandria, doscientos cincuenta años antes de Jesucristo, es enteramente igual al de los cristianos. Esto en cuanto al Antiguo Testamento.

En cuanto al Nuevo, la alteración ha sido igualmente imposible.

1. Imposible antes del cisma de los griegos. En efecto, caballero, fácilmente comprenderéis que no es posible alterar un libro que anda en manos de millares de personas esparcidas por toda la superficie del globo, sin que al instante se note la alteración. Si ésta se hubiese verificado, no hubieran faltado reclamaciones, por-

que los cristianos se han mostrado siempre muy delicados en este punto. A este propósito voy á citar un hecho que refiere San Agustín. Un obispo de Africa, al tiempo de predicar á sus fieles, quiso sustituir una palabra del Evangelio con otra que le parecia más adecuada. El pueblo se amotinó, y á tal punto llegaron las cosas, que el obispo tuvo que retractarse y restablecer la antigua palabra, para no verse abandonado de su grey (Ep. 71 y 82.) Pero los ejemplares del Nuevo Testamento que tienen los cristianos de Oriente no discrepan en lo más mínimo de los que usan sus hermanos del Occidente, lo cual es una prueba palpable de la integridad de este libro.

2. Imposible después del cisma de los griegos. Si la Iglesia latina hubiese alterado el Nuevo Testamento, la Iglesia griega, su mortal enemiga, tan suspicaz y puntillosa, lejos de adoptar aquellas alteraciones sacrílegas, no hubiera dejado de manifestarlas ni de protestar con toda la fuerza de su odio. Sin embargo, en ningún tiempo ha hecho aquella Iglesia la menor reclamación; y el Nuevo Testamento de que se sirve es enteramente igual al de la Iglesia latina. Señor Cura, os doy las gracias; me declaro vencido, y confieso que nunca había pensado en lo que acabáis de decirme.—No puede llamarse vencido el que abre los ojos á la luz de la verdad.

Concluamos de aquí que todos nosotros, sabios ó ignorantes, debemos tener la mayor fe

en los Libros Santos, y mirarlos con el más profundo respeto, pues son en todas sus partes la verdadera palabra de Dios.

§ II.

De la Tradición

12. No todo lo que Dios nos ha revelado está contenido en las Sagradas Escrituras. Desde nuestro padre Adán hasta Moisés nada sabemos que se escribiese. Las verdades que Dios reveló en aquellos dos mil y quinientos años, se conservaron por tradición y enseñanza de padres á hijos. La Escritura Sagrada principió en tiempo de Moisés, y en los mil y quinientos años que mediaron desde entonces hasta la venida de Jesucristo, fué cuando se escribió todo el Antiguo Testamento; pero aun en este tiempo quedaron sin escribir muchas verdades reveladas que se conservaron por tradición. Este es el motivo porque el mismo Moisés encargaba á los hijos, que preguntasen á sus padres, y á los jóvenes que preguntasen á los ancianos (Deut. 32, 7). Jesucristo en el discurso de tres años enseñó por sí mismo á los hombres, pero no sabemos que escribiese sino una sola vez, que fué cuando le presentaron la mujer adúltera (Joan 8, 6), y eso lo hizo en tierra con su divino dedo, sin que hasta ahora se haya sabido que fué lo que escribió. Los

Apóstoles y Evangelistas escribieron el Nuevo Testamento, y en él nos dijeron mucho de lo que enseñó y obró Jesucristo, pero dejaron tanto sin decir, que San Juan concluye su Evangelio advirtiendo: que si se hubiesen de escribir cada una de las cosas que hizo Jesús, le parecía que no cabrían en el mundo los libros que habrían de escribirse. Muchas de estas cosas que no se escribieron, se conservaron por tradición, y por eso encargaba San Pablo á los Tesalonicenses (2 Ep. 2, 14) que conservasen con firmeza las tradiciones que habían recibido.—

El motivo porque los Apóstoles no escribieron toda la doctrina de Jesucristo es porque Jesús quiso que su religión se propagase por medio de la predicación, y así dijo á sus Apóstoles: «Id y predicad el Evangelio á toda criatura». Marc 6, 15); Por esto dice el Apóstol San Pablo: «La fe viene por el oído, y el oído por la palabra de Cristo» (Rom 10, 17). Por la misma razón nunca se dice en la Sagrada Escritura que los Apóstoles se sentaron y escribieron todo lo que Jesucristo les había enseñado, sino que en vez de esto dice: y los Apóstoles se pusieron en camino y predicaron por todas partes, y el Señor estaba con ellos y confirmaba su palabra con inmediatos milagros» (Marc. 16, 20)

13. Además de esto, es claro que la Biblia sola no basta, sino que su contenido debe ser necesariamente completado y declarado con la ayuda de la Tradición. Pues en ninguna parte se encuentra en la Biblia cuántos son los libros

divinos ó inspirados por Dios, ni tampoco cómo se intitulan. Si no supiésemos esto por la Tradición, no tendríamos ni Biblia, ni Evangelio— Además la Biblia es letra muerta, que solo tiene valor cuando es rectamente declarada. Los protestantes que desechan toda la tradición disputan continuamente y con calor acerca del sentido de la Escritura; y sobre aquel único texto, por cierto bien claro: «Este es mi Cuerpo, esta es mi Sangre» dieron más de doscientas esplicaciones, y sobre un solo versículo de la Epístola de San Pablo á los de Galacia (3, 20) cuenta el Dr. Thiers, teólogo protestante, más de ciento cincuenta interpretaciones diferentes. Por esto, la Iglesia se sirve de la palabra viva de la Tradición, es decir, de la enseñanza dada en vida por los Apóstoles y transmitida hasta nosotros para examinar con seguridad tan diferentes interpretaciones y para elegir de una manera infalible la verdadera— También es cosa innegable que no todos los artículos de fe, ni todos los preceptos, están contenidos en la Sagrada Escritura. ¿En dónde está escrito, para dar un solo ejemplo, que los cristianos deben celebrar el domingo en lugar del sábado? La Sagrada Escritura manda la santificación del séptimo día de la semana, esto es el sábado, y Jesucristo mismo y sus discípulos celebraron el sábado. Y sin embargo, los protestantes consideran el sábado como día de trabajo, y en su lugar celebran como nosotros el domingo ó el primer día, en lugar del últi-

mo de la semana. ¿Por qué? Porque la Tradición nos enseña que los Apóstoles sustituyeron el domingo al sábado.

14. No podemos negar que también la palabra divina conservada por tradición, ha venido al fin á escribirse, ya en las obras de los Padres de la Iglesia, y en las actas de los Concilios, ya también en los decretos de los Pontífices; pero no como palabra divina escrita, sino como palabra divina recibida por tradición; y así la tradición divina, aunque se haya escrito, no se ha de confundir con la Sagrada Escritura. En estos dos sagrados depósitos se contiene todo lo que Dios ha revelado á su Iglesia, es decir, toda la fe; pues aunque la Iglesia define algunas verdades de fe, en esto no hace sino declarar que aquellas verdades estaban ya reveladas y pertenecían á la fe.

Por lo tanto debemos creer igualmente lo que enseña la Tradición, que lo contenido en la Sagrada Escritura; pues la Tradición católica contiene la revelación divina pura é inalterable. Así lo expresa el Concilio de Trento, declarando terminantemente en la sesión cuarta «que la doctrina cristiana de nuestra salvación está contenida en los libros de la Sagrada Escritura, y sin la Escritura en las tradiciones que los Apóstoles recibieron de boca de Jesucristo, y que comunicaron ellos mismos por inspiración del Espíritu Santo, como de mano á mano, hasta llegar á nosotros.»—Por lo dicho se ve cuán atrevida es la conducta de los

protestantes cuando desechan la Tradición, pretendiendo seguir únicamente la doctrina pura de la Biblia. Pues, ¿por qué son los unos luteranos, los otros calvinistas, éstos metodistas, aquellos anglicanos, y así los demás? Todos dicen que han bien examinado la Biblia, pero la historia demuestra palpablemente, no solo que se contradijeron cien veces á sí mismos, sino también que los unos con la Biblia en la mano desechaban y condenaban la doctrina de los otros. Todo lo contrario sucede con la Tradición católica: ella es la verdad de Dios pura é incorrupta, y por esto no muda, sino que es siempre una y la misma en todas partes. En Roma, capital del Catolicismo se predica la misma doctrina que en España ó en Alemania, ó en America y que en todo el mundo católico; y como lo es ahora, así, y no de otra manera, fué predicada en los siglos pasados por todos los Santos Padres, Doctores de la Iglesia, santos Obispos y Misioneros, subiendo hasta los Apóstoles y hasta Jesucristo Señor nuestro; todo esto está ya demostrado de una manera clara é incontrastable.

15. La Tradición se ha conservado en la Iglesia siempre pura é incorrupta por la asistencia del Espíritu Santo, que el Señor ha dado á su Iglesia para todos los tiempos; El es quien la ha preservado de todo error. Pues Jesucristo dijo á los Apóstoles, que eran los representantes de esta su Iglesia, en aquella hora solemne que precedió á su dolorosa Pasión:

«Yo rogaré al Padre y El os dará otro Consolador, Espíritu de verdad que el mundo no puede recibir» (Joann. 14, 16.) El Espíritu Santo es el elemento divino é invisible en que se mueve y está la Iglesia, sociedad por otra parte, compuesta de hombres flacos y falibles: —Además de esto, en la Iglesia católica prevaleció siempre la regla general: « que no se debe sufrir nunca doctrina nueva, sino que se debe creer lo que en todas partes, en todos tiempos y por todos los verdaderos fieles fué creído pues esto es propiamente católico y universal.» La Iglesia tiene la íntima persuasión, de que si bien algunos particulares pueden caer en errores, sin embargo, la sociedad entera jamás puede caer en el error, porque es el cuerpo místico de Jesucristo, el cual está regido y gobernado por el Espíritu Santo. Por consiguiente, cuando hay que decidir una cuestión de fe, la Iglesia no se entrega á contiendas y disputas de palabras, sino que pregunta y examina cuál fué hasta aquí la fe antigua, universal y unanime, y concluye que también en lo sucesivo se debe creer y enseñar lo mismo, y no otra cosa. Todo esto nos persuadirá que la falsificación de la Tradición en nuestra Iglesia es del todo imposible. Pues para falsificar la Tradición hubiera sido preciso falsificar al mismo tiempo los escritos de los Santos Padres y de los escritores de la Iglesia, los decretos de los Concilios, los símbolos de la

fe y demás monumentos, lo que nunca ha podido tener lugar.

16. Por lo tanto el católico debe creer todo lo que Dios ha revelado y la Iglesia nos propone, sea que esté ó no esté contenido en la Sagrada Escritura. Esta es la regla segura y universal del católico, y de ella se deduce que, para que una verdad sea artículo de fe, se requiere que Dios la haya revelado, y que la Iglesia la proponga á nuestra fe como tal.—En consecuencia de esto, aquellas revelaciones que la Iglesia nos propone, como son las que se encuentran en las leyendas ó vidas de los Santos, por venerables y probadas que parezcan, no son artículos de fe.—Biblia y Tradición son, como hemos dicho arriba, las dos fuentes que contienen toda la divina Revelación que debemos creer; mas la Iglesia es el medio por el cual llega á nosotros con certeza la doctrina de la fe contenida en ellas; de modo que la Biblia y la Tradición son para nosotros fuentes de fe solamente en cuanto se nos declaran por la Iglesia con su infalible autoridad.

Para más completa explicación de lo dicho trataremos en el siguiente.

“CAPÍTULO IV.

DE LA IGLESIA DE JESUCRISTO Y DE SU INFALIBLE MAGISTERIO

§ I.

Su Constitución

17. Es un hecho incontestable que los Apóstoles, después de haber recibido el Espíritu Santo, recorrieron el mundo anunciando á todos los pueblos la buena nueva del Evangelio de salud, cumpliendo el mandato que habían recibido de Jesucristo, de predicar y bautizar á todos los que daban fe á sus palabras confirmadas por milagros. Así nacieron por todas partes Iglesias cristianas, de las cuales la primera se formó en Jerusalén, en donde con el primer sermón de San Pedro se convirtieron tres mil almas, que se unieron á los discípulos, y con el segundo cinco mil, que se unieron á la Iglesia naciente (Hech. Apost. 2, 41 y 4, 4.) —Cuando los Apóstoles, en vista del número siempre creciente de los cristianos, ya no pudieron regir y gobernar á cada una de las Iglesias por sí mismos en persona, consagraron

Obispos, estableciéndolos como Prelados de las nuevas Iglesias, con el encargo de consagrar á otros y de establecerlos también (Hech. Apost. 4, 22 y Tit. 1, 5.)—Todas estas Iglesias particulares estaban unidas entre sí con estrecho vínculo, confesando la misma fe y participando de los mismo Sacramentos, formaban una sola grande Iglesia bajo una cabeza suprema, que era San Pedro. De cuanto hemos visto se sigue, que la Iglesia es la Congregación de todos los cristianos de la tierra, que están unidos por la confesión de la misma fe, y por la participación de los mismos Sacramentos, bajo una cabeza común, que es el Romano Pontífice, Vicario de Cristo y Sucesor de San Pedro, y los Obispos subordinados á él, como sucesores de los demás Apóstoles.

18. El divino Salvador dió á su Iglesia esta constitución dando á sus Apóstoles su propio poder, y enviándolos por todas partes á predicar, á bautizar y á regir á los bautizados bajo la dirección suprema de San Pedro. Por esto les dijo: «A mí se me ha dado todo poder en el cielo y en la tierra; id y enseñad á todas las naciones y bautizadlas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo y enseñadles á observar todo lo que yo os he mandado, y he aquí que yo estoy con vosotros todos los dias hasta el fin del mundo» (Matth 28, 18-20.) En las palabras «Enseñad á todas las naciones» se halla determinada la transmisión del oficio de maestro.—Las palabras: «Bautizadlas» y las

otras: «A los que perdonareis los pecados les serán perdonados» (Joan. 20,) significan el oficio del sacerdote—en fin, las palabras: Enseñadles á observar todo lo que yo os he mandado», denotan el pleno poder y derecho de exigir á todos los hombres sumisión y obediencia á todas las órdenes y prescripciones relativas á la vida cristiana; también dijo: «El que á vosotros oye, á mí me oye, y el que á vosotros desprecia, á mí me desprecia» (Luc. 10, 16). Por todo esto aparece muy claro que Jesucristo, antes de volver al Padre, comunicó á sus Apóstoles el poder y la misión que del mismo Padre había recibido.

19. Jesucristo nombró á San Pedro por su Vicario sobre la tierra, y por Cabeza visible de la Iglesia universal, para conservar en ella la unidad y la unión. Para que hubiese unión en la Iglesia de Cristo era del todo necesaria una cabeza, un vínculo común á todos los fieles del universo, pues sin esto hubiera habido tantas Iglesias cuantas naciones, pero no una Iglesia de Cristo. Además para que no ocurriesen interminables disputas y divisiones debia haber un juez supremo que decidiese en último término las controversias. Esta única cabeza, este único vínculo, este único juez supremo fué San Pedro, á quien Jesucristo antes de subir al cielo declaró su Vicario sobre la tierra y la cabeza visible de toda la Iglesia. Pues, cuando Cristo llamó á San Pedro al apostolado, le distinguió ya, entre todos los otros diciéndole: «Tu eres

Simón, hijo de Jonás y tu debes llamarte Cephás; que, interpretado quiere decir Pedro ó piedra (Joan 1, 42); y más tarde añadió: «Y yo te digo que tu eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Y á ti te daré las llaves del reino de los cielos, y todo lo que ligares sobre la tierra, será ligado en los cielos, y todo lo que desatares en la tierra, será desatado en los cielos (Matth. 16, 13-20)

20. Estas palabras contienen la promesa de dos grandes privilegios, pues Cristo promete á Pedro que sobre él, como sobre inquebrantable piedra, edificará su Iglesia, que será invencible.—Además Jesús prometió á Pedro las llaves del reino de los cielos. Dar á uno las llaves, por ejemplo, de una ciudad, significa según el lenguaje oriental, entregarle el supremo poder, el gobierno de la ciudad (Véase Is: 22, 22) —Según esto, Pedro debe recibir el supremo poder en la Iglesia—Y todo esto que Jesús prometió á San Pedro se lo concedió antes de la ascensión á los cielos. Apareciendo á San Pedro á la orilla del mar, y en presencia de los otros Apóstoles, Jesús resucitado le preguntó por tres veces: «¿Me amas? ¿Me amas más que estos?» Y cuando él le hubo contestado afirmativamente, Jesús le dijo: «Apacienta mis corderos apacienta mis ovejas» (Joan 21, 15-18). Es decir, apacienta todo mi rebaño, gobierna como Pastor supremo á toda la cristiandad—Es verdad que también los demás

Apóstoles son fundamentos de la Iglesia, pero colectivamente en unión con Pedro y dependientes de él. Pedro solo es el fundamento, de tal manera, que toda la Iglesia está en pie ó cae con él. A Pedro solo dijo Cristo: «Tu eres la piedra, y sobre esta piedra fabricaré mi Iglesia». Por Pedro solo pidió Cristo la firmeza de la fe—A solo Pedro dió Jesucristo encargo que «confirmase á sus hermanos en la fe» (Luc. 22, 31 sq.). Y por esto San Pedro, después de la ascensión de Cristo, ejerció efectivamente el oficio de cabeza suprema de la Iglesia, como leemos en la historia de los Apóstoles (Hech. Apost 9 etc.) y fué reconocido siempre por la Iglesia como cabeza suprema y Pastor de todo el rebaño de Cristo, según nos enseña toda la historia de la Iglesia.

21. La Iglesia, según los designios bien manifiestos de Jesucristo, debía permanecer hasta el fin de los siglos, por lo cual también debía permanecer siempre la piedra sobre la cual El la había fundado y el oficio de Pastor supremo que El había constituido para gobernarla.—Además, si una cabeza suprema y visible era necesaria cuando la Iglesia era poco numerosa, y no había sino pocos ó ningunos errores, mucho más necesaria era cuando ya la Iglesia se propagó, y se aumentaron las herejias y cismas. Después de la muerte de San Pedro, la cabeza visible de la Iglesia no puede ser otra que el Sumo Pontífice de Roma, el cual es el legítimo sucesor de San Pedro en la Silla episcopal de

Roma, y por eso fué reconocido en todos los tiempos. Es un hecho innegable, garantido por toda la antigüedad cristiana que San Pedro fundó la silla episcopal de Roma, y que la conservó hasta su martirio, que sufrió en la misma ciudad. Los Padres más antiguos y escritores eclesiásticos, un sinnúmero de monumentos, y sobre todo el sepulcro de San Pedro, cuya tumba ya en los primeros siglos del Cristianismo era tenida en el más alto honor, no dejan lugar á la menor duda sobre ello. Ahora bien; de la misma manera que en un reino electivo el Príncipe legítimamente escogido entra, como legítimo sucesor del Rey difunto, en posesión de la dignidad y de todos los derechos del mismo, así también los Papas que después de San Pedro, por legítima elección ocupan la Silla episcopal de Roma, son los sucesores de San Pedro, y están en posesión de dignidad, de todos sus derechos, de sus plenos poderes. Por esto toda la Iglesia católica reconoció y veneró en el Obispo de Roma, ó en el Papa, la preeminencia sobre todos los Obispos, y el poder de Pastor supremo que se extiende á toda la Iglesia.

22. Los Obispos legítimamente consagrados, y que están en comunión con el Jefe supremo de la Iglesia, el Sumo Pontífice: esto es, los Obispos de la Iglesia católica son los sucesores de los Apóstoles. Ellos también deben, según la ordenación divina, gobernar la Iglesia, pero con el Papa y bajo su dependencia. La go-

biernan en cuanto que cada Obispo administra la parte de la Iglesia universal ú obispado señalado por el Papa. Los Obispos ejercen su oficio en las diferentes iglesias de su diócesis por medio de Sacerdotes ó Curas enviados por ellos. La unidad y el buen órden se mantendrá firmemente en toda la Iglesia, si los simples fieles estan subordinados á los Sacerdotes, los Sacerdotes á los Obispos, y los Obispos al Sumo Pontífice con voluntaria obediencia.

§ II.

De las Señales de la Iglesia

23. Jesucristo no enseñó más que *una* fe y estableció un solo bautismo, según la palabra del Apóstol: «Un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo» (Eph. 4, 5.). Por consiguiente la Iglesia no puede ser más que una. Y esto nos demuestra también claramente la inequívoca expresión del divino Salvador: «Tu eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia.»—Sobre una piedra fundamental no cabe mas que una Iglesia, no muchas.

24. Esta Iglesia una, fundada por Cristo, se puede conocer fácilmente, pues es visible con señales bien perceptibles. Ya los Profetas predijeron que la Iglesia del Mesías sería *visible*. Isaïos (2, 2) la llama: «Montaña del Señor, que estará sobre la cima de los montés, y que á ella

correrán todos los pueblos de la tierra.» Cristo mismo habla de su Iglesia destinada á publicar la doctrina de salvación, «como de una luz que se enciende y se pone, no debajo del candelín, sino sobre un candelero para que ilumine á todos» (Matth. 5, 15.)—Además de esto, el divino Fundador dice: Si tu hermano pecare contra tí... vete y dilo á la Iglesia; y si no oye-re tampoco á la Iglesia, tenle por un gentil y publicano» (Matth. 18, 15 sq.). Ahora bien; ¿cómo podría Cristo comparar al que no escucha á la Iglesia con gentiles y públicos pecadores, que no pueden esperar sino la condenación eterna, si la Iglesia fuese invisible y difícil de hallar, ó si sus palabras no fuesen perceptibles?

25. Para conocer las señales distintivas de la única Iglesia de Cristo debemos recurrir al Símbolo Niceno—Constantinopolitano, cuya autoridad es reconocida por católicos y no católicos. En él se dice: «Creo en una, es decir, una y única, santa, católica y apostólica Iglesia». También la Sagrada Escritura atribuye á la Iglesia de Cristo estas cuatro propiedades ó señales exteriores. Pues, según lo dicho arriba, ella es una. En efecto, la Iglesia es una casa indestructible (Matth. 16, 18), un reino insuperable (Dan. 2, 44). Si no fuese una ó unida, el edificio se arruinaría, el reino se dividiría, porque «todo reino dividido será desolado, y una casa caerá sobre otra» (Luc. 9, 17.)—Además, la Iglesia como casa de Dios y esposa de Cristo, debe ser *santa*, porque el Funda-

mento de ella es la santidad misma y su fin es la satisficación de los hombres. (Tit. 2, 14.)— También debe ser la Iglesia *católica ó universal*, debiendo abrazar á todos los pueblos y todos los tiempos, como se ve claramente por las palabras de Cristo: Id y enseñad á todas las naciones,» etc. La Iglesia es el reino de Dios que, según las profecias, debía de extenderse de mar á mar y debía durar eternamente. En fin la Iglesia de Cristo debe ser *apostólica* porque, como dice San Pablo, está fundada sobre el fundamento de los Apóstoles, de los cuales y de Cristo recibió su doctrina y sus principales máximas.

26. Solo la Iglesia católica romana, cuya cabeza es el Romano Pontífice, tiene todas estas señales. Ella 1º es *una*, porque siempre y en todas partes ha enseñado y confesado la misma fe. Suponed que en este momento nos fuera dable evocar de la tumba á un católico de cada uno de los diez y ocho siglos que nos han precedido, á un católico del Oriente, á otro del Occidente, á otro de Asia y á otro de Europa, y que preguntásemos á todos estos fieles que vivieron sin conocerse: ¿Cuál es vuestra fe? Todos en particular recitarían igual Símbolo, el Símbolo que recitamos nosotros todos los dias, reconociendo el mismo Sacrificio, los mismos siete Sacramentos y un solo y común Jefe supremo en el legítimo sucesor de San Pedro, como los católicos hoy día en las cuatro partes del mundo. Este perfecto acuerdo, esta per-

petua unidad llenaba ya de admiración á los primeros Padres de la Iglesia, y de ellos se servían ya para demostrar á los herejes el error en que se hallaban: Las bellas palabras de San Ireneo (Adv. haeres. l. 1, cap. 10) aún hoy dia tienen igual valor: «Aunque esparciada por toda la tierra, decia el Santo, la Iglesia conserva la fe apóstolica con un celo extremado como si habitase una sola casa; cree en todas partes la misma doctrina como si poseyera una sola alma, y por un admirable consentimiento, profesa la misma fe, como si tuviese una solá boca. Y aunque los idiomas del mundo son diferentes, la fe es por todas partes una é igual. Ni las Iglesias fundadas en Alemania creen ó enseñan otra cosa, ni las de Irlanda ó de las Galias, de Oriente ó Egipto, sino que, como el sol es en todo el mundo uno y el mismo, así los rayos de la luz y la predicación de la verdad resplandecen por todas partes, é iluminan á todos los hombres que quieren llegar al conocimiento de la verdad.»

27. No sucede lo mismo con las sociedades separadas de la Iglesia romana; en ellos vemos variaciones sin cesar renacientes, contradicciones infinitas, sucédense unas á otras las profesiones de fe, y las sectas particulares se multiplican como las hojas en los árboles. Solo en la ciudad de Londres y sus alrededores cuéntanse ciento y tantas religiones distintas; igual división se observa en donde viven en mayor número los protestantes. Apenas nació el

protestantismo cuando ya se dividía en tres grandes partidos religiosos: Luteranos, Zwinglianos y Calvinistas, que estaban en lucha abierta consigo mismos y los unos con los otros. «Importa mucho, escribía Calvino á Melancton, que las generaciones futuras nó conozcan nuestras discordias. Igualmente es humillante la confesión de Melancton, cuando dijo: Todo el río Elba no puede darme bastantes aguas para llorar la miseria de la división que hay en la misma reforma» (Véase la obra de Jansen: «Historia del pueblo aleman» donde se encuentran centenares de citas análogas). Las constantes mutaciones en la fe dieron al ilustre Bossuet asunto para escribir su precioso libro: «Historia de las variaciones de la iglesia protestante», en el que demuestra con toda evidencia que el protestantismo no puede ser la verdad, puesto que tantos cambios ha sufrido; porque la verdad es una, y, como tal, invariable.

Y en la actualidad, ¿quien podría enumerar las sectas religiosas en que se ha subdividido el protestantismo moderno? Hay protestantes honrados que deploran grandemente que «lo más variado, heterogéneo y contradictorio se enseñe no solo en los libros y en las catedras, sino á menudo en las escuelas primarias, y aún desde el púlpito (Perrone: El Protestant. tom. 2, part. 3^a). El conocido publicista protestante C. Hoffmann afirma: «Que no existen dos teólogos protestantes de consideración que estén de acuerdo sobre los fines que la iglesia debía

proponerse.» Y, después de probar su aserto, agrega: «Así es que continúan pendientes en la Iglesia una media docena de debates y cuestiones entre sus jefes, de los cuales cualquiera de ellos bastaría para fundar un cisma» (Dēharbe: gran Catecismo católico t. 1, § 3.) El llamado Concilio germano-evangélico, reunido en 1846 decía en la carta convocatoria..... El vecindario confesará lo que le parezca bien; el pastor predicará lo que quiera, y no se le impondrán otros deberes que él de declarar que es cristiano y que desea servir á la Iglesia» (Perrone l.º c.). Según se ve, el protestantismo no consiste en la unidad, consiste en la libertad de creencia y de culto para todos y para cada uno.

28. La Iglesia católica romana es 2º manifestamente *santa*, porque su Fundador, Jesucristo, es el Santo de los Santos. Es santa porque es santa su doctrina, santas sus leyes, santos sus mandamientos, santo su culto, santo su Sacrificio, y santos sus Sacramentos. Es santa porque en ella hubo siempre Santos, cuya santidad fué confirmada por Dios con milagros, y dones extraordinarios de gracia. Y no en vano predicó la Iglesia católica su santa doctrina; ella convirtió al antiguo mundo pagano, y trajo también del gentilismo al Cristianismo á nuestros antepasados. Aun después de la llamada Reforma transformó en celosos imitadores de Cristo á innumerables pueblos del Asia, América y Australia sacándolos de

la más bárbara idolatría. Demás de esto, no ha habido siglo alguno en que gran número de hijos suyos no se hayan consagrado con admirable abnegación al servicio de Dios y á la salud del hombre pobre, enfermo y menospreciado, ni tiempo alguno en que hayan florecido en la Iglesia algunos miembros suyos cuya íntima y verdadera santidad ha sido confirmada por Dios, concediendo á estos sus fieles siervos la plenitud de los dones de su gracia, y obrando por ellos después de su muerte numerosos milagros. El número de santos de todo estado y condición asciende á millones, y los milagros operados en confirmación de su santidad son innumerables. El que eche una ojeada á los sesenta volúmenes en folio de los Bolandistas hallará que es muy cierto lo que afirmamos; y con respecto á los milagros no se crea que sea tan facil el impugnarlos como alguno se podría imaginar. Nos atrevemos á afirmar que ningún tribunal en el mundo se hallará, que cumpla su deber con tanta cautela y con tan extremo rigor como la Rota Romana, tribunal, en que los méritos de los que son reputados Santos son discutidos y juzgados. Ningún milagro hecho durante la vida, aunque hubiese centenares, como en la causa de S. Gregorio Tanmaturgo y de S. Francisco de Jerónimo es admitido, ni siquiera examinado con respecto á la canonización. Y tocante á los milagros obrados después de la muerte, Roma requiere varios procesos judiciales, y cada nuevo más

severo que el precedente. Para formarse una idea del rigor con que se procede en esto, basta leer la docta obra de Benedicto XIV sobre la canonización de los Santos. También nos lo demuestra el hecho siguiente muy conocido en Roma: «Un inglés protestante vino á Roma cuando se agitaba el proceso de la canonización de San Juan Fr. de Regis. Un Prelado romano que era amigo del inglés, entregó á este las actas de las pruebas de muchos milagros para que las examinase. Después que el inglés las leyó con gran cuidado, las devolvió al Prelado haciéndole esta observación: «Si todos los milagros reconocidos por la Iglesia católica estuviesen atestiguados con pruebas tan evidentes y auténticas, también nosotros los reconoceríamos sin vacilar.»—«Pues bien, replicó el Prelado, sepa Vd. que de estos milagros ni uno sólo se ha creído suficientemente probado.» (Véase Vida de S. Juan Franc. Regis por P. Daubentón.)

29. «Pero, dicen los protestantes, en tiempo de la Reforma había muchos abusos en la Iglesia.» Contestamos que de eso no se puede sacar que la Iglesia católica había cesado de ser santa. Ella no solo no aprobó jamás dichos abusos, los cuales sin embargo fueron mucho menores que lo que han pretendido los llamados reformadores; sino que entonces, como siempre y en todo tiempo, los corrigió y alejó, en cuanto le fué posible. Y de esto pudiera convencerse todo hombre imparcial con solo

leer las decisiones del Concilio de Trento respecto de la reforma y disciplina eclesiastica.

Por otra parte se puede considerar el abuso como violación de una ley que prescribe el buen uso y prohíbe lo contrario. ¿Son acaso las leyes de un estado malas porque haya en él uno ó muchos transgresores?, ¿que sería entonces de los mismos mandamientos divinos?. ¿A quién se deben atribuir los delitos que se cometen en un Estado? Claro está que no á las leyes ni al Estado, sino á los que las quebrantan. Ahora bien, si hay católicos que faltan á las reglas de fe y de costumbres que propone la Iglesia, si desechan sus exhortaciones y sus medios de salud, entonces la culpa no recae sobre la Iglesia catòlica, sino sobre los individuos católicos que violan las leyes.

Además, si la Iglesia católica dejase de ser santa porque en ella hay abusos y escándalos, ¿en donde hubiera estado la Iglesia verdadera, aun en tiempo de los Apóstoles, pues que entonces también había escándalos, y grandes escándalos (I Cor. 5. 16, 30). Digamos, pues; si todos los católicos obrasen según los preceptos de la Iglesia católica, todos serían justos ó Santos.

30. Añadamos que la señal de santidad pertenece solamente á la Iglesia católica, y que las nuevas sectas de religión podrán ser todo menos santas. La Historia atestigua que todas surgieron rompiendo públicamente con la Iglesia católica romana que ya existía desde el

principio. Los autores de esta rebelión fueron, como todos saben, Juan Huss en Bohemia, Martin Lutero en Alemania, Calvino, en Francia, Zwinglio en Suiza; Enrique VIII, en Inglaterra, y así otros. Y por esto las nuevas sectas tomaron también el nombre de sus fundadores, llamandose luteranos, calvinistas, etc, como en los primeros siglos se llamaron nestorianos los sacuaces de Nestorio, y arrianos los discípulos de Arrio—Ahora bien, tanto la Historia eclesiástica como la profana demuestran que las sectas no son santas por la santidad de sus fundadores, porque, además de despreciar la mayor parte de los medios de santificación, les faltan los frutos de la santidad.

El historiador protestante Gobbet (Historia de la reforma protestante C. 7) formula el resumen de sus estudios sobre los jefes de la reforma en los términos siguientes: «Jamás vió el mundo reunidos en un mismo siglo tantos hombres perversos como Lutero, Zwinglio, Calvino etc. El único punto de doctrina en que estaban acordes, era la inutilidad de las buenas obras y su vida ofrese una revelante prueba de la sinceridad como practicaban ese principio.»

31. En efecto, según la doctrina, de Lutero, el jefe de los reformadores, la voluntad del hombre carece absolutamente de libertad, y es incapaz de hacer el bien: «La voluntad del hombre, dice, es como un caballo: si Dios se sienta sobre ella, camina y quiere como Dios quiere; pero si el diablo la monta, va donde al

diablo le place. Todas las cosas suceden según la invariable voluntad de Dios, quien desbarata por completo la libre voluntad del hombre. Dios hace en nosotros, tanto lo bueno, como lo malo; y así como salva sin méritos, también condena sin culpa. . . (Obras de Lutero, Edición Walch. 18. 20, 50).

Lutero plantea también la tesis de que la incredulidad es el único pecado: »No hay más pecado en el mundo, dice, que la incredulidad» (op. cit 13, 14, 80). Y, escribiendo á su amigo Melancton en 1521, se explica más claramente: «Sé pecador, le dice, y peca fuertemente, pero cree más fuertemente».

Las buenas obras son, según Lutero, inútiles y aun perjudiciales á la salvación. »El diablo no puede sino predicar las buenas obras» (op. cit. 3, 1193)—«No hay escándalo mayor, más peligroso, ni mas corruptor que él de la vida externa de buenas obras y prácticas espirituales. Este es el gran porton abierto el camino real de la perdición.» (op cit, II, 349).

Para dar apoyo á su doctrina de la suficiencia de la simple fe para salvarse. se permitió intercalar la palabra «Solo» en la Epístola á los Romanos (3, 28). Y á los reproches que con tal motivo se le dirigieron contestó: Si algún papista novel quiere disgustarse inutilmente á causa de la palabra «Solo», decidle inmediatamente: «El Doctor Martin Lutero así lo quiere, y agregad: «Papista y asno son una y la misma cosa.» (op. cit. 21, 314)

Las opiniones de Lutero sobre el matrimonio y la virginidad son tan desvergonzadas que la pluma se resiste á trasmitirlas. Sin embargo no podemos menos de reproducir la conocida carta del Duque Jorge de Sajonia, que conõcía mejor que nadie á Lutero y á su reforma. Después que Lutero predicó cierto sermón sobre el matrimonio —que no sería posible transcribir in extenso sin faltar á la decencia, puesto que en la menos notable de sus consideraciones sostiene que toda abstención del hombre en materia de placeres carnales, es un pecado contra Dios y contra sí mismo—el duque de Sajonia le escribió de su puño y letra, haciéndole los más amargos reproches sobre la relación de costumbres que él propagaba. Entre otras cosas le dice: «Tus doctrinas y las de tus sacuaces renuevan todas las antiguas y desechadas herejías.—¿Cuando hubo más rebeliones contra la autoridad que las que ha traído tu Evangelio?—¿Cuándo ocurrieron mas robos y rapiñas?. ¿Cuándo se cometieron más adulterios que desde que tu has enseñado: si una mujer de su esposo no pudiere. . .—He ahi los resultados de tu Evangelio. . . .»(Boost. Historia de la Reforma tom. 3, pag 77)—Sabido es que el mismo Lutero ha descrito con gran exactitud el resultado de su reforma eclesiástica en cuanto ella atañe á la moral. Sus propias palabras son estas: Leed los libros de los papistas (católicos), escuchad sus sermones, y hallaréis que lo único que nos echan en cara es que

ningún bien ha producido nuestra doctrina; porque tan pronto como apareció nuestro Evangelio, estalló el cisma en la Iglesia y surgieron las sectas, y la honestidad y la disciplina se vinieron abajo, y cada cual quiso ser libre como los pájaros y hacer lo que se le antojase, como sino hubiese ni leyes, ni derechos, ni orden, *como por desgracia es demasiado cierto que sucede*—El desenfreno de todas las clases sociales en todo linaje de vicios, pecados y abominaciones, es hoy más grande que antes. . . «(Obras de Lutero, Edición Walch 5, 114)—En Wittemberg, cuna de la nueva doctrina, la corrupción llegó á tal extremo, que al reformador no le fue posible permanecer allí por más tiempo. En 1545, poco antes de su muerte, Lutero, sacerdote apóstata, escribió á su mujer, la cual habia robado de un convento de monjas: «¡Fuera de esta Sodoma! Preferiré vagar de un punto á otro, y mendigar mi pan, antes que dejarme martirizar en los últimos días de mi pobre vejez, con los desordenes de Wittemberg.» (Cartas de Lutero, reunidas por de Wette, 5, 753)—Muchísimos documentos y muy extensas citas de análogo tenor se podrían agregar aquí, tomándolos de los escritos de los Reformadores y de sus contemporaneos. (Consúltese el tomo I de la obra Döllinger, titulado «La Reforma»).

.. 31. De Zwinglio, sacerdote apóstata, será suficiente referir un solo documento característico, que se encuentra en sus escritos. Al

principio de su carrera de reformador, de acuerdo con algunos nuevos parditarios, dirigió al Obispo de Constanza y á la Liga «una súplica y solicitud amistosa,» á fin de que permitiesen la propaganda del nuevo Evangelio y se aboliese el celibato de los sacerdotes. «Vuestra Honorabilidad, dice, ya conoce la deshonesto y escandalosa vida que nosotros (no queremos sino hablar de nosotros) hemos llevado hasta ahora con mujeres, y hasta qué punto esto nos ha rebajado y corrompido. Lamentamos nuestra desgracia, porque, á la vez que el Señor no se ha dignado concedernos el don de la pureza, los hombres nos tratan tan cruelmente que llegan á infamarnos á causa de debilidades que son comunes á todos, como si lo que á todos es lícito no lo fuera para nosotros. Tened compasión de nosotros, vuestros leales y fieles servidores, y autorizadnos para casarnos: así lo que á los ojos de Dios no es pecaminoso, tampoco podrá servir de piedra de escándalo para los hombres» (Obras de Zwinglio, tomo 1.)

Respecto de Calvino, otro sacerdote apóstata, el calvinista Galiffe, en su obra: «Datos geneológicos», que apareció en la misma Ginebra en 1836, escribe lo siguiente: «Este hombre, tan infame por sus crímenes, que enarboló la bandera de la más salvaje intolerancia y de las doctrinas mas impías; apóstol que infundía terror, que en el trascurso de dos años hizo ejecutar cuatrocientos catorce sentencias de muerte etc.» (Galiffe tomo 3, pag. 21.)

«Calvino, dice Volmar, su primer partidario, es violento y perverso. ¡Tanto mejor! es el hombre que necesitamos para adelantar nuestros negocios.» (Cuadro analítico de la hist. universal, tom. 2, pág. 369.)—Muy conocida es la doctrina de Calvino, que se lee en sus escritos: que Dios desde toda la eternidad había destinado una parte de los hombres, sin culpa suya, á la condenación eterna. Según esta horrible doctrina, por mucho que fuese lo bueno que practicase el hombre, no le aprovecharía de nada, ni por mucho malo que ejecutara perdería la felicidad eterna.—¡Verdaderamente, la santidad y los esfuerzos para conseguirla no se componen con doctrinas tan perversas!

¿Y que diremos de Enrique VIII que se constituyó jefe de la nueva religión de Inglaterra? El protestante Cobbet dice que es «el más injusto, el más vil y el más sanguinario de los tiranos que hayan asolado la Inglaterra» (Hist. de la reforma de Inglát. c. 6.) La historia nos enseña, que en los primeros años de su reinado escribió un libro refutando á Lutero, y mereció del Papa el título de «Defensor de la Fe»; pero tan pronto como encontró en el Pontífice Romano un obstáculo á sus excesos y escándalos, se convirtió en el mayor enemigo de la Iglesia. El hecho que motivó este cambio fueron sus amores ilícitos con Ana Bolena, dama de la Reina, Catalina de Aragón, su legítima esposa. Ana aspiraba á la corona, y

Enrique VIII sacrificó su honor y su conciencia para obtener de Roma la anulación de su matrimonio con Catalina. El Pontífice Julio II no pudo menos de resistir á las malas pretensiones del Rey. Este sin embargo se casó con Ana Bolena, rompiendo todas las relaciones con Roma y declarándose Cabeza de la Iglesia de Inglaterra. Desde esta época, el reinado de Enrique VIII no fué sino una cadena de crueldades. Ana Bolena, la causa primera de tantos crímenes, no tardó en exitar la cólera de su temible esposo. Sin duda que le dió celos su conducta liviana; pero el principal motivo de su suplicio fué la nueva pasión de Enrique VIII por Juana Seymour. La Inglaterra vió caer la cabeza de Ana Bolena, y no se estrañó de que al día siguiente y sin dejar tiempo de que se olvidara algo la sangrienta é inhumana escena, el lujurioso monarca celebrase con inaudita pompa su casamiento con Juana Seymour. Pero murió Juana el año siguiente y Enrique VIII se casó inmediatamente con Ana de Cleves, de quien se divorció fundandose que no era bastante hermosa, y tuvo ella por milagro no ser también decapitada. — La cuarta mujer del jefe de la reforma en Inglaterra fué Catalina Howard, la cual ya después de algunos meses fué condenada á muerte, y sin oirla ni seguirle juicio en forma, tuvo que subir al cadalso. La sexta mujer, Catalina Parr tuvo la dicha de sustraerse al hacha del verdugo, porque el decreto de su decapitación es-

taba yá firmado cuando Enrique VIII murió. En el espacio de treinta y ocho años de reinado había hecho ajusticiar á dos Reinas, á un Cardenal, dos Arzobispos, diez y ocho Obispos, trece Abades mitrados, quinientos Priors y Monjes, treinta y ocho Doctores, doce Duques y Condes, ciento sesenta y cuatro Varones de la primera nobleza, ciento ochenta Ciudadanos honrados, y ciento diez Señoras y Señoritas, la mayor parte de la nobleza. ¡Que escena tan horrible! esclama el protestante Cobbet, todo inglés tiene que avergonzarse al reflexionar lo que ha pasado en su país! (Cobbet op. et. l cit.) —Los reformadores, pues, se han fotografiado ellos mismos, y ni una sombra de santidad podemos encontrar, ni en sus escritos, ni en su vida, ni en sus obras. Y aunque concedamos con gusto que también en sociedades religiosas que no son católicas no faltan hombres buenos y honrados, sin embargo de esto, se ven precisados á confesar que no tienen santo alguno cuya santidad haya sido confirmada por Dios con milagros. Hojeen toda la historia de sus Iglesias, y no hallarán jamás un solo milagro bien probado en confirmación de la santidad de uno de los suyos.

32. La Iglesia romana es *católica ó universal*. En las antiguas profecías estaba ya anunciado que la Iglesia había de ser católica. Isaias (cp. 2) dice que «estará preparado el monte de la casa del Señor (la Iglesia) en la cumbre de los montes y se elevará sobre los collados

y correrán á él todas las gentes. Por esto dijo el Salvador á sus discípulos: «Será predicado este Evangelio del reino por todo el mundo, en testimonio á todas las gentes. Daréis testimonio de mí en Jerusalén y en toda la Judea y en Samaría y hasta lo último de la tierra» (Matth. 24.) Y así lo hicieron los Apóstoles (Hechos apost. 18.) Ahora bien, la Iglesia romana, tal cual existe hoy, existió desde Jesucristo, y merece ser llamado por este motivo católica ó universal porque abraza todos los tiempos desde Jesucristo hasta el presente. Además, la Iglesia romana ya desde el tiempo de los Apóstoles se extendió por toda la tierra y por esto, ya en los primeros siglos, fué llamada católica para distinguirla de los apóstatas y de los infieles.

San Ignacio, martir, en el primer siglo escribió las siguientes palabras: «Allí está Cristo, donde está la *Iglesia Católica*» (Ep. ad Smir) y S. Agustín en el quinto siglo se expresa literalmente: «Debemos atenernos firmemente á la religión cristiana y á la comunión con aquella Iglesia, que es y se llama *católica*, no sólo por los suyos sino también por sus enemigos» (De unit. Ec. c. 7).

De todo cuanto hemos visto se sigue, que las otras sociedades de religión no son católicas ó universales, ni según su nombre, ni según el tiempo, ni según el espacio. La razón es que nacieron en tiempos posteriores, y no cesaron de dividirse en otras muchas sectas, de

las cuales ninguna está universalmente extendida, ni se defundió de la manera ordenada por Cristo, y ninguna es católica según su nombre.— Las sociedades religiosas que deben su origen á la llamada reforma pertenecen, como sus fundadores, á los tiempos modernos.

33. La Iglesia romana católica es *apostólica* porque su origen remonta incontestablemente á los Apóstoles. Ella no se ha formado por separación de alguna Iglesia cristiana más antigua, sino que es sin disputa la misma Iglesia madre, que asciende por todos los siglos hasta los Apóstoles, la cual tiene la doctrina de ellos y está fundada en la tradición apostólica. Y es un hecho que la Iglesia católica levantó siempre al instante su voz contra toda innovación que intentara hacerse no sólo en la doctrina cristiana, sino también en la tradición oral de los Apóstoles, manteniendo así firme la norma de la fe. De esto tenemos tantos documentos cuantos fueron los Concilios y Sínodos que hubo en el curso de los siglos contra los herejes y cismáticos.— La Iglesia romana es también apostólica porque sus Prelados, Papa y Obispos son los legítimos sucesores de los Apóstoles. Nada más fácil que la prueba histórica de que el actual Sumo Pontífice León XIII es el legítimo sucesor del Príncipe de los Apóstoles, puesto que el es, como se sabe, el 259º en la no interrumpida série de Obispos que han ocupado la silla de San Pedro, y cuyos nombres y tiempo de gobierno están registra-

dos en los anales de la Historia eclesiástica. Y todos los demás Obispos sin excepción, recibieron la consagración, según el estricto orden apostólico, de uno anterior, y este de otro igual y legítimamente consagrado, y así sucesivamente hasta llegar á uno que la recibió inmediatamente de un Apóstol. — Además, todos los Obispos de la Iglesia católica no ejercieron su cargo de Maestros, Sacerdotes y Pastores dado á los Apóstoles, sino con dependencia y sumisión al Papa, del cual, como de Vicario de Cristo y sucesor del Príncipe de los Apóstoles, recibieron su misión.

Agregaremos que todas las sociedades ó sectas religiosas separándose de la antigua Iglesia apostólica surgieron mucho después de los Apóstoles. Todas desechan la Tradición apostólica, y su doctrina contiene palpables contradicciones y cambia como la luna que cada día varía y se transforma. Además, no tienen sucesores de los Apóstoles, y por consiguiente, ni maestros ni pastores enviados por Cristo, por manera que á ellos convienen las palabras del gran Tertuliano (Lib. de praescrip. c. 20); quien, arguyendo á los herejes de su tiempo decía: «Que nos señalen el origen de sus Iglesias, que nos hagan ver subiendo de Obispo en Obispo hasta los primeros tiempos de la Iglesia, que no tienen otros fundadores que los Apóstoles; porque cualquiera Iglesia que no trae su origen de los Apóstoles, no pertenece á la verdadera Iglesia.»

..
CAPÍTULO IV.

§ III.

De la Infalibilidad de la Iglesia

34. La Infalibilidad es un privilegio en virtud del cual la Iglesia por la asistencia del Espíritu Santo, no puede errar en la doctrina de fe y costumbres. Es un hecho que Jesucristo antes de abandonar su reino en la tierra, esto es, su Iglesia, para tomar posesión del reino celestial, instituyó un oficio de enseñanza pública, confiando la publicación de su divina doctrina á todos los Apóstoles, á quienes dijo: «Id por todo el mundo, y predicad el Evangelio á toda criatura. El que creyere, y fuere bautizado será salvo; más el que no creyere, será condenado» (S. Marc. 16, 15 y 16.) Pero para que la doctrina del divino Salvador pudiese llegar en toda su pureza y sin mezcla de error, á todos los hombres y en todo tiempo, era necesario que se comunicase á la Iglesia docente el privilegio de infalibilidad. Sin este privilegio la Iglesia fácilmente podría engañarse y engañarnos, y en este caso, adulterada la doctrina, vendría á ser inútil la misión del Salva-

dor. Pero Jesucristo jamás se propone un fin sin los medios de conseguirlo; pues al querer que su doctrina tal como El la había predicada, llegase á ser conocida de todas las gentes por el ministerio de la Iglesia, ha querido necesariamente que la Iglesia sea infalible.

35. Pero para quitarnos todo resabio de duda en esta materia, el divino Fundador mismo nos ha prometido solemnemente que estaría con su Iglesia docente hasta el fin del mundo.

Los once Apóstoles se habían ido á la Galilea, al monte á donde Jesús les había mandado; y llegando el Salvador mismo, les dijo: «Se me ha dado toda potestad en el cielo y en la tierra . . . id pues y enseñad á todas las gentes . . .—enseñándolas á observar todas las cosas que os he mandado. Y mirad que Yo estoy con vosotros todos los dias hasta la consumación de los siglos» (Matth 28, 18 sq.)—Id consolados les quería decir, no pongáis por excusa vuestra escasa ilustración para enseñar los misterios de la religión; pues Yo, que soy vuestro Maestro, estoy con vosotros. Y á fin de que comprendiésemos que aquellas palabras no habían de entenderse únicamente de la predicación de los Apóstoles, sino también de la de sus sucesores, como privilegio otorgado á la Iglesia docente, añadió Jesús: «Mirad que Yo estoy con vosotros todos los dias hasta la consumación de los siglos», pues mi doctrina se debe practicar á todas las gentes y hasta el fin de los tiempos.

36. Mas, ¿de qué manera queda siempre Jesucristo con su Iglesia? No con su presencia corporal, sino por su Santo Espíritu, ya antes prometido á sus Apóstoles y á sus sucesores. «Yo pediré al Padre, dijo en la última cena á sus Apóstoles reunidos, y El os dará otro Consolador; para que permanezca con vosotros eternamente, el Espíritu de verdad» (Joann 14, 16 sq.) Ahora, ¿cómo se pudiera componer con la perpetua existencia del Espíritu de verdad, el que la Iglesia fuera falible en su oficio de enseñar? ¿No recaería entonces el error en el divino Maestro invisible si los maestros visibles, escogidos y hechos capaces de predicar la verdad por El mismo, se apartasen de la verdad?

37. También prometió Jesucristo que la Iglesia fundada sobre San Pedro como sobre la piedra, no sería vencida por las puertas ó fuerzas del infierno (Matth. 16, 18). Y aun de este lugar se deduce de una manera incontestable la infalibilidad de la Iglesia docente, cuya cabeza y piedra fundamental visible era San Pedro, quien continúa como tal viviendo en la persona de su legítimo sucesor el Romano Pontífice y continuará hasta el fin de los siglos. Pues si debiese llegar el caso de que errase la Iglesia docente, también erraría la Iglesia oyente ó los fieles, pues estos están obligados á dejarse enseñar y dirigir por aquellos, y en este caso el espíritu de mentiras, ó el príncipe de las tinieblas, prevalecería contra toda la Iglesia, lo cual

es contrario á la promesa de Cristo, y por esto imposible que suceda.

38. Los protestantes suelen oponer que es un hecho, que en la Iglesia Católica no faltaron maestros que enseñaron el error.

Contestamos que aquí no se trata de si éste ó el otro cayó en error, lo cual es cierto, sino que se trata de los Obispos ó Maestros en unión con el Papa, el Sucesor de San Pedro. — Jesucristo mismo y los Apóstoles predijeron repetidas veces, que surgirían maestros del error y seducirían á muchos (Véase Hech. Ap. cap. 20. 28 sq.). Esto sucedió en diversos tiempos, y no sólo con seglares y con Sacerdotes, sino aun con Obispos como Macedonio, Nestorio y otros. Esto no obstante, todo el cuerpo docente, es decir, los Obispos colectivamente tomados en unión con el Papa, no cesó nunca de atenerse firmemente á la norma de la Tradición católica, y con ella á la verdad, quedando limpio de toda mancha de error.

§ IV.

DE LA INFALIBILIDAD DEL SUMO PONTIFICE

39. La Iglesia docente dá sus decisiones ó por medio de la cabeza suprema de la Iglesia, que es el Papa, ó por un Concilio confirmado por el Papa.

El Papa puede ser considerado ó como

persona privada, ó como persona pública, ó sea, Doctor supremo de la Iglesia universal. Por consiguiente, sus decisiones ó sentencias tienen diferente valor, según que habla como Maestro privado, ó como Maestro supremo de la Iglesia. En el primer caso no pretende ni puede pretender que sea aceptada su doctrina sino como la de otro cualquier sabio, ni tiene más valor y autoridad que la que den las razones en que apoye su enseñanza. Mas si se le considera como Doctor de la Iglesia universal, y como tal habla intentando dar una decisión sobre lo que se ha de creer ó no creer como verdad revelada por Cristo, entonces sus decisiones son infalibles.

40. Ya la infalibilidad de la Iglesia exige la del Sumo Pontífice; porque, como hemos visto, la infalibilidad no es privilegio de cada uno de los Obispos, sino del cuerpo social unido á su cabeza, de los Pastores bajo la dependencia del supremo Pastor. Supongamos por un momento que de doscientos Obispos, ciento se separasen de los otros cientos en una cuestión doctrinal: ¿en donde estaría la verdad? ¿Quiénes serían los que enseñasen la doctrina de Jesucristo? Fácil es la respuesta, si atendemos que no puede haber edificio sin cimiento. El fundamento de la Iglesia es Pedro, luego donde está el fundamento está la Iglesia, y con ella el don de la infalibilidad. Mas para que en este caso no peligrase la doctrina de Jesucristo, y con ella la Iglesia, era preciso que el Sumo

Pontífice pudiera decidir, sin peligro de errar, entre las dos sentencias opuestas; de lo contrario, podría aprobar el error; y como donde está el Pontífice que es el fundamento, allí está la Iglesia; una vez adherido el Pontífice á la sentencia errónea, se engañaría la Iglesia; pero, como esto no puede ser, porque la Iglesia es infalible, infalible ha de ser su cabeza, el Sumo Pontífice.

41. Abramos el Evangelio y veremos que Jesucristo ha dotado de la prerogativa de la infalibilidad á San Pedro y todos sus sucesores.

El primer oráculo es el que se lee en San Lucas (22, 31), donde el Salvador dice á San Pedro: «Simón, Simón, mira que Satanás os ha pedido para zaranderaros como trigo. Mas yo he rogado por tí, que no falte tu fe; y tú, una vez convertido, confirma á tus hermanos»— Por estas palabras conocemos que Jesús rogó para San Pedro y le prometió la firmeza en la fe: luego esta firmeza debe durar tanto como el primado que es perpetuo. Y si San Pedro es infalible, con más razón deben serlo sus sucesores, que ya no tienen por hermanos á los Apóstoles confirmados en gracia y asistidos de una luz extraordinaria, sino que tienen por hermanos á los Obispos, que son menos santos, menos asistidos de las luces del Espíritu Santo.

El *segundo oráculo* es este: «Bienaventurado eres Simón, hijo de Juan . . . y yo te digo que tu eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no

prevalecerán contra ella «Matth. 16, 17 sq.) Las puertas del infierno no prevalecerán contra la Iglesia precisamente porque está edificada sobre San Pedro como sobre una piedra firme; mas, si las decisiones de S. Pedro y de sus sucesores pueden ser reformadas por la Iglesia, ya no es la Iglesia la que recibe su firmeza del fundamento, que es Pedro; mas bien es el fundamento el que la recibe por el edificio; y esto es lo contrario de lo que Cristo ha dicho.

El *tercer oráculo* es tomado de estas palabras: «Apacienta mis corderos . . . apacienta mis ovejas.» (Joann 21, 15 sq.) Con estas palabras, llenas de poder y autoridad encomendó á San Pedro, y en él á todos sus legítimos sucesores, no solamente los fieles, significados en los corderos, sino también los Pastores, representados en las ovejas. Le constituyó Apostol de los Apóstoles, Obispo de los Obispos, Príncipe de los Príncipes de la Iglesia, y Pastor universal de todo el rebaño y de todos los Pastores del rebaño. En fin le declaró, no su sucesor, porque nadie puede serlo de Jesucristo, sino su Vicario y cabeza visible de la Iglesia, de quien el mismo Jesucristo es la cabeza invisible. Y como la Iglesia debe existir hasta el fin de los siglos, según su divina promesa, y ser siempre visible como arriba lo hemos probado, también debe existir hasta entonces su Cabeza visible, en los legítimos sucesores de San Pedro.

42. En fin, el año 1870 el Santo Concilio

Vaticano, que vió reunidos al rededor del trono pontificio de Pío IX setecientos cincuenta Prelados, Cardenales, Arzobispos, Obispos etc. proclamó el dogma de la infalibilidad pontificia, doctrina, que la infalible Iglesia desde su principio había creído.—El Texto del Dogma concluye con las siguientes palabras:... «Adhiriéndonos fielmente á la Tradición que se remonta al principio de la fe cristiana, para gloria de Dios... enseñamos y definimos, *sacro approbante Concilio*, que es un Dogma divinamente revelado, que el romano Pontífice, cuando habla *ex-cathedra*, es decir, cuando desempeñando el cargo de Pastor y Doctor de todos los cristianos, en virtud de su suprema autoridad apostólica, define que una doctrina sobre la fe ó las costumbres deba ser profesada por la Iglesia universal, goza plenamente por la divina asistencia que le está prometida en la persona del bienaventurado Pedro, de aquella Infalibilidad de que el divino Redentor ha querido que su Iglesia estuviese provista al definir su doctrina tocante á la fe y á las costumbres; y por consiguiente, que las tales definiciones del Pontífice romano son *por sí mismas* irreformables, y no en virtud del consentimiento de la Iglesia.»



CAPÍTULO V .

Necesidad de la fe y sus Cualidades

43. La fe es indispensablemente necesaria para la salvación, pues «sin fe, dice la Escritura, es imposible agradar á Dios» (Hebr. 11, 6.) —El hombre andaba errante en medio de tinieblas, sin saber ni el fin á que debía encaminarse, ni el medio de conseguirle. Mas Dios se compadeció de él, le reveló sus altos consejos, le enseñó sus mandamientos, le hizo sus promesas. Por esto envió al mundo, no sólo á sus ministros, los espíritus angélicos, sino también á su unigénito Hijo, glorificándole á El y á sus Apóstoles por mil señales y prodigios, para que todos los hombres diesen fe á su palabra. Mas si el hombre, en lugar de creer, desecha la palabra divina y rehusa someter su entendimiento á la palabra del Altísimo, ¿no es verdad que hace grave ofensa á su Divina Majestad? No querer dar fe á la divina revelación es tanto como negar la veracidad de Dios. Por esto dice Jesucristo: «El que no cree, ya esta juzgado» (Joann 3, 18). Tan necesaria es la fe para salvarse, como la luz para ver; sin la fe nadie se salvó jamás, y nadie se salvará; pues como dice el Concilio

de Trento (Ses. 6, c. 8): La fe es el principio de la salvación del hombre, el fundamento y la raíz de la justificación.

44. De lo dicho se infiere claramente cuán sin razón hablan los librepensadores, los que dicen: «Lo mismo es creer esto que aquello, toda religión es buena, un hombre de bien no debe cambiar nunca de religión.»

Hablar de esta manera es blasfemar contra Dios, pues se seguiría que en vano habló Dios á los hombres manifestándole sus verdades; que en vano envió Dios á su unigénito Hijo al mundo; que en vano mandó á sus Apóstoles á predicar el Evangelio por todo el mundo diciéndoles: «El que creyere se salvará, el que no creyere será condenado.» Entonces sería lo mismo adorar al verdadero Dios, criador del cielo y de la tierra, que adorar con los gentiles á pedazos de leño, ó bien á animales, ó á un Júpiter parricida. Y ¿cómo es posible que sea igualmente verdad que Cristo es Dios y que no es Dios, que está realmente presente en el Sacramento de la Eucaristia ó que todo esto es una impostura? Si lo uno es verdadero, lo otro es necesariamente falso.

Y sobre aquello que suele, decirse que un hombre de bien debe permanecer en la religión en que nació; contestamos que esto es perfectamente exacto, cuando se tiene la felicidad de haber nacido en la verdadera religión; pero que el aserto es evidentemente erróneo, cuando se nace en una religión falsa y se llega á

la convicción de que es otra la única verdadera.

Diariamente se aplica en la vida la máxima que nos manda elegir lo mejor. ¿Porqué pues esquivaríamos en terreno religioso la aplicación del mismo principio? Cuando un viajero echa de ver que se ha extraviado, todo el mundo admite que debe buscar el verdadero camino, y si lo encuentra, seguirlo libremente. En efecto, si así no lo hiciese, no se le tendría por cuerdo. Pues en materia religiosa no se ha de proceder con un criterio enteramente opuesto.

45. Cuatro propiedades debe tener nuestra fe para que nos conduzca á la salvación; debe ser general, firme, viva y constante.

Nuestra fe es *general* cuando, no sólo creemos uno ú otro dogma, sino todo lo que Dios ha revelado y la Iglesia católica nos propone. Pues el que no cree todas las verdades reveladas por Dios, sino solamente las que á él le agraden ó las que él comprende, este tal no tiene ninguna fe, porque no cree á *Dios*, sino á su débil razón.

Nuestra fe es *firme* cuando, sin dudar en lo mas mínimo, voluntariamente creemos lo que Dios nos ha revelado y la Iglesia nos propone para que lo creamos. Y he aquí la razón. Desde el momento que se duda voluntariamente, se hace á Dios grave injuria, y se niega su infinita perfección. Pues dudar de una verdad que Dios nos ha revelado es lo mismo que pensar, que acaso Dios puede men-

tir ó que puede engañarse, lo cual sería horrible infamación de Dios.

Nuestra fe es *viva* cuando vivimos según ella, evitando el mal y obrando el bien, como ella prescribe. Así como un árbol sin savia y un cuerpo sin alma están muertos, así la fe está muerta si no se halla animada por la caridad. «La fe sin la caridad, dice San Agustín (Serm. 168), es la fe del demonio, pues también los demonios creen y tiemblan» (Jac. 2, 19.)

Enfin, nuestra fe es *constante* cuando estamos dispuestos á perder todas las cosas y la vida misma antes que renegar de nuestra santa fe. La fe es nuestro más precioso tesoro, los bienes y la vida deben estimarse en menos que la fe; porque ¿de qué nos aprovecharían los bienes temporales si por ellos perdiésemos el alma? Esta doctrina fué seguida por la gloriosa muchedumbre de nuestros mártires, los cuales derramaron su sangre por la fe, y nada hay más propio para confirmarnos en ella que sus admirables ejemplos.

46. Para concluir este capítulo parece ser de grande importancia el conocer *las causas ordinarias de la pérdida de la fe*.

La primera causa de la pérdida de la fe es la *soberbia y presunción*; pues como la fe exige absoluta sumisión del entendimiento á la autoridad de Dios, nada pone á ella mayor obstáculo que la soberbia; vicio, que nos mueve á fiarnos solamente de nuestra manera de ver y á desechar todo lo que no comprende-

mós. Esta soberbia fué la causa de que los escribas y fariseos quedasen empedernidos en su incredulidad, no obstante el conocimiento que tenían de las Sagradas Escrituras. (Joann 5, 44.) La soberbia pone impedimento á la eficacia de la gracia necesaria para creer, pues Dios resiste á los soberbios y dá gracia á los humildes (I Petr. 5, 5.) Por esto dijo Jesucristo de un modo tan expresivo: «Os alabo y bendigo, ¡oh Padre Señor del cielo y de la tierra! porque escondiste esto (los misterios de la fe) á los sabios y prudentes, y los revelaste á los pequeñuelos» (Matth 9, 25.) Efectivamente, la soberbia y la presunción, como lo demuestra la historia, han sido la raíz de todas las herejías, pues solamente una necia soberbia puede obcecar á los hombres hasta el punto de preferir su propia opinión á la enseñanza de toda la Iglesia de Cristo.

En segundo lugar, el *abandono de la oración y de los demás deberes religiosos* conducen también á la pérdida de la fe. La práctica de los deberes religiosos es como el aceite que mantiene viva y conserva la luz de la fe; faltando aquél se extingue también esta sagrada llama, y poco á poco se caerá en la indiferencia en materia de Religión, para acabar en la funestísima herejía moderna, el liberalismo. Y además de esto; ¿no es justo que Dios por su parte retire este don celestial y juntamente los auxilios de su santa gracia tanto á los particulares como á los pueblos y países, que no qui-

sieron aprovecharse de ellos? ¡No queréis recibir el pan de los ángeles, ni escuchar la divina palabra, desecháis la fuente inagotable de gracia y bendiciones celestiales; por lo tanto permite la divina justicia que se retire de vosotros para que os envuelvan espesas tinieblas interiores, y caeréis finalmente en las exteriores que durarán eternamente.

Por lo tanto acordémonos de aquellas célebres palabras de Jesucristo mismo, acaso las más terribles de las Escrituras, y cuyo cumplimiento vemos á cada paso: «Yo me voy, dijo el Salvador á ciertos judios, que tampoco no querían recibir las bendiciones celestiales de la fe, Yo me voy, y vosotros me buscaréis y moriréis en vuestro pecado.» (Joann 8, 21.)

También la lectura de los malos libros y de los malos periódicos conduce á la pérdida de la fe. ¿Es por ventura, posible tomar un mortífero veneno sin poner en peligro la vida? Ahora bien, por medio de la mala lectura absorbe el alma el veneno del error y de la impiedad. Cómo pues no ha de correr riesgo su fe? El veneno material se puede arrojar, ó con un contraveneno hacer que cese de ser nocivo; mas no así con respecto al veneno de los malos libros ó periódicos. La doctrina y los principios falsos que se van bebiendo con la lectura, no se arrojan fácilmente de la memoria; antes bien, imprimiéndose en ella, anublan el entendimiento, y penetrando hasta el corazón halagan sus malas inclinaciones. Y

que nadie diga: Soy bastante entendido para leer sin peligro cualquier libro por peligroso que sea. Réplico, que esto equivale á decir: Dame aquel manjar envenenado, soy robusto, y mi estómago sabrá bien decirlo» ¡Ah! ¿cuantos miles de hombres eran mejores que tú, y perecieron de este modo? Verdaderamente, no se pueden describir los grandes males que trajó en todos tiempos la lectura de escritos impíos.

Añadamos que también *el trato con hombres que se mofan de nuestra fe ó con otros de malas costumbres* puede ponernos en peligro de perderla. Ya un antiguo proverbio decía «Dime con quién andas y te diré quién eres». Y una de las cosas que Dios más encargó á los de su pueblo, era, el que se apartasen de los hombres sin religión, asegurando que si no se apartaban, seguramente los pervertirían: como en efecto acaeció, y lo atestigua el Espíritu Santo. (Ps. 105, 35). Lo mismo sucede en nuestros días. ¿En cuantas familias entra el desorden y aun la disolución por una mala compañía que toma la cabeza en ella? Miles y millones de padres lamentan la desgracia, de que después de haber educado con cuidado á un hijo ó á una hija, un mal compañero ó compañera los perdió irremediamente. Ya el Apóstol lo decía que las malas conversaciones corrompen las buenas costumbres (I Cor 15, 33).

47. Una palabra más para terminar. Oímos decir á muchos: «Yo bien quisiera creer, pero

me es imposible.» El consejo práctico y seguro, que se debe dar á los tales, es el siguiente: «Para recobrar la fe, no os falta el raciocinio, sino la conversión del corazón. Una buena confesión sería para vuestra inteligencia lo que para el ojo la operación de la catarata; ella os restituirá en un instante la luz de la fe que desgraciadamente habéis perdido.» «Añadid después los otros medios necesarios para alcanzarla y conservarla. Estos medios son sencillos é infalibles: la oración, el estudio, la fidelidad á los deberes de la fe y el evitar cuidadosamente las ocasiones de perderla. Conservad vuestra alma en estado de desear que haya un Dios, y nunca dudaréis de El.»

¡Entreguémonos, queridos lectores, sin reserva á esta luz divina de la fe, concedida á los mortales para su consuelo y guía! Ella aclarará nuestro camino y dirigirá nuestros pasos; ella suavizará nuestro penoso viaje, consolará nuestro corazón y llegará con nosotros al término deseado, á la casa de nuestro Padre celestial.



••

SEGUNDA PARTE

TINIEBLAS PROFUNDAS DEL ERROR

“El que anda por tinieblas, no sabe á donde va” (S. Juan 12, 35.)

Habiendo contemplado en la *primera parte* la hermosura y admirable *Luz de la Fe*, ya estamos dispuestos, en *esta segunda*, para poder examinar, con el reflejo de sus divinos rayos los Errores de aquellos, que, según el Evangelista, «yacen en las tinieblas y en la sombra de la muerte» y enderezar sus pasos por el camino de la paz (Luc. 1, 79.)

Para proceder con cierto orden en esta materia, contestaremos en el primer capítulo á los principales errores contra Dios y su Creación, en el *segundo* á los que se refieren á la criatura principal de este mundo visible, que es el Hombre, en el *tercero* á los que atañen á sus Mandamientos, y en el *último* á aquellos errores, que se oponen á los Medios, que Dios nos ha dado para llegar á la salvación.

De los «Errores y Falsificaciones de la Historia» no trataremos en este opusculo, puesto que nuestra Sociedad «Propagación de Buenos Libros» ya tiene publicado un libro con este mismo nombre.



CAPÍTULO I.

Los Errores contra Dios y su Creación

48. Un ateo: «No hay Dios.»

Respuesta. — La razón natural basta para conocer que hay un Dios criador del cielo y tierra; pues nadie puede razonablemente pensar que este mundo se ha hecho á sí mismo, ó que de por sí mismo nace el orden que reina en él. Si viésemos un palacio muy hermoso, adornado con esquisito primor, ¿no diríamos, que aquel palacio, aquellos adornos nadie los ha fabricado ni adornado? Pues bien, el mundo es este soberbio palacio: el sol le ilumina de dia, la luna por la noche; el cielo está poblado de estrellas, la tierra de hombres, de animales de plantas; el mar y los ríos de peces, el aire de aves; las estaciones se suceden unas á otras con orden admirable; y en un mundo de tanta

riqueza, tanta hermosura y maravilla, ¿no ha de existir un Señor que le haya criado y ordenado.

Supongamos que hubiese un reloj que, no solo marcase las horas y los minutos, sino que también indicase exactamente el doble movimiento de la tierra, el curso de la luna, de todos los planetas y de sus satélites, ¿quién sería tan temerario que atribuyese al acaso tal obra maestra? ¿quién no admiraría, al contrario, la singular inteligencia del artífice? Y ¡qué! ¿no son más irrecusables testimonios de la inteligencia, de la sabiduría y del poder del Artífice supremo los cuerpos gigantes del firmamento, en cuya comparación aquel reloj sería solamente una pequeñísima figura? Sin la mano de Dios que los dirige todos, ¿cómo sería posible que en el transcurso de tantos miles de años ni uno solo de tantos millones de astros hubiese salido de su centro. ¿Si no los dirigiese la divina Sabiduría, ¿cómo sería posible que se moviesen tan á compás en la inmensidad de los espacios, que el salir y el ponerse, los crecientes y menguantes de la luna, los eclipses del sol, pudiesen ser anunciados muchos años antes con exactitud? Si la tierra se apartase una vez de su centro, acercándose ó alejándose del sol, deberíamos ó abrasarnos todos de calor ó helarnos de frío. Si la tierra comenzase á dar vueltas, unas veces con mayor celeridad, otras con más pausa, con esto sólo quedaría destruida la sucesión de noches y días,

y con ella todo el orden del mundo. Si esto no sucede, ¿á quién lo debemos sino á Dios que gobierna el universo? Así es verdad que podemos repetir con el Salmista «Los cielos narran la gloria de Dios, y el firmamento anuncia ser obra de sus manos.» (Salm. 18.)

También, este mismo Dios se ha dado á conocer al hombre por medio de la *revelación* muchas veces y de varias maneras; al principio por los Patriarcas y Profetas, y al fin por su unigénito Hijo, el cual es el brillante sol del Mediodía con que Dios se dignó iluminar al mundo en la plenitud de los tiempos.

49. El *ateo* sigue: «Ya convengo en que hay un Dios; pero es exajerado afirmar que Dios es infinitamente perfecto.»

Respuesta.—Nada de exajeración hay en esto. El Señor que ha criado todas las cosas, forzosamente ha de ser todopoderoso: puesto que criar es sacar de la nada, hacer que de repente exista lo que antes no existía; y para esto se necesita un poder infinito, la omnipotencia. Nuestras obras las fabricamos los hombres á costa de tiempo y de trabajo, y siempre teniendo antes la materia; porque el carpintero, por ejemplo, no construye la mesa sin que tenga á la mano la madera necesaria; pero construir una mesa sin tener á la mano la madera, supone un poder sin límites. Esto hizo Dios, y no con objetos de poca monta sino con el mundo entero.

Y de este modo podemos ir discurriendo por los demás atributos divinos.

Dios ha de ser *eterno* porque no habiendo sido criado no puede tener principio ni fin. En una palabra, todas las perfecciones que admiro en las criaturas, deben encontrarse en grado eminente en Dios, pues El es la causa primera. Además, todas aquellas que son posibles, es decir, que podrían existir, deben de igual modo encontrarse en su primer principio; porque si nó, tampoco no serían posibles. Luego, si la causa primera de todas las cosas, Dios, posee todas las perfecciones, es infinitamente perfecto. Es de consiguiente inmenso, justo, santo, bondadoso, misericordioso, premiador de los buenos, castigador de los malos, y está viendo todo lo que pasa en el mundo, y todo lo que ha pasado y pasará con infinita claridad y perfección, ¡qué recuerdo tan á propósito para llevar arreglada nuestra conducta!

50. *Un fatalista*: «Qué aprovecha afanarse para conseguir la salvación, pues de todos modos lo que Dios ha previsto tiene que suceder.»

Respuesta.—La previsión divina no quita ni disminuye en nada la libertad del hombre, porque la previsión no es causa de que el hombre, obre de esta ó de la otra manera. Pedro no negó á Cristo porque éste lo previó y lo predijo, sino al contraria Jesucristo lo predijo porque Pedro lo negó. Para entender esto mejor, imagínate que el divino entendimiento es como un espejo cristalino, que representa exac-

tamente todos los movimientos del hombre que mira en él; pero no es el espejo el que obra ó causa aquellos movimientos.—El célebre Dr. Duns Escoto dirigiendo algunas palabras piadosas á un labrador ocupado en sembrar, este replicó: ¿A qué tal exhortación? Si Dios ha previsto que yo me salvaré, así sucederá infaliblemente, obre yo el bien ó el mal; mas si ha previsto que me perderé, así acontecerá igualmente.» A esto respondió Escoto: «Entonces, ¿para que siembras? Si Dios ha previsto que en ese campo creciera el grano, así sucederá siembres ó no siembres.»

51. *Un implo.*: «No es propio de la misericordia infinita de Dios condenar á nadie—Dios no se venga.»

Respuesta.—Dios es bueno, pero no únicamente bueno. Dios es también infinitamente santo y justo; sus ojos no pueden ver la injusticia; sus infinitas perfecciones le obligan á odiar la iniquidad con todo su ser.

Dios no sería infinitamente perfecto si no fuese así, mas bien se haría cómplice de la corrupción humana. — Pongamos que un padre tiene varios hijos desobedientes, díscolos, que desoyen su voz, se burlan de la madre, dan mil disgustos á los vecinos y son el escándalo de toda la población. Pero el padre es tan bueno, que, cual otro Heli, no tiene corazón para reprenderlos, mucho menos para castigarlos; se contenta únicamente con darles algún aviso afectuoso, con rogarles y suplicarles.

¿Qué decís ahora de la bondad de este padre? Cualquiera que no haya perdido el sentido común dirá que aquel padre es cómplice de los escándalos que están dando sus hijos, como el mismo Dios por boca de Samuel lo dijo á Heli, anunciándole la muerte por castigo de su debilidad criminal.

No hay duda pues, Dios es bueno y su bondadoso corazón no conoce venganza, pero: «Si es bueno, observa Tertuliano, no lo es en el sentido de que deje impune el pecado, porque esencialmente es enemigo del mal». En efecto, las penas con que Dios castigó en otras épocas á los hombres, y con las cuales los castiga todavía en nuestros dias deben persuadirnos que la bondad de Dios no está en oposición con su justicia.

52. *Un panteísta* «Cuando en mi juventud me solazaba en la mitología, creía en la pluralidad de dioses, pero mas tarde, siguiendo la corriente del mundo, preferi la doctrina de los panteístas: que Dios es el universo.»

Respuesta.—Una y otra doctrina es necia é impía: Pues, si hubiera muchos dioses ó serían del todo iguales, ó desiguales. Si fueran del todo iguales, ninguno de ellos sería el Ser Supremo, ni el más perfecto y por esto ninguno sería Dios; porque á ninguno pertenecería la señal distintiva de la Divinidad, á saber: la prerogativa de ser sobre todas las cosas y de mandarlas á todas. Si fuesen desiguales, por la misma razón aquél sólo sería

propiamente Dios que fuese superior y más perfecto. Es tan evidente esta verdad, que los mismos gentiles, á pesar de su degradación y de su idolatría, no la desconocieron del todo, pues de entre sus dioses siempre veneraban á uno como primero y superior de todos los demás.

Y por otro lado, no puede imaginarse cosa más insensata que el Dios de los panteístas. ¿Cómo se entiende un Dios que es todo, y que, en consecuencia, está sujeto á todos los cambios y variaciones posibles?, ¿un Dios que piensa como hombre, que vegeta como árbol, que ruga como león, que ladra como perro?... ¿Qué más?: ¿Un Dios que es casto en las virgenes cristianas, impuro en los libertinos; en una palabra, un Dios que es al mismo tiempo la suma de todas las virtudes y de todos los vicios? No, los gentiles mismos, en medio de su ceguera, no se forjaron jamás un ídolo de tan abominable monstruosidad.

«53. *Un sofista*: «Si el Padre es Dios, el Hijo es Dios, el Espíritu Santo es Dios: luego son tres Dioses».

Respuesta.—La razón porque las tres divinas Personas son un solo Dios, es porque las tres tienen una y la misma naturaleza ó esencia. Si cada Persona tuviese su propia esencia diferente de la de las otras Personas, como sucede entre nosotros, los hombres, entonces serían tres Dioses; pero la cosa no es así. Hay en Dios un solo Ser divino, una divina

naturaleza, una divinidad, un Dios. Esta una y única divina naturaleza ó esencia no está dividida en las tres divinas Personas, sino que está total é indivisiblemente en cada una de ellas, pues la divina esencia, siendo sumamente simple, es indivisible.

Séanos permitido traer aquí una comparación, advirtiendo, sin embargo, que con semejantes comparaciones no se pretende dar una imagen de la Trinidad, que le corresponda bajo todos conceptos. Distínguense en el sol tres cosas que se reducen á una misma: la luz, que es como la sustancia del sol, el resplandor, que viene á ser su adorno, y el calor, que es como su virtud; la luz corresponde á la primera Persona; el resplandor representa la segunda Persona, puesto que la Escritura llama al Hijo: resplandor del Padre; y el ardor parece simbolizar al Espíritu Santo, que es el amor del Padre y del Hijo, y sin embargo no hay mas que un solo sol.

No hay duda que nuestro entendimiento es débil y limitado. Hay mil cosas, que vemos con los ojos y palmamos con las manos, las cuales son para nosotros inexplicables misterios. Vemos que de la semilla arrojada á la tierra y corrompida, nace una robusta planta que lleva flores y frutos. ¿No es esto un misterio? ¿Y cuántas otras mil maravillas no oculta á la simple vista la naturaleza en su seno? Pero si ni siquiera entendemos la naturaleza de las cosas terrestres, que nos rodean, ¿cómo

pretendemos comprender la naturaleza del Creador, sentado en el trono de su luz inaccesible é infinita. Alabemos pues, bendigamos y glorifiquemos á la Beatísima Trinidad, uniendo nuestros débiles acentos á los acentos celestiales de los santos Angeles, que rodean su trono soberano, y cantemos el divino verso: Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo, como fué en el principio, así ahora y siempre, y por los siglos de los siglos. Amen.

54. *Un filósofo moderno*: «No puedo admitir que Dios crió el mundo en seis días de veinte y cuatro horas.»

Respuesta: La opinión de los sabios está dividida sobre si estos días de que habla el Génesis son propiamente nuestros días, arreglados por el movimiento de la tierra en presencia del sol, ó bien larga época de cientos ó miles de años, puesto que la palabra «día,» en hebreo como en latin, se toma con frecuencia por tiempo época etc. Cada uno es libre de seguir una ú otra de estas opiniones, pues ambas se apoyan en razones probables, y la Iglesia nada ha decidido sobre ellas. También los Santos Padres fueron de diferentes pareceres en este punto.

Y sin ponerse en contradicción con el texto de la Sagrada Escritura, se puede suponer que los elementos existieron largo tiempo antes de los seis dias, y que luego en estos seis dias sucedió el desarrollo, el ornato y complemento del mundo.

55. *Los deístas* — «Hay un Dios, pero sin

providencia, pues es envilecer la majestad del Señor enseñar que Dios cuida de lo que pasa en el mundo».

Respuesta—Si hubiera alguna afrenta en regir ó gobernar las cosas, mayor la habría en haberlas criado; pues el no criar, ó no haberlas hecho, no es injusticia, pero el no cuidar de ellas después de haberlas criado sería la mayor crueldad. ¿Cuál es el monarca que no gobierna á sus súbditos, que no cuida de sus Estados? ¿Y sería posible, que Dios, que á más de ser el monarca del universo, es el hacedor de todas las cosas, olvide sus criaturas, las abandone, y no se interese más por ellas de lo que se interesaría si en nada le perteneciesen? El buen sentido y la buena razón repelen y rechazan semejante absurdo.

En efecto, mientras que los edificios, hechos por manos de hombres, se desmoronan poco á poco, observamos que la providencia divina es la que mantiene siempre igual é inalterable el orden físico de este mundo, la que regula constantemente el movimiento periódico de los planetas, el cambio continuo de día y noche, el giro invariable de las estaciones, la reproducción incesante de las plantas, de los animales etc. No hay duda, hasta los objetos más pequeños, como la hormiga, la flor, entran en el cuidado de esta providencia adorable, pero sobre todo el hombre, que es superior á todos los seres mundanos. Bien claramente se nos dá á conocer esta doctrina en el siguiente pasage

del Evangelio: «Mirad las aves del cielo, que no siembran, ni siegan, ni guardan en los graneros, y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿Acaso no sois vosotros mucho más que ellas? . . . Considerad como crecen los lirios del campo: no trabajan ni hilan; y ni Salomón en toda su gloria fué cubierto como uno de ellos. Pues si al heno, que hoy es y mañana se echa al horno Dios viste de esa manera, ¿cuanto más á vosotros? . . . ¿Por ventura no se venden por un cuarto dos pajarillos, y uno de ellos no caerá sobre la tierra sin vuestro Padre? Hasta los cabellos de vuestra cabeza están contados. No temais, pues; porque mejores sois que muchos pájaros «(S. Mateo 6. 26; 10, 29)—

Además de las pruebas de la razón y de la Sagrada Escritura, se pueden traer otras en confirmación de la doctrina de la divina Providencia. ¿De dónde viene ese molesto tribunal de la conciencia en lo más íntimo de nuestras almas? ¿De dónde esa voz de trueno que á cada placer ilícito nos hace temblar como si tuviésemos presente un invisible vengador de lo malo? Y ¿de dónde aquel impulso de corazón que nos apremia á invocar el auxilio de Dios en las tribulaciones y en los peligros? Y ¿quién ha podido inspirar á todos los pueblos y naciones de la tierra el pensamiento de atraer sobre sí las bendiciones del Altísimo por medio de plegarias y sacrificios? Todo, pues, se junta para probar la divina Providencia. Y muchas pruebas evidentes más hallaríamos si

abriésemos los anales del mundo y la historia de la Iglesia. Si en fin, cada uno en particular reflexionase seriamente sobre los mil accidentes de su propia vida y sobre las disposiciones de Dios que atañen á sus intereses, especialmente á los de su alma, ¿cuántos reconocerían que Dios los favoreció en la tribulación y en la prosperidad?

56. *Los deistas replican.*—«Mas si Dios ordena y dirige todas las cosas en este mundo, ¿porqué existe el mal? ¿lo quiere acaso Dios?»

Respuesta.—Dios no quiere el mal, mas lo permite. El hombre fué criado libre, esto es, le fué dada libre voluntad. Por esto dice la Sagrada Escritura: «El hombre tiene delante de sí la vida y la muerte, el bien y el mal; lo que él quiere, eso le será dado» (Eccl. 15, 18.) Mas en la libertad estaba la posibilidad de abusar de ella para el mal, aunque el abuso es toda obra del hombre y á él sólo debe atribuirse. Por esto no deja la libertad de ser un magnífico don, digno de un Dios sabio y bondadoso, don que hace honor al hombre y dá gloria á Dios. Si el hombre no tuviese libertad, si debiese obrar el bien por impulso irresistible, entonces no le podríamos alabar ni atribuir mérito alguno á sus buenas obras. Y ¿quién podrá negar que contribuya en gran manera á la gloria de Dios, cuando el hombre, por su libre voluntad se somete á El, le sirve se entrega á El sin reserva y le ofrece en sacrificio todas sus cosas?

Acaso me preguntaréis, ¿por qué hay tantos sufrimientos en el mundo? Os contestaré: Hay tantos sufrimientos para que el hombre pecador reforme su vida y para que el justo se purifique más y alcance más gloriosa recompensa en el cielo. Un médico hábil emplea á veces remedios que causan al enfermo grandes dolores. Pero esto lo hace por amor al enfermo, y para destruir la enfermedad maligna y arrancar el mal, profundamente arraigado. Así se porta también Dios con los hombres. «El es quien hiere y cura; sus manos hacen la herida y la sanan» (Job. 5, 18.) Dios permite que á los nombres sobrevengan humillaciones para corregir su vanidad y soberbia. El esparce espinas por el camino de los pecadores para que reconociendo sus desvíos vuelvan al sendero de la virtud. Y en cuanto á los justos nada hay más propio para plantar la virtud en su corazón, que los sufrimientos y tribulaciones. «Tened hermanos míos, dice el Apóstol Santiago (1, 2) por objeto de sumo gozo el caer en varias tribulaciones, sabiendo que la prueba de nuestra fe produce la paciencia, y que la paciencia perfecciona la obra, para que así vengáis á ser perfectos.»



CAPÍTULO II.

Los Errores que se refieren al Hombre en orden á su último fin

57. *Un materialista:* «Me cuesta creer que el hombre ha sido criado por Dios y que tiene una alma espiritual é inmortal.»

Respuesta.—Basta recordar que venimos al mundo naciendo de una mujer, que esta mujer tuvo también sus padres, y estos otros; y como es claro que al fin hemos de parar á unos padres que no tuvieron otros padres, éstos debieron ser criados por Dios. Esto no admite réplica, del contrario sería menester decir que los primeros hombres nacieron de la tierra como una planta. Imposible parece que haya podido caber en cabeza humana tamaño delirio.

Para convencernos que tenemos un alma espiritual, basta fijarnos en lo que ya sabemos por esperiencia propia, que hay dentro de nuestro cuerpo una cosa que piensa, quiere y siente; esto es lo que llamamos alma. Cuando decimos que es espiritual, entendemos que no es una parte de nuestro cuerpo, ni es nuestra

sangre, ni nuestros nervios, ni nuestro cerebro, que no puede dividirse en partes, que no es nada de semejante á todo cuanto percibimos con nuestros sentidos; sino que es de un orden muy distinto, muy superior á todo cuanto nos rodea; es decir que es una sustancia simple con la facultad de entender y de querer.

58. Que nuestra alma es espiritual y no corporal, se deja conocer facilmente considerando la diferencia que media entre ella y los cuerpos. Estos si se los mueve se mueven, si se los deja quietos, quietos permanecen; es decir que por sí no tienen acciones ni movimiento. En nuestra alma se observa lo contrario, porque no solo hace mover el cuerpo cuando quiere y del modo que quiere, sino que con el pensamiento recorre en pocos instantes el cielo y la tierra y es tan inquieta, tan activa, tan vivaz, que es cerrar los ojos á la luz, el empañarse en decir que no sea muy diferente su naturaleza de la naturaleza de los cuerpos. Cuando contemplamos las admirables obras de los grandes poetas, las elocuentes páginas de Bossuet, de Demóstenes, los maravillosos cuadros de nuestros célebres pintores, ¿cómo es posible pensar que en aquellas cabezas no había más que carne, nervios y fluidos de distintas clases, pero ningún espíritu?, ¿cómo puede concebir semejante despropósito un hombre de sano juicio? Concluyamos pues que nuestra alma es un principio de operaciones espiritua-

les y que por lo tanto no puede dejar de ser sustancia espiritual.

Pero hay más, una sustancia espiritual es incorruptible é independiente en su existencia del cuerpo al cual está unida. El cuerpo muere cuando se separan las partes que lo componen. Pero nuestra alma no tiene partes que puedan separarse ó desunirse, ella no puede perecer. Solamente una cosa podía aniquilarla: la voluntad omnipotente del que la ha criado. Pues bien, lejos de querer Dios hacer perecer nuestra alma, declara por el contrario en los términos más claros, que quiere hacerla vivir siempre, tanto como El mismo durante toda la eternidad. Los malos, dice, serán castigados en el infierno por toda la eternidad y los buenos por el contrario por toda la eternidad serán recompensados en el cielo (Matth. 25, 46). Y á esta voz del cielo se une la voz de todas las naciones de la tierra. En efecto, todos los pueblos de la tierra han creído siempre que después de esta vida hay otra donde se premian las buenas obras, y se castigan las malas. Y esta creencia universal del linaje humano está además confirmada con otra razón tan robusta como sencilla. Vemos á cada paso que hay malvados que pasan una vida regalada; hay hombres de bien que arrastran una existencia cargada de miserias é infortunios. Siendo Dios justo, ¿cómo es posible que no tenga reservado en otra vida el premio para la virtud y el castigo para la maldad? ¿Podremos creer que

muera el hombre como los brutos animales, sin que haya de dar cuenta á nadie de sus acciones buenas ó malas? ¡Ah! no hagamos este insulto á la justicia divina, no degrademos de tal manera nuestra naturaleza, colocándonos al nivel de las bestias, como lo hacen los materialistas modernos.

59. *Un librepensador*: «El hombre presenta tan extraña mezcla de nobleza y desgradación, de grandor y de pequeñez, que no es posible que haya salido de las manos de un Dios infinitamente sabio, infinitamente bueno.»

Respuesta—No podemos negar que existen en el hombre contradicciones palpables, que todo el curso de nuestra vida es una continuada lucha entre la verdad y el error, la virtud y el vicio, el amor de la felicidad y la desdicha, como ya lo reconocieron los mismos gentiles, pero sola la Religión verdadera de Jesucristo responde dignamente á esta dificultad, y aquí es donde ostenta uno de sus más irrecusables títulos para probar que ella, y sola ella, es la verdadera. El secreto está en uno de los dogmas que ella enseña, *en el pecado original*. El hombre de ahora no es tal como Dios lo crió, sino que es un hombre degenerado. Dios le había criado inocente y feliz: su entendimiento estaba ilustrado con la luz de la verdad, su voluntad ajustada á los dictámenes de la razón y de la ley divina; su vida se deslizaba en agradable quietud, en apacible bienestar, su corazón rebosaba de dicha. Tamaña felicidad hubie-

rá pasado á su desendencia, si se hubiese conservado sumiso á los mandatos de Dios; pero el hombre pecó, y ha quedado todo el linaje de Adán infecto de la culpa y sujeto á la pena, pues de una fuente impura, no pueden nacer sino aguas impuras y turbias y los frutos de un árbol carcomido y envenenado en su raíz no pueden ser sino lisiados y envenenados. Hé aquí aclarado el misterio de las contradicciones del hombre: esta noble criatura es imagen y semejanza del mismo Dios, pero la mancha del pecado ha desfigurado la hermosa imagen. Cuando vemos al hombre inteligente, inclinado á la virtud, alzando su noble frente para mirar el cielo vemos allí la imagen de Dios; cuando le vemos en las tinieblas del error en el cieno de la corrupción, en las angustias del infortunio, vemos el estrago hecho en la bella imagen por el borrón del pecado. El lector que desee estudiar más á fondo esta cuestión consulte cualquier libro teológico, aprobado por la Iglesia, que trate del pecado original.

60. *Un judío:* «Jesús de Nazaret no es el Mesías prometido y esperado por los judíos»

Respuesta.—Que estudie sin prevención la Biblia cuya autenticidad se ha probado arriba, nº 11 y se convencerá que en Jesús se ha cumplido todo lo que del Mesías habían predicho los Profetas. Pues, como el estado en que Adán con toda su posteridad había caído por el pecado era absolutamente desconsolador y desesperado, Dios hizo uso de su misericordia,

y acordándose de la promesa, hecha á los primeros Padres en el Paraiso (gen. 3, 15), determinó preparar de un modo solemne y público la venida del Redentor, para que pudiera ser conocido de todas las naciones. A este fin llamó á Abram, que habitaba en la ciudad de Ur en Caldea, y le dijo: «Sal de tu tierra, y ven á la tierra que te mostraré . . . y en tí serán benditos todos los linajes de la tierra» (gen. cap. 12). Obedeció Abram en todo á las órdenes del Señor, quien le dijo en otra ocasión esas consoladoras palabras: «En adelante no se llamará ya tu nombre Abram, sino Abraham, porque te hé puesto por padre de muchas gentes» «Te bendiciré y multiplicaré tu descendencia como las estrellas del cielo y como la arena que está á la orilla del mar, y *en tu semilla serán benditas todas las generaciones de la tierra*» (gen. cap. 17 y 22). Estas mismas bendiciones y promesas repitió el Señor á Isaac (ib. cap. 26), hijo de Abraham, y á Jacob (cap. 28) que lo fué de Isaac.

La promesa hecha por Dios á Abraham, «Isaac y Jacob, de que en su linaje habían de ser benditas todas las naciones, era suficiente para mantener viva la fe de los judíos y de los que con ellos comunicaban, y para que creciese la esperanza de ver algún día al Libertador anunciado en el Paraiso.

El testimonio de los más célebres Doctores de la sinagoga es bien terminante: «Todos los judíos, dice Maimónides, deben creer firmemente

que ha de venir el Mesías» y el rabino Moisés, hijo de Maimónides, escribe: El que no crea en el Mesías, ó el que no espera su venida, es incrédulo, no solo á los profetas sino también á la ley y á Moisés, nuestro maestro» (Eglog. 4). El duodécimo entre los artículos fundamentales, propuestos en el catecismo judáico, dice así: «Dios ha de enviar el Mesías, que ha de ser el Redentor de su pueblo, y al cual debemos esperar aunque retarde su venida. Será de la familia de David. . .»

Jacob tuvo doce hijos, que fueron jefes, ó cabezas de las doce tribus, que constituyeron el pueblo escogido, llamado también pueblo de Israel. Pero, ¿quién entre los millones de descendientes de Jacob será el prometido Redentor del género humano? ¿En que señal reconocerá su Salvador el linaje humano, ansioso de salir de su cautiverio? Dios, en los tesoros de su sabiduría, halló los medios de describir el futuro Redentor con tanta exactitud que á los hombres de buena voluntad les fuese fácil reconocer al Mesías prometido. Su bondad infinita mandó una serie de Profetas, es decir, de hombres que, mediante ilustración divina, tuvieron el encargo de describir al Deseado de las naciones, indicándole con señales iniquivocas é infalibles. Ellos predijeron el tiempo y el lugar de su nacimiento, las circunstancias de su vida, pasión y muerte, su gloriosa resurrección y ascensión y la fundación y eterna duración de su Iglesia.

61. Así pues, los profetas anunciaron el tiempo del nacimiento de Jesús. Ya el patriarca Jacob profetizó casi 2000 años antes de la venida de Jesucristo, que nacería el Salvador cuando el cetro de Judá (símbolo del poder real) pasase á manos extrañas, esto es, cuando el rey ó dominador de Judea fuera un extranjero. Pues este patriarca, ya cercano á la muerte, anunció á cada uno de sus hijos la suerte que les esperaba. Al llegar á Judá le dijo: «No se quitará el cetro de Judá, ni el príncipe de su raza, hasta que venga aquel que ha de ser enviado, y al cual esperan todos los pueblos (gen. 49.) Y así sucedió; porque reinando Herodes, que fué el primer extranjero que ocupó el trono de Judá vino al mundo el Salvador. Por esto un día se oyó el grito: «¡Ay de nosotros! El cetro ha cesado en la de Judá.» Así lo expresa el mismo judaico Talmud.

El Profeta Daniel predijo que desde que salió la orden para reedificar á Jerusalén hasta la muerte del Mesías no pasarían 70 semanas enteras de años, esto es, 490 años» (Daniel 9, 25 sq.) El texto es el siguiente: «Desde que saldrá la orden ó edicto para que sea reedificada Jerusalén, hasta el Cristo, príncipe, pasarán siete semanas y sesenta y dos semanas; y será nuevamente edificada la plaza ó ciudad, y los muros en tiempos de angustias. Y después de las sesenta y dos semanas se quitará la vida á Cristo: y no será más suyo el pueblo,

el cual le negará. Y un pueblo con su caudillo vendrá y destruirá la ciudad y el Santuario; y su fin será la devastación: y acabada la guerra, quedará establecida allí la desolación. «Y el Cristo afirmará su nueva alianza en una semana con muchos fieles convertidos; y á la mitad de estas tres semanas cesarán las hostias y los sacrificios; y estará en el templo la abominación y la desolación y durará la desolación hasta la consumación y el fin del mundo.»

Todos convienen en que aquí por semanas se entienden semanas de años; pues este modo de contar estaba en uso entre los judíos, como se ve en el Levítico (25, 8). Para ver con toda claridad el cumplimiento de estas profecías debemos notar que, según se ve en la Biblia (Mateo 2, 1), Jesús nació en tiempo de Herodes, siendo emperador de Roma César Augusto; es decir precisamente cuando, como ya lo dijimos, el cetro de Judá acababa de pasar de manos de los judíos á las de un extranjero, ó sea de Herodes que era iduméo. Entonces tocaban á su término las semanas de Daniel. Había dicho este profeta que después de sesenta y nueve semanas, á contar desde la fecha del edicto para que los judíos pudiesen volver á edificar la ciudad de Jerusalén, quitarían la vida á Cristo, el cual, en medio de la semana sesenta, establecería ó confirmaría con muchos alianza. Si desde el año vigésimo del reinado de Artajerjes Longímano, en que este monarca dió á Nehemias el último decreto, que permitía á los

judíos reedificar la ciudad (Esdras, lib. 1 cap. 2), se cuentan cuatrocientos ochenta y tres años, ó sesenta y nueve semanas, vienen á coincidir con el año setecientos ochenta y dos de la fundación de Roma, año décimo quinto del imperio de Tiberio César; el mismo año precisamente en que, según S. Lucas (cap. 3), principió Jesucristo su vida pública, que duró solamente tres años, al fin de los cuales fué crucificado, en la mitad de la semana setenta. Agreguemos aquí, lo que consta por la historia, que á la muerte de Jesús se rasgó de arriba abajo el velo del templo y resonó en seguida con rumor tremendo, que una vez que salió del interior del santuario, dijo: ¡Fuera de aquí! ¡Fuera de aquí! ¡Partamos!» Véase la obra del judío Josefo (De bello Jud. 6, 31) y también la del gentil Tácito (5, 13).—Ya no puede quedar duda: El que lee toda esta profecía ve al instante con claridad que el Mesías debía ser crucificado antes de la destrucción de Jerusalén y del templo. Esto se cumplió efectivamente en Cristo, y no puede tener lugar en ningún otro, puesto que ya están destruidos el templo y la ciudad. Por consiguiente, según la profecía de Daniel ya vino el Mesías, y esto en el tiempo predicho y este Mesías es Jesucristo, Señor nuestro.

Isaías profetizó que el Mesías nacería de una madre siempre virgen.—«He aquí que la Virgen concibirá y dará á luz un hijo que será llamado Emmanuel, ó Dios con nosotros:»

Is. 7, 14). Y el profeta Miqueas nos hace conocer el lugar del nacimiento del Mesías: «Mas tú Belen..... de tí saldrá el jefe ó dominador que gobernará al pueblo de Israel, y su salida desde el principio, hasta los días de la eternidad» (Mich. 5, 2 y 5.)

También predijeron los Profetas lo que debía suceder en la cuna del Mesías recién nacido. David y Isaías vieron en espíritu que Reyes del lejano Oriente vendrían para ofrecerle sus dones. El primero exclama: «Los Reyes de Tarsis y los islas le ofrecerán sus dones, le traerán dádiva los reyes de Arabia y de Saba» (Psalm. 71), véase también Isaías (60, 1, 6). Si se cotejan estas predicciones con la historia sagrada del nacimiento del Salvador, ¿quién no ve su admirable acuerdo? La beatísima Virgen María, de la casa y familia de David, concibe por virtud del Espíritu Santo; da á luz á su unigénito en el porton de Belen (Luc. 2). Y después vienen los Sabios ó Reyes de Oriente á Jerusalén y toman noticias sobre el lugar del nacimiento del nuevo Rey de los judíos preguntando: ¿Dónde está el nacido Rey de los judíos?, porque nosotros vimos en Oriente su estrella» Herodes, convocando á todos los príncipes de los sacerdotes, les preguntaba en donde había de nacer el Cristo ó Mesías. A lo cual ellos respondieron: En Belén de Judá, que así está escrito en el Profeta Micheas. Allí hallan al Niño con María, su Madre, le adoran y le ofrecen los dones de oro, incienso

y mirra (Mateo 2). Véase la hermosa explicación de esta profecía en Mr. Drach, tercera carta á los Israelitas, cp. 1.

62. Los profetas nos describen también *las cualidades personales del Deseado de las naciones*, anuncian que el Mesías será la misma dulzura y hará una multitud de milagros y prodigios para confirmar sus palabras. Según el Profeta Isaías (cp. 61 y 35), el Mesías será lleno de dulzura y guiará á su pueblo como un pastor á su rebaño, reunirá los corderillos y los llevará en su seno, no será turbulento, no pisoteará la caña medio rota. Su poder será igual á su bondad, los ojos de los ciegos se abrirán y oirán los sordos; entonces saltará como ciervo el cojo y se soltará la lengua de los mudos.

Zacarías (9, 9) predice *la entrada triunfal del Mesías en Jerusalén*: «Salta de alegría y regocíjate hija de Jerusalén: he aquí que tu Rey vendrá á ti justo y Salvador; El mismo es pobre y viene sentado sobre una asna y sobre un pollino.—¿Quién no ve en las precisadas profecías los rasgos principales de la vida y del carácter de Jesucristo? Efectivamente, según los Evangelistas, el Salvador atraviesa toda la Judea, predicando y curando toda suerte de enfermedades, haciendo milagros á cada paso. Después de tres años de incesantes trabajos, sentado sobre un pollino entra en Jerusalén, aclamandole el pueblo y diciendo: «Bendito el que viene en nombre del Señor: paz en las

cielos y gloria en los alturas.» (Véase S. Luc. cap. 4 y 5 y 19).

Los Profetas describen también las ignominias y la muerte del Mesías y tan detalladamente que uno cree leer más bien Evangelistas que Profetas: «No hay en el figura ni hermosura; le vimos y no había belleza, y le deseamos; era despreciado y el último de los hombres, varón de dolores. . . . El llevo sobre sí nuestras dolencias y pecados y cargó con nuestras penalidades. . . . Siendo así que por causa de nuestras iniquidades fué El llagado, y despedazado por nuestras maldades. . . como ovejas descariadas hemos sido todos nosotros: cada cual se desvió de la senda del Señor para seguir su propio camino, y á El solo le ha cargado el Señor sobre las espaldas la iniquidad de todos nosotros. Se ofreció en víctima porque quiso, y no abrió su boca; como oveja será conducido al matadero, estará mudo como cordero delante de quien le trasquila, y no desplegará sus labios. . . . Es cortado de la tierra de los vivientes (Is. 53).—Según los Profetas vemos que el Mesías debía ser apreciado en treinta dineros, y por este precio vendido (Zacar. 9, 12); que debía ver entregado por uno de sus discípulos (Salm. 21, 7); que sería abofeteado, y se le arrancarían las barbas (Is. 50, 6); que se le daría á beber hiel y vinagre (Salm. 68, 22), que sería contado con los malhechores (Is. 53, 12) y horadarían sus pies y sus manos (Salm. 21, 17); que blasfemarían de El con irónicos mo-

vimientos de cabeza (Salm. 21. 8, 9); que sus vestiduras serían repartidas (Salm. 21, 19) y que se sortiaría su túnica, y que en fin moriría (Dan. 9, 26). Cuán exactamente se cumplió todo esto; resulta de la historia de la Pasión. Véanse los capítulos siguientes de la Biblia: Mateo cap. 26 y 27. — Marc. cap. 14 y 15. — Luc. cap. 22 y 23.—Juan cap. 18 y 19.

Además de esto los Profetas describieron la *resurrección del Salvador* y su recompensa por los dolores y por las humillaciones sufridas (Is. 11, 10—Psalm. 109—7—15, 10—57—23—7 etc). También predijeran la destrucción de Jerusalén Núm 24, 24, Dan 9. 26—y veáse la obra de Flavio Josefo, judío contemporáneo y testigo de vista) y finalmente los Profetas pronunciaron la prodigiosa fundación, propagación y duración de la Iglesia del Mesías. (Is. cap. 53 y 49). Efectivamente, Jesucristo estableció su Iglesia, como es conocido, y esta santa Esposa le ha dado rápidamente tan gran multitud de cristianos, que treinta años después de la muerte del Salvador, S. Pablo escribía que el Evangelio era predicado y creído en todo el universo, y un siglo mas tarde podía decir Tertuliano á los paganos: No somos mas que de ayer, y ya llenamos vuestras ciudades, vuestras villas, vuestros ejércitos, vuestros acampamentos, el senado, el foro y el palacio, y sólo os dejamos vuestros templos y vuestros teatros. (Tertul. Apolog. c. 38)—

63. El judío habiendo leído atentamente

la respuesta anterior no tiene inconveniente en admitir que Jesús de Nazaret es verdaderamente el Mesías prometido, pero no cree que Jesucristo es Dios sino un Profeta que hizo milagros como Elías y como él subió-al cielo.

Respuesta—No hay dificultad en admitir que tanto Jesucristo como Elías fueron grandes Profetas; pero al paso que Elías no era más que Profeta, Jesucristo era Profeta y Dios. Que Elías no fuera Dios, consta 1° porque él nunca jamás se tuvo por tal, ni jamás habló de su divinidad á nadie: 2° porque ningún otro Profeta ni enviado alguno de Dios reconoció en él este carácter divino. Que Jesucristo en cambio sea Dios, consta ya clarísimamente *por los predicciones de los Profetas*.

El testimonio del Profeta Isaías es terminante. Consolando con la promesa del Mesías al pueblo oprimido le dice (c. 25): «Decid á los pusilánimes, consoláos y no temais. Dios mismo vendrá y os redimirá. Entonces los ciegos abrirán los ojos, y los sordos el oído.» Y en el capítulo cuadragésimo, después de haber indicado al precursor de Cristo (v. 3, sq.), dice del Mesías mismo lo siguiente: »Di á las ciudades de Judá: mirad á vuestro Dios; mirad, vuestro Dios viene con poder . . . como un pastor aposentará sus ovejas etc.» (v. 9, sq). Pasando en silencio varios testimonios de otros Profetas, concluyamos con él de San Juan Bautista, cuando vió á Jesús venir á sí, dijo: «He aquí el cordero de Dios que quita los pecados del

mundo. Este es aquel de quien yo dije: viene un hombre después de mi que fué antes de mi; pues era antes que yo: yo no le conocía personalmente; pero yo he venido á bautizar con agua, para que El sea reconocido por Mesías en Israel . . . yo lo he visto y por eso doy testimonio de que El es el Hijo de Dios» (Juan 1, 29 sp). San Juan Bautista según la Sagrada Escritura, es mayor que todos los Profetas.

64. Hay más, la divinidad de Jesucristo consta también por su propio testimonio, confirmado con sus milagros, profecias, muerte y resurrección. En efecto, Jesucristo se llamaba á sí mismo Hijo de Dios y el Unigénito (Joann 3, 16), el principio y fin de todas las cosas (Joann 8, 25) que era antes que Abraham existiese (Joann 8, 58). El mismo dice de sí: «Yo y el Padre somos una sola cosa. El Padre está en mí, y yo estoy en el Padre» (Joann 10, 30 sq.). Todo lo que hace el Padre esto mismo lo hace también el Hijo. Pues como el Padre resucita á los muertos y los hace vivos, así también el Hijo da la vida á los que El quiere» (Joann 5, 17 sq.). ¿Quién no ve que Jesucristo se atribuye á sí las perfecciones y las obras de Dios y que se hace igual al Padre en la divinidad? Cuando los judíos se escandalizaron de sus discursos diciendo: «No te apedreamos por una obra buena sino por la blasfemia, pues que siendo hombre te haces Dios,» contestó Jesucristo: «Si no hago las obras

de mi Padre, no me creais. Pero si las hago, cuando no querais darme crédito á Mi, dád-sele á mis obras (Joann 10, 37 sq.). Y para dar mayor fuerza á su testimonio acude á la pureza é irreprehensibilidad de su vida, ¿Quién, dijo á los fariseos, que maliciosamente le espia-ban, quién de vosotros puede arguirme de peca-do? (Joann 8, 46) y los fariseos enmutecieron. Tan irreprehensible era la vida de Jesús que pudo muy bien desafiar á estos sus enemigos de manera tan solemne y para ellos tan hu-millante. El mismo traidor Judas, que había vivido con Jesús durante tres años en la mayor intimidad, no pudo aducir nada contra El; antes bien, lleno de vergüenza y de desesperación devolvió sus treinta dineros al Sumo Sacerdote diciendole: «Pequé entregando la sangre ino-cente» (Matth. 27, 4). Y Pilatos á quién fué Jesús entregado por sus enemigos, después de haberle examinado, y de haber oido á los testigos y sus acusaciones, se vió obligado á decir que no encontraba en Jesús culpa alguna (Joann 19. 4); y después dijo: «Inocente soy de la sangre de este justo» (Matth 27,24). Efectivamente, sus cos-tumbres son las más puras, sus palabras sabias y sentenciosas; su trato en extremo amable, res-pira una sencillez tan majestuosa, una gravedad y dignidad tan naturales y tan sorprendentes, tal elevación de conceptos y sentimientos, que hasta el mismo impío Rousseau esclama admi-rado: «Si la vida y muerte de Sócrates son de un sabio, la vida y muerte de Jesucristo ~~no~~

puede ser sino de un Dios». Hasta los mismos enemigos de la Religión cristiana convienen en que la moral de Jesucristo es lo más puro, más noble y elevado que se ha visto jamás.

65. A Jesús Nazareno vemos practicar también muchas obras extraordinarias que, según el juicio de todo observador imparcial, sobrepujan á todas las fuerzas naturales conocidas. El resucitaba muertos, restituía la vista á los ciegos, el oído á los sordos, la palabra á los mudos, el andar á los tullidos; curaba con una palabra toda clase de enfermedades, andaba sobre el mar como sobre un cristal, con el imperio de su voz sosegaba en un instante á las olas en medio del temporal. (Matth. 9, Matth. 14, Marc. 2 y 3 etc).

Todos estos hechos no tuvieron lugar en secreto sino publicamente; no solo á presencia de sus discípulos, sino en su mayor parte delante de todo el pueblo, hasta el punto de que toda la Judéa y países circunvecinos tuvieron conocimiento y pudieron dar testimonio de ellos. Los mismos enemigos de Jesucristo no se atrevían á negarlos, como que no sabiendo á que recurrir decían neciamente, que Jesús obraba por virtud del demonio; como si hubiera sido esto posible en quien los echaba de los cuerpos, en quien con la santidad de su doctrina presentaba una firmísima prueba de que trataba de destruir el imperio de ese enemigo del linaje humano. Así sucedió que la muchedumbre del pueblo acudía á Jesús Nazareno, tenien-

dole por profeta y enviado de Dios; entonces sus adversarios tomaron la impía resolución de deshacerse por fuerza del molesto concurrente. «Este hombre, dijeron, obra muchos milagros; si le dejamos así, todos creeran en él.» Y desde aquel día no pensaron sino en los medios de matarle. (Joann 2, 47 sq.) También en el Talmud, libro de religión, que entre los judíos gozaba de la mayor autoridad, son mencionados los milagros de Jesucristo..

Añadamos ahora, lo que es de mucha importancia de Jesús obró milagros principalmente con el fin de confirmar su doctrina, de probar y acreditar delante de los hombres que era el verdadero Mesías, el enviado Hijo de Dios. Son hasta veinte las veces que Jesús en el Evangelio llama la atención sobre sus milagros como prueba de que era el verdadero Mesías, el enviado, Hijo de Dios, como se puede ver en S. Joann c. 5, c. 10 y 11—y en S. Matth. c. 11.

66. Además de estos grandes prodigios hizo Jesucristo profecias cuya verdad se ha reconocido por el exacto cumplimiento de lo predicho, de las cuales los hombres pudieran siempre deducir que su doctrina es divina.

Predijo Jesucristo en la última cena que Judas le entregaría y que San Pedro, el intrépido confesor de su divinidad, le negaría tres veces antes que el gallo cantase segunda vez (Joann 13); y efectivamente, Judas, su comensal, fué él que le entregó traidóramente, y Pe-

dro hizo lo que Jesús había predicho, lo cual humanamente hablando, nadie hubiera podido sospechar de San Pedro, pues era lo que le horrorizaba más que la muerte. (Matth. 26). Y antes había dicho Jesús á sus discípulos: «He aquí que subimos á Jerusalén y el Hijo del hombre será entregado á los Sumos Sacerdotes y escribas, y le condenarán á muerte. Le entregarán á los géntiles para burlarse de él, para flagelarlo y crucificarle, y al tercer día resucitará» (Matth. 20). Mas todo esto, según los cálculos humanos, parecería tan poco verosímil que ni los discípulos entendieron su predicción, como lo atestiguaba San Lucas (18, 34). Y, sin embargo, sucedió como Jesús lo ha profetizado, y también se verificaron literalmente sus últimas palabras: «Y al tercer día resucitaré de entre los muertos», lo cual depende única y absolutamente de la inescrutable voluntad y designios de Dios, como también es lo que mas sobrepuja á toda previsión humana. Igualmente pronosticó la ruina de Jerusalén (Marc. 13) y con palabras que indicaban una catástrofe espantosa; y en efecto, al cabo de algunos años fué destruido Jerusalén, y sabemos por los historiadores profanos que en el sitio y toma de la ciudad sucedieron tantos horrores que los cabellos se erizan al leerlo. ¿Qué más se quiere para convencerse de que Jesucristo era realmente el Hijo de Dios, como El mismo lo atestiguó y enseñó, como constantemente lo enseñaron los Apóstoles, y, en

fin, como lo publicó el Padre celestial? Para concluir con este último testimonio, debemos saber, que, cuando Cristo fué bautizado en el Jordán y se transfiguró en el monte Tabor, resonó la voz del cielo que dijo: Este es mi Hijo amado, en quien tengo mis complacencias (Matth. 3). A este testimonio apela el Apóstol S. Pedro diciendo: «Nosotros no seguimos doctas fábulas cuando os hicimos conocer la virtud de nuestro señor Jesucristo y su presencia, sino que fuimos espectadores de su grandeza, recibiendo de Dios Padre honor y gloria, bajando á El de la magnífica gloria esta voz: «Este es mi Hijo amado, en quien me complací, escuchadle» (Ep. 2, c. 1).

67. *El judío*, para salir de una última duda, pregunta, ¿por qué razón el Mesías prometido debía hacer un papel tan humillante, y qué es lo que consiguió para nosotros con su pasión y muerte?

Respuesta.—Como respuesta sirvan las reflexiones siguientes:

1ª. Cristo escogió una vida pobre y humilde porque quería enseñarnos que no debíamos amar y buscar desordenadamente los vanos bienes de este mundo, como son las riquezas, gloria y honores.—Pues todo pecado viene ordinariamente de que se aman más los bienes terrenos que los celestiales, más á las criaturas que al Creador, y es el amor desordenado de los bienes de este mundo la fuente de todo mal, habiendo venido Cristo «para que muertos

al pecado, vivamos á la justicia.» (Petr. 2, 24), quizo persuadirnos eficazmente de la vanidad de todos los bienes de la tierra, no solo con su palabra, sino con sus ejemplos. Por esto menospreció dichos bienes y prefirió una vida pobre y retirada á una vida de magnificencia y gloria. Esta preferencia dada á la pobreza y humildad, nos demuestra con bastante claridad que los bienes de la tierra no son en sí y por sí mismos dignos de aprecio, y que el carecer de ellos no es verdadero mal, sino más bien el camino más corto y más seguro para la verdadera felicidad que debemos desear y buscar con ansia.

68. 2ª. Nosotros todos habíamos sido colmados de gloriosos dones de gracia en Adán, nuestro primer padre, y mayores dones nos estaban reservados para toda la eternidad. Mas el pecado se interpuso entre Dios y nosotros; nos cerró, no sólo las puertas del paraíso terrestre, sino las del celeste, haciendonos además reos de muerte eterna. Por nosotros mismos éramos absolutamente incapaces de pagar la deuda del pecado. Podía el hombre pecador postrarse en el polvo acatando á la divina Majestad. Mas ¿no está ya estrictamente obligado por naturaleza á esto? ¿qué compensación de honor, pues, podía el pecador ofrecer á Dios con aquellas humillaciones? Ninguna absolutamente. Por esto dice la Sagrada Escritura: «El hombre no aplacaría por sí á Dios ni daría el precio de la redención de su alma aunque viviese eter-

namente» (Psalm. 48). Solamente una divina persona podía dar satisfacción equivalente según el rigor de justicia. Pues siendo la ofensa infinita en vista de la majestad infinita de Dios ofendido, así la satisfacción de parte de la persona que la ofreciese debía ser infinita, para que la deshonra, hecha al Altísimo fuese compensada con honor no menos grande. Su divina Persona que tomó sobre si el prestar la debida satisfacción es el unigénito Hijo de Dios.

Ya sabemos que el Hijo de Dios bajó á este valle de lágrimas, tomó nuestra naturaleza y la humilde forma de siervo, cargó con nuestras culpas y se impuso el deber, como hombre, de sufrir las penas del pecado que nosotros debíamos, ofreciendo así entera satisfacción á la divina justicia. El Hijo de Dios hecho hombre, quiso también sufrir la muerte mas amarga y afrentosa; porque el hombre, por soberbia y desobediencia había merecido la muerte eterna. Y el Padre celestial aceptó con infinita complacencia el sacrificio que Jesús le ofreció para gloria de su nombre y para salud del género humano.—

69. 3ª Cristo nos abrió de nuevo las puertas del cielo, que, como hemos notado, fueron cerradas por el pecado, y aún nos mereció por su pasión y muerte abundantes gracias con que nos hagamos santos y eternamente felices.

No hay dada, nuestra naturaleza en el Adán terreno fué, en verdad, elevada á gran digni-

dad y dotada con gloriosos dones de gracia. Pero más sublime es ahora su dignidad, más gloriosos los privilegios que el Adán celeste la ha procurado. La naturaleza humana que tomó el Verbo eterno, unida con El en unidad de Persona, está elevada en Cristo sobre los querubines y serafines, sentada á diestra de Dios Padre todo poderoso y recibe los homenajes y la adoración de todos los espíritus celestiales. —En lugar del Paraíso terrenal cuya entrada nos cerró el pecado de Adán, tenemos ahora siempre abierta la Iglesia, el santo templo de Dios. Aquí se derraman sobre nosotros torrentes de gracias; aquí se nos ofrece un baño para lavarnos de todos nuestros pecados; aquí recibimos la buena nueva, la pura doctrina que anunció el Hijo de Dios en la tierra; aquí se nos comunica el «pan vivo que bajó del cielo» el cuerpo sacratísimo, la sangre preciosísima de Jesús para alimento de nuestras almas y garantía de inmortalidad; nuestro Dios y Salvador habita y conversa con nosotros, se sacrifica siempre por nosotros, y á cada paso encontramos en este nuevo Paraíso de Dios, sino abundancia de bienes terrenos, sobreabundantes riquezas de gracias celestiales.

70. *Un incrédula:* «No es lógico creer un juicio universal, puesto que el hombre está juzgado y sentenciado desde el momento en que espiró, y la sentencia que se dió entonces, jamás se ha de revocar.»

Rèspuesta.—Dios lo ha dispuesto así, según se lee en las Sagradas Escrituras (Malch. 4), Matth 24.), y á los hombres no nos toca disputar, sino adorar sus disposiciones soberanas; sin embargo la humana razón, iluminada por la fe, descubre además muchos y poderosos motivos para este juicio universal.

Primero—En aquel día resplandecerá de un modo particular la justicia de Dios—Entonces ya no se presentará como un enigma la felicidad temporal y el brillante bienestar de los pecadores, en contraste notable con los padecimientos y amargas necesidades de los justos. Entonces se verá claramente cómo Dios no deja sin recompensa ni el pequeño vaso de agua fresca, ni el menor pensamiento bueno y piadoso, pero tampoco sin castigo la menor acción mala ni los más ocultos pensamientos pecaminosos, ni el más ligero deseo malo. Entonces verá cada uno cuán justo fué el juicio particular de Dios, cuán justa fué la sentencia que en él se pronunció, cuán justamente mereció el estado sin consuelo que cupo á los malos, y cuán feliz él que los justos obtuvieron de Jesucristo. Los mismos réprobos se verán entonces obligados á confesar que Dios es justo y sus juicios son santos.

Segundo—En el juicio universal se justificará la divina Providencia, para vengarla de los insultos que sufre de tantos incrédulos que blasfeman lo que ignoran, como dice el Apóstol san Judas (Ep. 10). En el verán todos los hombres

que nada ha sucedido en el mundo que no haya sido ordenado y dirigido de un modo infinitamente sabio. Verán porqué muchas veces prosperan el pecador, mientras que el justo padecía. Verán que Dios es tan poderoso y bueno, que hasta de los mismos males sacaba bienes.

Tercero. Habrá juicio universal para completar el premio de los justos y el castigo de los impíos. Aunque en la muerte el alma pasa á recibir su premio ó su castigo, el cuerpo se queda pudriendo en un sepulcro sin ser premiado ni castigado, y es muy justo que el cuerpo que ha sido compañero del alma en la virtud ó en el vicio, lo sea también en el premio ó en el castigo. Además hay obras tan buenas, que estarán edificando y aumentando el premio del que las hizo hasta el fin del mundo; y las hay tan malas, que también estarán escandalizando y aumentando el castigo del que las ejecutó hasta el fin del mundo. La doctrina y ejemplos de los buenos continuarán después de su muerte cooperando á la formación de otros buenos, y la doctrina y ejemplos de los malos, también continuarán después de su muerte cooperando á la formación de otros malos. La doctrina y ejemplos de los Apóstoles y demás virtuosos continuarán produciendo frutos de santidad; y también la doctrina y ejemplos de los apóstatas y demás escandalosos continuarán produciendo frutos de iniquidad. Pero en aquel último día se completará el

premio de los justos y el castigo de los impíos. Se premiarán hasta los últimos frutos de las buenas obras de los justos y se castigará hasta los últimos escándalos de las malas obras de los pecadores.

Cuarto. También debe haber un juicio universal para que Jesucristo sea glorificado delante de todos los hombres. En el curso de los siglos se levantaron los Reyes de la tierra y los Príncipes se congregaron contra el Señor y contra su Cristo y dijeron: Rompamos sus vínculos y arrojemos lejos de nosotros su yugo. (Psalm 2). Y los infieles judíos lograron prender al Cristo, le atormentaron é hicieron morir en una cruz afrentosa, y como ellos hay también cristianos que, olvidados de Dios, no cesan de renovar con culpas graves las humillaciones y afrentas de la cruz de Cristo.—

Más después de las afrentas debía venir y vendrá el día de la glorificación, el día del juicio final. Entonces todos los pueblos de la tierra verán al Hijo del hombre venir sobre las nubes del cielo con gran majestad y poder. (Matth 24). «En este día, dice Jesús, Dios hará oír la gloria de su voz, y mostrará el terror de su brazo en amenazas de su furor y de llamas devoradoras (cap. 30). Si, ciertamente indecible será entonces el espanto de todos los que se revelaron contra Jesús y contra su ley santa. La majestad de su gloria los oprimirá, y los oprimirá también el claro conoci-

miento de haber desconocido en El al Rey de los reyes, al Señor de los señores; de haberle tratado como al más miserable de los esclavos, de haberse mofado del Sabio de los sabios; y todo esto reconocido por ellos con horrible evidencia sería bastante para aniquilarlos si no fuera por el poder de Dios, que les conservará el ser para sufrir el castigo merecido.— Por estos motivos y otros que alcanzan á conocer los hombres, y otros infinitos que solo conoce Dios, habrá al fin del mundo un juicio universal.

71. *Los prótestantes:* El Purgatorio es una invención moderna; un fantasma imaginado por los curas; porque la idea del Purgatorio ningún fundamento tiene en la Sagrada Escritura, ni en la Tradición.»

Respuesta. Vamos á probar á los protestantes que hay un purgatorio tanto por la Sagrada Escritura, cuanto por la Tradición de la Iglesia y aún por la sana razón:

I. Por la *Sagrada Escritura:* Tobias nos enseña que los judíos ponain ofrendes sobre los sepulcros, á fin de que sirviesen de sufragio á los muertos (cap. 4).

El Eclesiástico hace igual recomendación (cap. 7). Aun con mayor claridad se nos habla en el libro 2º de los Macabeos (cap. 12). En este libro está escrito: «Es un santo y saludable pensamiento orar por los difuntos, para que sean redimidos de sus pecados». Este testimonio es clarísimo y supone que hay difun-

tos, que tienen pecados, y que por las oraciones pueden ser librados de ellos. Mas esto no se puede decir, ni de los bienaventurados que están libres de todo pecado, ni de los condenados del infierno, para los cuales ya no hay redención. Por consiguiente hay un tercer lugar, donde las almas manchadas con pecados leves, son guardadas hasta estar completamente puras, y éste es él que llamamos purgatorio.

La fe en el purgatorio descansa también en aquella sentencia de Jesucristo: «Al que dijese alguna palabra contra el Espíritu Santo, no se le perdonará, ni en este siglo, ni en el futuro» (S. Matth. 12). De donde se deduce con razón que también en el otro mundo hay pecados que pueden ser perdonados. Luego debe haber en el otro mundo un lugar en que se perdonan los pecados, y este es el purgatorio. —Lo mismo se deduce de las palabras de Cristo cuando en San Mateo (5, 26) aseguró «que ciertos pecadores no saldrían de la cárcel hasta haber pagado el último cuadrante».

II. Por la *Tradicción de la Iglesia infalible*: Ya en los primeros siglos San Agustín (lib. haer. 53) decía: »Opongan los herejes lo que quieran, es un uso antiguo de la Iglesia orar y ofrecer sacrificios por los difuntos». Y San Gregorio Nis (Serm. de defunct) dice: «El uso de rogar por los difuntos nos viene por tradición de los discípulos del Señor. Aun hoy día la Iglesia católica ruega por los difuntos; por ellos ofrece el Santo Sacrificio, encarga toda especie de

oraciones y sufragios por los que murieron en paz del Señor. Y la Iglesia lo hace así, precisamente porque los sufragios de la Iglesia por los muertos son un hecho garantido, no sólo por los Santos Padres y escritores eclesiásticos de los primeros siglos, sino también por los Concilios, por los antiguos libros litúrgicos, misales y otros documentos. De lo cual se sigue, que la Iglesia siempre ha creído y cree que hay un purgatorio.

III. *Por la sana razón del cristiano:*

Si se considera la fragilidad humana, se comprenderá sin género de duda que hay muchas almas que parten de este mundo sin estar perfectamente puras, pero también sin pecado mortal; y la razón dicta que para estas almas, que aunque no del todo puras, son gratas á los ojos de Dios, es necesario que haya un tercer lugar en que deban ser purificadas, para que al fin, enteramente puras y limpias, lleguen á la posesión de Dios y entren en el reino de los cielos.

72. *Un librepensador:* «Yo no creo en el Infierno porque nadie lo ha visto, además, no me parece posible que Dios, infinitamente justo, pueda castigar pecados cometidos en un momento con penas eternas.»

Respuesta.—Que hay Infierno, lo sabemos por uno que lo ha visto, cuyo testimonio es irrecusable y el más autorizado. En efecto el Hijo de Dios, como Criador del mundo es el mismo que ha hecho el infierno. Y este Hijo

de Dios, Jesucristo para inculcarnos esta importantísima verdad, quince veces nos la testimonia en su Eevangelió. Pues, si leemos el cp. 9 de S. Marco, veremos allí dicho por el mismo Jesús, que vale más perderlo todo y sufrir en este mundo todas las penas que «ir al infierno, al fuego inextinguible, en donde el gusano que les roe, ó remuerde su conciencia, nunca muere, y el fuego que les quema nunca se apaga» —Si repasamos además el cap. 25 de S. Mateo, veremos que Jesucristo dice también: «apartaos de mí malditos, id al fuego eterno, que fué destinado para el diablo, y sus ángeles». . . Y estos irán al «suplicio eterno,» y los justos á la «vida eterna.»

Por último, en el cap. 15 de S. Juan, dice: Si alguno no viviere unido á mi, será arrojado al «fuego y arderá» . . . etc.

A la pregunta: ¿porqué Dios castiga el pecado grave con pena eterna? contestamos: Dios es infinitamente justo, y por lo tanto castigá el pecado como merece ser castigado. En efecto, el pecado es un deliberado desprecio de su divina Majestad; es de una malicia infinita, y por consiguiente merece una pena que sea en algún modo infinita. Mas como una criatura finita no es capaz de una pena infinita en cuanto á su intensidad, debe serlo en cuanto á su duración, esto es, la pena debe ser eterna.— Y por esto Jesucristo, para dar por nosotros satisfacción adecuada sufrió muerte de cruz, ofreciendo así al Padre eterno una reparación

de valor infinito; pues si el pecado no hubiese merecido una pena infinita, Dios no hubiera exigido una satisfacción de infinito valor. — Además de esto, el pecado en los réprobos permanece eternamente, á lo menos como un estado nacido de una acción voluntaria y libre; y si el pecado dura eternamente, nada más justo que dure también la pena eternamente. Efectivamente, el hombre que sale de esta vida con pecado grave entra en la eternidad, en donde no hay lugar á conversión, ó sea para volver á Dios; en donde la voluntad del pecador está confirmada y empedernida en el pecado, y como al partir de este mundo, así por toda la eternidad, queda separado de Dios, su último fin. Si entre tanto el pecador se duele de haber cometido el pecado, esto no es porque es ofensa de Dios, sino por causa de la pena que padece. El pecador más bien aborrece á Dios como á su enemigo, como á juez que le castiga, y ni piensa en deponer su odio contra El. «Mientras que el cuerpo arde en las llamas, dice San Bernardo, el pecador permanece en su malicia.» Y el Papa Inocencio (De Compt. Mundi) añade: «No hay redención en el infierno; pues lo malo, aunque no puede ser ya ejecutado como un hecho, permanece como inclinación.»

..

CAPÍTULO III.

Los Errores que atañan los Mandamientos

73. Un cristiano de fe muerta: «Yo creo todo lo que Dios ha revelado, pero esto solo ya me basta para salvarme.»

Respuesta.—No hay duda, que debemos creer sin excepción todo lo que Dios ha revelado; pero esta fe sola no es suficiente para alcanzar la eterna felicidad. Pues aunque un viajero vea de lejos el camino que debe recorrer, si no da pasos para llegar á su término, nunca llegará adonde debía ir. Así el cristiano que conoce por la fe el término de su peregrinación terrestre, que es la patria celestial, jamás arribará á ella sino procura caminar por el camino recto del cielo que son los Mandamientos de Dios y de la Iglesia. Por esto dijo Jesucristo: «Si quieres entrar en la vida, observa los Mandamientos» (Matth. 19, 17), y el Apóstol Santiago (2, 14 sq.) lo explica diciendo: «De qué aprovecha, hermanos míos, si alguno dice que tiene la fe, mas no tiene las obras? ¿Puede acaso la fe salvarle? Si un her-

mano ó hermana estuvieren desnudos y les faltare el alimento cotidiano, y alguno de nosotros les dijese: id en paz, calentaos, y hartaos, y no les dieréis lo que necesitan para el cuerpo, ¿qué les aprovechará? Así la fe, si no tiene obras, muerta es en si misma.» Esta fe es para nosotros tan inútil como nuestra compasión para el necesitado, si no nos excita á darle alguna cosa.»

74. *Los protestantes:* «Siendo Dios un espíritu perfectísimo se concibe, que se le debe un culto interior; pero ¿qué significa todo el aparato exterior desplegado por los católicos en sus ejercicios religiosos?, ¿porqué se les manda el culto exterior?»

Respuesta.—Los Angeles, como son puros espíritus, solo adoran en espíritu, más los hombres, como somos compuestos de espíritu y cuerpo, debemos adorar con el espíritu y cuerpo. Y aunque la reverencia y sumisión del alma forma la esencia propia del culto divino, esto no obstante, el culto y veneración exterior obliga á los hombres, pues, el hombre todo entero, cuerpo y alma pertenece á Dios, y todo lo ha recibido de Dios, y Dios le ha colmado de innumerables beneficios, y ha destinado al cuerpo humano á participar por toda la eternidad en estado glorioso de la soberabundante felicidad del alma, así todo el hombre en cuerpo y alma debe dar aquí en este mundo honor y gloria á Dios, y adorarle y contribuir á su glorificación.—Además, hay

como un íntimo vínculo entre los sentimientos interiores y la expresión exterior de los mismos. El que ama interiormente á sus padres y les honra de corazón, les muestra al instante exteriormente veneración y amor, y un pueblo penetrado de respeto hacia su monarca, manifiesta sin duda alguna pruebas y señales exteriores de su respeto. Pues lo mismo sucede con respeto á Dios, nuestro Rey y supremo Señor. Si existen en nosotros íntimos sentimientos de adoración y sumisión hacia nuestro Dios y Señor, se manifestarán al instante en nuestro exterior, y de algún modo, como que se reflejarán del alma en el cuerpo, verificándose así que el culto exterior sea como un reflejo del interior, conforme á la misma naturaleza del hombre. Por último podemos afirmar que el culto exterior es útil y necesario para la edificación común, para fortalecernos en la fe y para la propagación de la religión. Y no hay duda, como cada hombre individualmente, así toda la sociedad humana pertenece á Dios. El es quien la rige y gobierna. Por esto la sociedad humana en cuanto tal, y cada hombre como miembro de ella, está obligado á dar culto á Dios publicamente, y de una manera perceptible para todos los miembros que la componen. Y sería cosa fácil, siguiendo la historia de todos los tiempos, ir demostrando por ella la reconocida necesidad y el deber de este culto público: Jamás se vió Estado alguno sin culto externo sea del verdadero Dios, ó á lo

menos de dioses falsos. Y ciertamente, la culpa principal de que los tiranos acusaban á los primeros fieles era de que estos se abstendían de la común adoración á los dioses. Además, en cada página de la Sagrada Escritura encontramos, no sólo en general el culto exterior debido á Dios, sino también especialmente el culto público en común. El pueblo israelita recibió de Dios mismo todos sus ritos y ceremonias con respecto al servicio divino. Y Jesucristo, siendo de doce años visitó el templo, y más tarde en diferentes ocasiones, confirmó con sus divinos ejemplos el deber que á cada uno incumbe de adorar públicamente á Dios. Por esto también los cristianos de los primeros siglos, á pesar de peligrar su vida, asistían á los Oficios divinos en común, que en aquellos tiempos de persecución se celebraban en los lugares subterráneos llamados catacumbas.

75. Un *espiritista*: «No veo mal alguno en asistir á las reuniones de los espiritistas, ¿qué superstición puede haber en esto?»

Respuesta.—Podemos contestar en general, que hay superstición cuando se atribuye á las cosas una virtud que no pueden tener, ni por su naturaleza, ni por las oraciones de la Iglesia, ni por ordenación divina. Ordinariamente se distinguen dos especies de superstición, á saber: adivinación y vana observancia; por la primera se pretende conocer cosas ocultas ó venideras; por la segunda se quiere buscar la salud, la ganancia en el juego ó cosas seme-

jantes. Por adivinación se peca consultando á los adivinos, ó pretendiendo por las cartas de juego, por espejos ú otras cosas, conocer si se tendrá felicidad en el juego, en el matrimonio etc. Se peca por vana observancia cuando para curar á hombres ó animales, para defenderse de ciertos peligros, se emplean medios, que no tienen virtud natural para ello. Tales son ciertas fórmulas sin sentido, ciertos nombres raros, letras y otras señales, á las cuales se atribuye una virtud eficaz, milagrosa, inefable ó irresistible.—La superstición considerada en si misma y de suyo es pecado grave, porque, cuando no se hace expresamente, la mayor parte de las veces en silencio y secretamente se espera ayuda del espíritu malo. Pues en todo caso se espera ayuda ó socorro, porque de lo contrario no se emplearían aquellos medios supersticiosos; y como ni por su naturaleza, ni por disposición de Dios tienen esa virtud ó eficacia, que se les atribuye para el fin que se pretende, no se puede imaginar otra fuente de donde venga el socorro sino de la intervención de Satanás. ¿Y quién no ve que tal manera de obrar es una grave injuria que se hace á Dios, puesto que en lugar de acudir á El como á Señor omnipotente é infinitamente sabio y bueno pone el hombre su confianza en su mayor enemigo, en el espíritu infernal, en el padre de la mentira como si éste pudiese y quisiese ayudarnos más que Dios. Y aun suponiendo que esté el hombre lejos de pensar

en una intervención diabólica, sin embargo, es siempre pecaminoso poner en imposturas, en embustes y engaños aquella confianza que se debe poner en solo Dios.

Una contestación más directa y concreta á la pregunta ya la ha dado nuestra Sociedad «Propagación de Buenos Libros» en un opúsculo, intitulado: Los Secretos de la Magia Moderna, ó sea los prestigios del Magnetismo, del Espiritismo y del Hipnotismo, á que remitimos al lector.

76. *Un protestante:* «Me repugna el culto de los Santos como lo entienden los católicos, especialmente el título de «Inmaculada» que dan á María, madre de Jesucristo; pero sobretudo la veneración que tributan á las imágenes y reliquias, puesto que Dios en el primer precepto divino prohibió fabricarse estatuas y adorarlas.»

Respuesta I.—Si la Iglesia católica enseña que es justo y saludable venerar é invocar á los Santos, esto de ningún modo puede ser contrario á la razón. En efecto, no hay hombre en el mundo que repruebe el honrar á los hombres virtuosos y beneméritos, dandoles señales exteriores de su respeto y estima interior. Y los mismos que critican la veneración de los Santos no cesan de erigir estatuas, de adornar los sepulcros, de eternizar la memoria, de cantar las alabanzas, de celebrar solemnes fiestas en honor de hombres que adquirieron grandes méritos por los servicios que prestaron á su

patria, ó que se distinguieron por su arte y sus ciencias. ¿Cómo, pues, será injusto honrar á aquellos que acá, en la tierra se distinguieron por sus heroicas virtudes, ó por su doctrina y ejemplos, ó que por sus incansables trabajos en favor de los prójimos contrajeron inmortales merecimientos para con el género humano? ¿Cómo no honrar á los que combatieron y salieron vencedores en el más rudo combate contra el mundo, demonio y carne, y ahora están coronados alrededor del trono de Jesucristo y reinan con El? Ya en el Antiguo Testamento leemos que fueron venerados los espíritus bienaventurados, y también los hombres distinguidos por su virtud y santidad (Genes cap. 18 y 19—y IV Rey 2). Y en el Eclesiástico (cap. 44 y 49) se dice: «Alabemos á los varones gloriosos Moisés, Josué, David etc. De su sabiduría debían hablar las naciones, y los pueblos proclamar sus alabanzas, y su fama debía permanecer eternamente.» Pero notemos aquí una grande diferencia que hay entre el honor que tributamos á Dios y él que hacemos á los Santos. Pues, veneramos y adoramos á Dios solo como á nuestro Señor supremo y principio de todo bien, mientras que veneramos á los Santos como á fieles siervos y amigos de Dios solamente. Por esto pedimos á Dios que nos ayude por su omnipotencia; á los Santos que nos socorran por su intercesión para con Dios.

No digan los protestantes que recurrir á

los Santos es una señal de desconfianza en Jesucristo; pues, si fuese así, ¿que diríamos de S. Pablo, el cual, escribiendo á los romanos les dice (Rom. 15, 32): «Os ruego, hermanos, . . . que me ayudeis con vuestras oraciones á Dios». ¿Acaso es concedido y útil pedir la intercesión de nuestros hermanos acá en la tierra, y será prohibido el invocarla cuando ya están en el cielo? Y si acudimos á los bienaventurados, no por eso dejamos de poner toda nuestra confianza en Dios y en los méritos de Jesucristo. Pues, lo sabemos muy bien, que la intercesión de los Santos consiste en que justamente con nosotros y por nosotros ruegan á nuestro común Padre celestial, en nombre de nuestro mediador Jesucristo, el único medianero entre Dios y los hombres, el cual se dió como redención por todos.

Respuesta II. Debemos venerar á la bienaventurada Virgen María de un modo especial sobre todos los Angeles y Santos, porque es Madre de Dios, y por eso excede mucho en gracia y gloria á todos los Angeles y Santos. Pues, la dignidad de Madre de Dios fué la razón por la cual el Altísimo, ya desde el primer momento de su ser, la llenó de su gracia y la dotó de las prerogativas de la santidad, cuales convenían á la Madre do Dios. Y María, no sólo conservó, sino que fué todos los días y en todos los momentos aumentando esta plenitud de gracia por una perfecta cooperación de ella; de manera que su corazón vino á ser un

mar insondable y sobreabundante de gracia y de santidad. Y habiendo merecido María el más sublime grado de gloria en el cielo que una pura criatura pueda conseguir, síguese por lo tanto que se la debe invocar con preferencia á todos Angeles y Santos.

Ahora para comprender debidamente el título de «Inmaculada» que la Iglesia tributa á María Santísima, debemos tener presente lo que dijimos arriba (Nº. 59) del pecado original. Pues, cuando Adán pecó por desobediencia, todos estábamos en él como en cabeza y principio; y por eso, mediante la natural descendencia de él, la culpa con sus malas consecuencias, pasó á todos y á cada uno de los hombres en particular. Este pecado, que se llamó original ó hereditario, nos viene solamente por ser descendientes de Adán, ó por participar de una naturaleza viciada en él y por él, y no como un pecado ó acción mala cometida por nuestra propia voluntad.—Pero Dios se dignó en su misericordia dar á los hombres un divino Redentor que los librase de la servidumbre del demonio y los restableciese á sus derechos primitivos. Y para dar á tal Hijo una digna Madre, convenía que una mujer, por gracia especial, comunicada en vista de los méritos de Jesucristo, no sólo fuese perfectamente preservada de todo pecado actual, sino de toda mancha del pecado original, Pues ¿cómo es posible creer que el Hijo de Dios, la misma santidad, el cual podía tener una madre inma-

culada y siempre amiga de Dios, hubiese querido tenerla manchada, y enemiga de Dios por cierto tiempo? «Además, dice S. Agustín, la carne de Jesucristo es la carne de María». El Hijo de Dios habría rehusado con horror el tomar cuerpo en el seno de santa Inés ó de santa Gertrudis, porque estas virgenes, á pesar de su pureza, habían sido al nacer, manchadas por el pecado; y si hubiese sucedido lo mismo con María ¿no habría podido el demonio echar en cara á Jesucristo, que la misma carne de que se encontraba revestido, había recibido la infiltración de su vëneno; que la madre de que se gloriaba, había sido antes su esclava? !Verdaderamente, esta suposición encierra una aberración ofensiva para los oídos piadosos.!

Por otro lado, la doctrina de la inmaculada Concepción de María Santísima siempre ha sido creída y defendida firmemente en la Iglesia católica. En el siglo II, Orígenes la insinúa, y en el IV, S. Agustín no dejó de exceptuar á María al hablar del pecado original. (lib, de nat, y grat, c. 36). El concilio de Trento, resumiendo la tradición de todas las edades cristianas, declara que no es su intención comprender en el decreto, en que se trata del pecado original, á la bienaventurada é imaculada Virgen María. Los Obispos reunidos en Basilea en 1436 (sess. 36) proclamaron: «La creencia de la Concepción Inmaculada de María, es piadosa conforme al culto de la Iglesia católica á la recta razón . . . y su festividad se celebrará según

la costumbre de la Iglesia Romana.» Con una palabra: mil y mil voces de una tradición no interrumpida han proclamado desde los primeros siglos, aunque en distinto lenguaje, una misma verdad: que María ha sido exenta de pecado original—Y esta doctrina está fundada en la Sagrada Escritura, pues de María está escrito «que Ella con Jesús, su divino Hijo, debía quebrantar la cabeza de la serpiente infernal!», esto es, vencerla completamente (Gen 3, 15). Mas ¿como hallaríamos esta completa victoria de María sobre la serpiente, si ella misma por el pecado original hubiese estado bajo su cautiverio? Además, María, como refiere S. Lucas (1. 28), fué saludada por el Arcángel San Gabriel «llena de gracia». Pero ¿cómo se podría admitir esta plenitud si le hubiese faltado aquella gracia de la santidad y justicia original que fué el mas bello adorno de la primera Eva? Por todos estos motivos el Sumo Pontífice Pío IX, sucesor de San Pedro, pudo dar su sentencia definitiva, viendo que todo el mundo católico confesaba su fe en la Inmaculada Concepción de la Madre de Dios, y pedia con instancia la gracia, que esta doctrina fuese definida como dogma de fe. Y en efecto, el Vicario de Jesucristo dió la solemne sentencia el dia 8 de Diciembre de 1854, y todo el orbé católico la celebró con unánime é indecible alegría y júbilo. Las solemnes palabras del Sumo Pontífice son las siguientes: «Por el pleno poder de Jesucristo, Señor nuestro, de los

Apóstoles San Pedro y San Pablo, y por nuestra propia autoridad, declaramos y decidimos que la doctrina que sostiene que la bienaventurada Virgen María en el primer instante de su concepción, por una gracia especial y privilegio de Dios omnipotente, y en vista de los méritos de Jesucristo, Redentor del género humano, fué preservada de toda mancha de culpa original es revelada por Dios, y que por esto todos los fieles la deben creer firme y constantemente».

78. *Respuesta III.*—Los católicos veneramos las imágenes de Cristo y de los Santos; pues, si un hijo hace honor á los restos de sus padres, y un súbdito á los de su rey, con más razón podemos rendir honores á las imágenes de Jesús, Rey de los reyes y de sus Santos.

La objeción de que es cosa necia orar delante de una imagen inanimada sería sólida solamente, cuando el que hace oración delante de ella, esperase de la misma estatua que su oración fuese por ella escuchada. «Mas ningún hombre racional, observa el protestante Leibniz, pensará tal cosa; ninguno pedirá diciendo: ¡Oh, imagen concededme lo que deseo, Gracias á tí ¡oh madera! por la salud alcanzada. Nuestra oración delante de una imagen se refiere siempre al Santo que la imagen nos recuerda.» Nadie pues puede razonablemente llamar á semejante proceder supersticioso ó idólatra.

Si se nos pregunta, ¿por qué veneramos

las reliquias ó restos mortales de los Santos, contestamos con el Concilio Tridentino (ses 25), «que los cuerpos de los santos Mártires y de los otros Santos que viven con Cristo, que fueron miembros de Cristo, y que por El serán resucitados á vida eterna, deben ser venerados por los fieles, y esto tanto más cuanto que por ellos concede el Señor muchos beneficios.»

79. *Un católico liberal:* «Los católicos liberales son los verdaderos católicos.

Respuesta.—Los católicos liberales no pueden ser verdaderos católicos, pues el ser liberal es pecado de rebeldía contra la Iglesia de Dios que condena el liberalismo.

Liberalismo es el nombre que en nuestro siglo ha tomado el espíritu del mundo formado á la moderna, según las conquistas del progreso actual basadas en los principios de 1789.

El Liberalismo es un error condenado por la Iglesia. Pues cuando Pío IX expidió el *Syllabus*, ó colección de los principales errores de la época, condenó y especificó, como es sabido, todos los diferentes errores que constituyen el Liberalismo. Otro tanto hizo León XIII en su admirable Encíclica: «*Immortale Dei.*» Además de esto son verdaderos herejes aquellos católicos liberales que abrazan algún error condenado como herejía, cosa facilísima, pues, bajo el pendón del liberalismo se agrupan materialistas, racionalistas, panteistas y todo. Los Obispos del Ecuador en su célebre Pastoral colectiva de 2 de Julio de 1885, tratando del

catolicismo liberal, dicen estas memorables palabras: «Lo que más nos inquieta es el liberalismo católico, esa peste perniciosa, esa política de balancín, ese verdugo enmascarado, muy peor que la Comune de París, como dijo en distintas ocasiones Pío IX. Este error funesto es la serpiente astuta que se ha deslizado del infierno y ha penetrado furtivamente en el Edén de la Iglesia católica para continuar á la sordina en nuestros días la obra de la primera serpiente en el Paraíso. Tímido al principio, luego halagador y lisonjero y después exigente y audaz, corrompe suavemente el corazón, estravía la inteligencia, y al fin pierde las almas y consume la ruina de la Religión y de la patria. Un católico liberal entre los liberales, es un tráfuga de la Iglesia, porque dice que es católico; y entre los católicos es una espía del campo enemigo, porque dice que es liberal. Tráfuga y espía son traidores. ¿Qué hace un católico entre los liberales? ¿Vende á Cristo. ¿Qué hace un liberal entre los católicos? Engaña á los hombres, pero no engaña á Dios. El catolicismo liberal es el grave escándalo del siglo diez y nueve: como el arrianismo de los primeros siglos, como el protestantismo del siglo diez y seis, enloquece á los hombres, inflama sus pasiones y tiende á rasgar por doquiera la túnica inconsutil de Jesucristo y lanzar al seno de las sociedades mejor constituidas, como bomba de Orsini, la

manzana de la discordia y la tea incendiaria de la revolución.»

80. *El católico liberal sigue:* «Yo no tengo escrúpulo en leer cualquier impreso que se me ofrezca, porque es exajerado todo cuanto declaman los curas contra la mala prensa; mayormente si se trata de periódicos, por ser escritos pasajeros, nacidos y muertos en un solo día.»

Respuesta.—Las siguientes reflexiones van á demostrar todo lo contrario:

Nadie podrá negar que en estos últimos siglos la prensa está entre las manos de los enemigos de la Iglesia. Es ella hoy día el gran instrumento de la persecución contra la esposa de Jesucristo y es el arma que le ha hecho aun más mal que el hacha de los tiranos. Los incrédulos modernos, comprendiendo perfectamente la inmensa influencia de la prensa, se han ligado con las sociedades secretas, sirviéndose de ella para la completa perversión del mundo religioso, moral y social. Efectivamente, la tierra entera está hoy día inundada de diarios, folletos, libros, libelos, grandes y pequeños en los cuales todos los días y bajo todas las formas, la autoridad, la magistratura, el ejército, el clero, la Iglesia, hasta el mismo Dios se encuentran insultados, vilipendiados y maldecidos. •El talento, la necedad, el odio, todas las bajezas, todos los vicios coaligados, vomitan día y noche por las cien mil bocas de la prensa, puesta al servicio del averno, sus

injurias, sus impurezas y sus blasfemias contra Cristo y su sublime doctrina. Quéjense de que las bases en que está cimentada la familia se hallan minadas. ¿Quién las mina? La prensa! La prensa con sus novelas, sus folletines, sus artículos licenciosos, que envenenan al marido, á la madre y demasiadas veces desgraciadamente al joven y á la niña inocente.—Todos los potentados modernos han comprendido el poder de la prensa: Napoleón I que conocía bien á los hombres y sus instituciones decía estas notables palabras, que «cuatro gacetas hacen más daño que cien mil hombres en campo ruso.» Y no hay duda, el diario es el medio de acción más poderoso para levantar multitudes. El orador en la tribuna se hace oír de trescientos diputados; el diario con su hoja periódica, se hace oír sin fatiga y con provecho por cien mil lectores; repite sus palabras, todos los días y á fuerza de repetir el sentido de su discurso acaba por implantar las más absurdas convicciones en el alma mas inteligente. Con razón pues, el inmortal Pío IX, en muchos de sus Breves y Alocuciones ha reprobado y condenado la mala prensa, y especialmente el periodismo liberal como el más pernicioso enemigo de la Iglesia. Con razón, el actual Pontífice León XIII en su célebre Alocución á los escritores católicos de la fecha, 22 de Febrero de 1897, decía estas memorables palabras: «No erraría ciertamente el que atribuyese á la lectura de los liberales periódicos

todos los males que actualmente nos afligen.»

Aquí viene bien lo que Mr. Baudon, presidente general de las conferencias de S. Vicente de Paul de Francia, expuso años atrás en un congreso católico celebrado en Poitiers: «Muchos, que se precian de católicos, ni leen periódicos buenos, ni les prestan apoyo suscribiéndose, ni contribuyen con un céntimo á su propagación. «Yo no tengo, dicen muchos, necesidad de convencerme: lo que quiero es saber lo que dice el enemigo.» ¡Y cuantas apostasías hace esa triste curiosidad! pues la lectura de los periódicos malos acaba por extinguir del todo la fe, ya harto lánguida en católicos de este temple. Y así dan siempre oídos á las objeciones, á calumnia, y sin haber hecho nunca estudio profundo en la historia y mucho menos en la filosofía y teología, imaginándose que, por haber aprendido un poco de catecismo, ya pueden leer los más sútiles sofismas, los razonamientos más falsos, sin experimentar ningún mal efecto! ¡cuanta ilusión y temeridad! ¡Harto lo enseña la experiencia! harto lo prueban las innumerables dudas y vacilaciones que antes no se conocían, y las infinitas defecciones y apostasías que vemos cada día! Pero hay otro inconveniente muy grande: que mientras los periódicos irreligiosos tienen un fabuloso número de suscritores, y entre ellos muchos que se creen fervientes católicos, los periódicos buenos solo cuentan con un número insignificante de suscripciones.

Pasemos ya á reconocer cuáles son esos diarios.

Periódicos ó diarios liberales son todos aquellos que propagan ciertos errores, esparcidos, hoy día en el mundo y que, por constituir un peligro continuo, no solo para la fe del cristiano, sino también para la conservación de la sociedad, han sido condenados por la Sede Apostólica en las ochenta proposiciones del conocido: «Syllabus.»

Practicamente, según este Documento pontificio, aquellos diarios son verdaderamente liberales que defienden el racionalismo absoluto, ó aun el moderado, que patrocinan las sociedades secretas, elogiando sus fiestas ó convidados á ellas, que hacen propaganda de los errores concernientes á la Iglesia y sus derechos, de los errores sobre la moral natural y cristiana, de los errores concernientes al gobierno temporal del Santo Padre, de aquellos errores que defienden la libertad de conciencia, la igualdad de cultos, la libertad de la prensa, de la secularización de la política. Por último para conocer si un periódico es ó no liberal, basta fijarse en el modo como habla ú opina acerca de algunos hechos históricos más trascendentales, v. g. la toma de la Bastilla (14 de Julio), de la toma de Roma (20 de Setiembre), etc. etc.

De todo lo anterior expuesto, se desprende cuánta es la necesidad de proteger y fomentar la prensa integramente católica y colocarla á la altura que las circunstancias de la moderna

sociedad exigen. ¡Cuántos, por no encontrar en otra parte lo que por razón de su oficio necesitan, están fomentando con su dinero perniciosísimas y detestables publicaciones, que, si por una parte les son útiles para su bienestar temporal, por la otra son un activísimo veneno que en breve acaba con su fe, con su tranquilidad y con la vida de su alma!

81. *El católico liberal insiste: «Me gusta la moral independiente.»*

Respuesta.—No se consibe que pueda sostener tan absurda proposición un hombre de recto criterio y de sanos sentimientos: Pues, bien sabemos que la moral es la regla de las costumbres, es decir, de la conducta del hombre para con Dios, para con sus semejantes y para consigo mismo. El fin de la moral es dirigir al hombre hácia su fin último.

Y porque no pertenece sino á Dios, Creador del hombre, darle á conocer su fin y los medios para conseguirlo, se sigue que no puede haber sino una moral, la moral dada por Dios, es decir la moral cristiana. Por lo tanto, el que sostiene la moral independiente proclama la destrucción de toda moral y de toda distinción cierta entre el bien y el mal; proclama el derecho de la fuerza, es decir, la destrucción del derecho de la justicia, proclama el despotismo del número y el egoísmo social, y si esos errores viniesen á prevalecer, ya no habría para nadie ni luz, ni conciencia, ni dignidad, ni libertad, ni seguridad.

Por esto Pío IX ha rendido los mayores servicios á la sociedad al condenar en el «Syllabus» los errores siguientes: «Las leyes de la moral no necesitan la sanción divina, y no es necesario que las leyes humanas se conformen al derecho natural ó reciban de Dios el poder de obligar» (Art. 56).

«La autoridad no es otra cosa que la suma del número y de las fuerzas materiales» (Art. 60).

«La violación de un juramento por santo que sea y toda acción criminal y vergonzosa, opuesta á la ley eterna, no sólo no deben ser censuradas, sino que son lícitas y dignas del mayor elogio cuando las inspire el amor á la patria.» (Art. 64).

82. *Un revolucionario*: «No hay inconveniente en negar la obediencia á los soberanos de derecho y aun sublevarse contra ellos.»

Respuesta.—Para patentizar con toda evidencia el grande error que encierra esta proposición, no haré otra cosa que aducir autoridades, las más competentes en esta materia.

1º. Todos los autores de teología moral censuran severamente la revolución: «De la sedición y de la rebelión tan solo diré (son palabras de un autor moderno) que la sedición es, cuando una parte de un estado se pone en armas contra otra: la rebelión es, cuando una parte de un estado se revela contra la autoridad legítima. Son crímenes gravísimos opuestos á la caridad, y la rebelión añade el pecado

de desobediencia formal.» (Morán Teolog. mor. n.º: 538).

El gran Doctor de la Iglesia S. Alfonso M. de Ligorio en su célebre obra: *Homo Ap.* (tr. 8 § 13) dice lo siguiente: «Fué muy pernicioso el principio de Gersón en esta materia, el cual se atrevía á asegurar que puede el monarca ser legitimamente juzgado por toda la nación si gobierna injustamente el reino. . . «Este principio no solamente es falso, sino falsísimo.»

2º. La autoridad infalible de nuestros Sumos Pontífices en esta cuestión es de la mayor importancia. Ya la constitución del 1º de Noviembre de 1885 de nuestro actual Papa León XIII contiene estas memorables palabras: «Quebrantar la obediencia, y acudir á la sedición, sublevando la fuerza armada de las muchedumbres, es crimen de lesa majestad no solamente humana sino divina.» Tambien su antecesor, Pio IX en su Encíclica de 1849 había dicho solemnemente: «La Revolución es inspirada por el mismo Satanás», y unos años más tarde condenó en el Syllabus (Art. 63) la proposición siguiente: «Es permitido negar la obediencia á los príncipes legítimos y aun sublevarse contra ellos», la cual es en todo idéntica á la de nuestro revolucionario.

83. ¿Qué decir, empero, cuando el soberano legítimo *abusa* enormemente de su autoridad, ejerciendo una tiranía intolerable en la nación con sus injusticias destructoras del mismo orden público, y no ofrece esperanza alguna de

enmienda?—El moderno filósofo católico, P. José Mendive, muy celebrado en España, apoyado en la doctrina del Angélico Doctor, Santo Tomás, contesta:

1. «Todos convienen en que es lícito á la tiranía intolerable oponerse por medio de la resistencia pasiva, ó sea dejando de cumplir las órdenes inícuas y destructoras, siempre que esto se pueda hacer sin peligro propio ó de la república. Porque el soberano carece de autoridad para dar orden alguna injusta, y por consiguiente no puede imponer á los subditos la obligación de ejecutarla.

2. Todos los católicos enseñan unánimemente que no es lícito á los *particulares* oponerle, por su propia voluntad resistencia activa, levantándose contra él con las armas en la mano y trabajando para derribarle del trono. Y en esto llevan grandísima razón; porque, como escribe sábiamente Santo Tomás, «sería una cosa peligrosa, así para la nación como para sus rectores, el que los particulares, por su propio arbitrio, pudiesen atentar contra la vida de los que mandan, aunque sean tiranos.

3. Las circunstancias necesarias, que según competentes autores, se deben hallarse juntas para que sea lícito á la nación entera el levantarse contra el tirano en el caso sobredicho, son las siguientes: 1º. que la opresión causada por el tirano no comprenda sólo á algunos particulares sino á la sociedad entera;

y que la comprenda, no como quiera, sino de una manera constante, sin dejar esperanzas de que en adelante irá cesando. 2º. que no basten para reprimirla otros medios más suaves, ni aun la misma resistencia pasiva, generalmente por los ciudadanos. 3º. que de la resistencia activa se espera con fundamento un nuevo estado de cosas más favorables al bien social. 4º. que toda la nación convenga en la utilidad y conveniencia mencionada.»

84. *Un católico de nombre:* «Yo soy católico apostólico, romano, pero no practico el catolicismo.»

respuesta.—Además de la respuesta que hemos dado en el n.º. 73 á un error análogo, añadiremos las consideraciones siguientes: Basta leer atentamente los términos con que se enuncia esta doctrina, y ver como se contradicen mutuamente.

Soy católico quiere decir: Estoy enteramente convencido y cierto, que Dios me ha impuesto tales y tales obligaciones.

No practico quiere decir: Apesar de la certidumbre que tengo de estas graves obligaciones, juzgo que me conviene más, no hacer caso de Dios que me las impone. Y para descender al terreno de la práctica:

Soy católico y confieso que nada hay en el mundo más agradable al Eterno Padre que el sacrificio de la Misa, porque en él se le ofrece á su amantísimo Hijo; yo sé, también que todos los cristianos, que tienen uso de razón,

están obligados á oír Misa entera todos los días de fiesta, y que el que no la oye ó falta á parte grave de ella, peca mortalmente; y sin embargo yo no asisto á esos misterios, sea cual fuese su valor y la obligación de asistir á ellos.

Soy católico y reconozco que todo cristiano tiene el deber por precepto divino de confesar fielmente todos los pecados mortales que hubiere cometido después del Bautismo: y que la Iglesia con su divina autoridad ha prescrito, que nos confesemos siquiera anualmente á un Sacerdote por ella facultado; reconozco igualmente que viviendo en estado de culpa, puedo ser arrojado á cada momento en un infierno eterno, como veo que sucede á tantos insensatos que mueren; y con todo eso hago alarde de no confesarme.

Soy católico: y me doy cuenta de que el esposo y el padre de familia tiene graves responsabilidades delante de Dios respecto de su familia: pero como *no practico* mis obligaciones religiosas, sucede que ellos se vuelven indiferentes en materia de religión y pierden poco á poco la práctica de cumplir los preceptos de Dios y de la Iglesia, gravando así su conciencia de innumerables culpas delante de Dios: Y lo que es peor, en caso de que alguno de ellos se enferme de peligro, no me atrevo hablarle de ningún sacerdote para no asustarle; de manera que esos mismos, que tanto cariño me profesaron en su vida, se ven por

mi cobardía llevados de repente al tribunal de Dios, Juez inexorable, sin haber siquiera visto un sacerdote, que les perdonara sus pecados: ¿Quién no palpa y detesta tamaña crueldad, la más inhumana que se pueda imaginar? Verdaderamente los Nerones, los Galígalas y demás tiranos afligieron con indecibles tormentos á los primeros cristiaños; pero mientras arrancaban las vidas de los cuerpos, las almas subían triunfantes á las moradas eternas de la gloria. Sin embargo el esposo y padre de familia, que no practica, es incomparablemente más cruel con la familia que gobierna; pues no contento con haberles robado con sus principios liberales el tesoro más precioso de la fe y de haber corrompido sus corazones, no para hasta precipitar sus almas, llenas de delitos, en los abismos de las eternas venganzas.—¿Qué razón tenía Pio IX al decir que el liberalismo católico era muy peor que la Comune de París. (véase n.º 79.)

85. *El católico de nombre replica: «Qué dirán los hombres si practico el catolicismo.»*

Respuesta.—Pero, decidme, ¿de qué hombres se trata?, de hombres buenos, honrados y virtuosos ó más bien de hombres viles y degradados, que no merecen ningún respeto ni atención? La experiencia nos enseña que la mofa y el escarnio de las cosas sagradas no se hallan nunca en los labios de varones graves y respetables, de hombres cuerdos y prudentes que se rigen por principios de educación; y por

el contrario, observamos todos los días que los despreciadores de las prácticas religiosas son ciertos mozalbetes imberbes, que no se distinguen por su buena conducta y que son tanto más audaces en vilipendiar las cosas sagradas, cuanto más las ignoran; son hombres perdidos y carnales, que según la doctrina de Jesucristo, no pueden comprender nada de lo que es espiritual; son hombres que tienen sus facultades intelectuales trastornadas y sus corazones enteramente corrompidos por el veneno de lecturas frívolas, impías é irreligiosas. Pues á esa clase de gente degradada sacrifica el respeto humano las prácticas exteriores de la fe, el honor de Jesucristo y su propia alma. Los Santos llaman á ese modo de proceder una especie de apostasía ó traición, porque así como Judás vendió á Jesucristo á sus enemigos por treinta dineros, así éstos los niegan por mucho menos, es decir, para evitar una burla, una broma, ó una chanza.

¡Temed pues, católicos liberales que no os caiga encima aquella terrible sentencia de nuestro divino Redentor que leemos en su Evangelio: «Al que tuviese vergüenza de confesarme delante de los hombres, no le reconoceré delante de mi Padre que está en los cielos!» (Matth. 10, 33).

86. *Un obrero extranjero*: «Mientras estuve en Europa nunca me atrevi á trabajar los días de fiesta, pero aquí en América nuestros patronos nos obligan á ello; además, me parece

mejor, porque así trabajando los domingos, se evitan los excesos que pudiera traer la ociosidad.»

Respuesta.—La profanación del día del Señor con trabajos serviles está prohibida á todo cristiano, viva en Europa ó en América ó en cualquier parte del mundo que esté. Leemos en las Sagradas Escrituras (Exod. 31) que los Israelitas eran condenados con terribles castigos y hasta con la pena de muerte por tales profanaciones; y esto nos hace creer, como una cosa fuera de duda, que las obras serviles en el día del Señor aun en el Nuevo Testamento serán castigadas por Dios con penas temporales y eternas. En efecto, la historia abunda en ejemplos que nos muestran como Dios en todos tiempos castiga visible y severamente la profanación del domingo. Para esto se pueden consultar varias publicaciones tituladas: «Catecismo en ejemplos» de cualquier nación que sean sus autores.

Para que nuestra respuesta sea más clara añadamos dos consideraciones.

La 1^{ra}: Es una imperdonable necedad consagrar tantos días al bien del cuerpo, que es polvo de la tierra, y no querer consagrar uno solo á los intereses del alma, que como sopro divino es inmortal. Según el fin del hombre toda nuestra vida debe ser consagrada al servicio de Dios y á la salud de nuestras almas. Pues bien, ¿qué pensar de un hombre que para este fin importantísimo no consagra ni siquiera

un solo día de la semana? ¿No merecería ser excluido de la sociedad humana aquel, que no cuida más que el vestido y descuida el cuerpo, exponiéndole á los mayores peligros, ó que pone grande esmero en el adorno de sus habitaciones, pero deja morir de hambre á los que moran en ellas? Ahora bien: esto es lo que hace el que durante la semana trabaja para el cuerpo, que es como el vestido y morada del alma, y á esta no consagra ni siquiera el domingo. Gran vergüenza para muchos cristianos de nuestros días debía ser el celo, con que los judíos santificaban el sábado, y más todavía, el celo con que observaron este precepto del Señor, á pesar de grandes dificultades y sacrificios, y á veces á pesar del peligro de la misma vida, tantos fieles cristianos, como nos refieren los Anales de la Propagación de la Fe.

87. En cuanto decís, que en el domingo la ociosidad pudiera traer muchos excesos, contesto, que no es permitido obligar á un mal, porque acaso uno caería en otro mal. La razón de esto está á la vista, pues lo primero es un pecado cierto, mientras que lo segundo es cosa dudosa, y para evitar esos males que se temen de la ociosidad, hay otros medios: Y en efecto, el medio mejor y más eficaz, para que los criados y jornaleros se abstengan de aquellos excesos, es asistir á la Iglesia los domingos, oír la palabra de Dios, y frecuentar los Santos Sacramentos. Si los amos propietarios amonea-

tasen á esto seriamente á sus criados, y sobre todo, si los precediesen con su ejemplo al fiel cumplimiento de sus deberes cristianos, aquellos mejorarían sus costumbres y su conducta.

Notemos aquí de paso que los criados, cuando se les quiere obligar á trabajos serviles, deben en conciencia responder: «Hoy es domingo, soy cristiano y no puedo ocuparme en esos trabajos.» Y si los amos pasan á las amenazas, si los subditos no pueden omitir aquellos trabajos prohibidos sin notable daño suyo, por ese caso no serán culpables, más tienen la obligación de abandonar lo más pronto que puedan aquellos amos y buscar otros, en cuya compañía puedan observar los preceptos religiosos sin impedimento.—

88. *Un mal católico:* «El duelo me parece lícito, puesto, que en muchos casos es el único medio de alejar de sí la infamia de ser tenido por cobarde y de salvar el honor».

Respuesta. Esta justificación es de ningún valor. Pues, en primer lugar el duelo como lo probaremos es un medio ilícito, contrario á la ley natural y reprobado por las leyes divinas y humanas. Y por consiguiente no puede ser jamás empleado para conservar el bien de la honra; pues, sería imperdonable maldad, suponer que un medio en sí malo y pecaminoso, pueda ser santificado por el buen fin propuesto.

Nuestras razones son las siguientes: Si el duelo es á muerte, el duelista se hace culpable de dos homicidios, por tener la intención de

quitar la vida á su contrario y exponerse á sí mismo al eminente peligro de morir herido por otro. Mas aunque el duelo no sea á muerte, sino sólo hasta herirle ó á primera sangre, se quebranta el quinto Mandamiento, que prohíbe, no sólo el atentado contra la vida, sino también el daño y mutilación del prójimo y de nuestro propio cuerpo.

Por otro lado el duelo se opone también á la autoridad humana. Pues por el duelo, como por venganza privada y acto de castigo penal privado, se usurpan los derechos de la autoridad legítima, juez y vengador de los agravios, se eluden las leyes y se pisotean y se defraudan sus cuidados por la paz y por el bienestar de las familias y del Estado.

En segundo lugar, este medio, según su naturaleza, es absolutamente desproporcionado para probar el honor de los duelistas. Pues, si muestran éstos en el duelo destreza en manejar las armas, también dan a conocer el lamentable valor de matar ó dejarse matar; y lejos de ser este valor honroso, es, por el contrario, digno de infamia.

Incomparablemente mas honroso es oponerse á esa costumbre salvaje y bárbara que seguirla. Por último, el duelo no es el único medio de salvar el honor; para eso hay tribunales establecidos, y cada uno es libre para acudir á ellos.—

89. *Un librepensador*: «A ninguna autoridad,

ni á la suprema es permitido imponer la pena capital á los delincuentes.»

Respuesta. Nadie puede negar que Dios puede transmitir su derecho de vida y muerte á las autoridades temporales y que así lo ha hecho en ciertos casos lo atestigua la Sagrada Escritura, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento (Lev. 20, Rom 13). En efecto, el Autor de la naturaleza ha debido dar á cada ser todos los medios, que le son necesarios, para poder alcanzar su fin: Ahora bien, sin el derecho de castigar ciertos delitos gravísimos con la pena de muerte, no puede alcanzar la sociedad su propio fin. Pues, este fin consiste principalmente en la paz, seguridad y tranquilidad de los ciudadanos; los cuales quedan perturbados desde el momento, en que conste á los malvados que por ninguno de sus delitos, por grandes y atroces que sean, han de ser condenados á muerte.

Y notemos aqui que ni la misma amènaza de prisión perpetua sería bastante eficaz para retraer del homicidio á los hombres perversos, porque teniendo asegurado el mayor bien de este mundo, que es la vida, les queda la esperanza de librarse pronto ó tarde de la carcel, ó escapándose, ó siendo indultados.

CAPITULO IV.

De los errores que se oponen á los medios que Dios nos ha dado para llegar á la Salvación

90. *Un incrédulo:* «El hombre por sus propias fuerzas puede observar los Mandamientos y alcanzar la felicidad.»

Respuesta.—Esta doctrina está en contradicción con la experiencia de todos los días, la cual nos suministra multitud de pruebas de que, no obstante conocer y aprobar lo bueno, hacemos sin embargo lo malo. También contradice manifiestamente á la doctrina de Jesucristo, que dijo: Sin Mí nada podeis hacer (Joann 15. 5.) Es decir sin mi ayuda, sin la gracia que Yo vuestro Redentor os he merecido y estoy dispuesto á dar, vosotros nada podéis que sea meritorio para la vida eterna. Vosotros, sin impulso de la gracia y socorro de lo alto nada podéis hacer saludable, como lo observa repetidas veces San Agustin; nada, ni grande, ni pequeño, ni fácil, ni difícil; por con-

siguiente, tampoco podemos observar los Mandamientos de Dios, y mucho menos llegar á la vida eterna. Y si estuviese en nuestras fuerzas y poder natural de guardar debidamente los Mandamientos, ¿para qué hubiera hecho Dios por el Profeta Ezequiel la promesa consoladora, á los israelitas, diciendo: «Yo os daré mi espíritu y haré que andéis en mis Mandamientos, que guardéis mis juicios y obréis según ellos.» (36.27.)

Esto es tanto como declarar que sin El no podían observar sus Mandamientos.

Para comprender mejor el alcance de nuestra respuesta agregaremos unas enseñanzas de nuestra Iglesia acerca de la gracia actual ó sea, del auxilio sobrenatural é interior, que el Espíritu Santo nos proporciona para ejecutar obras de salud. Estas enseñanzas son las siguientes:

1ª. La gracia interior del Espíritu Santo es absolutamente necesaria al hombre para ejecutar obras saludables, supuesto que sin el auxilio interior de la gracia, será incapaz de ejecutar nada bueno para el cielo, ni de dar un paso en el camino de la salvación. Si el pájaro sin el auxilio de las alas, no puede elevarse en los aires, menos todavía el hombre sin la gracia puede remontarse hácia la infame altura de la salud, que está en Dios.

Y aunque bastan las solas fuerzas de la naturaleza para que el hombre caído por el pecado original pueda distinguir el bien del mal

y observar vida honesta y conforme á la ley natural hasta cierto punto; necesita sin embargo del auxilio de Dios para conocer bien esta ley natural, observar todos los preceptos, y vencer todas las tentaciones que le inducen á violarlas. Así es, que todos los hombres necesitan de la gracia: los pecadores para salir del pecado, y los justos para perseverar en la virtud.

2ª. La gracia de Dios es omnipotente. Si abandonados á nosotros mismos y sin ella, somos tan débiles, con su auxilio lo podemos todo. «Yo lo puedo todo, dijo San Pablo, en aquel que me fortifica» (Phil. 4.13) Sin la mano de Dios, que le sostiene por su gracia, el hombre sería como un niño, que no puede marchar ni tenerse derecho sin el auxilio de la mano maternal. Por el contrario, con el auxilio de esta gracia, si se corresponde á ella, el mayor pecador puede convertirse á Dios, romper las cadenas de sus malos hábitos, apartarse de las ocasiones de pecar, y por una sincera conversión entrar en la gracia de Dios. Del mismo modo, los justos fortificados por la gracia triunfan de todas las tentaciones, de todas las persecuciones, y practican esas grandes virtudes que admiramos en los mártires y en los Santos.

Sin embargo, á pesar de su poder, la gracia deja al hombre en plena libertad: puede aceptarla si quiere y hacerla fructuosa con su cooperación; pero puede también rehusarla y hacerla estéril.

91. *Un implo.*: «Si la misericordia de Dios

es tan grande, como dicen, y su gracia tan omnipotente, basta que me convierta á última hora.»

Respuesta.—*Si* ahora, que la enfermedad de tu alma está en su principio y se puede curar facilmente, desechas la celestial medicina de la gracia, ¿cómo podrás prometerte que usarás de ella más tarde, cuando con el aumento del mal haya crecido la repugnancia contra este celestial remedio? ¿No podrás entónces temer que te sorprenda la muerte en estado de pecado y que así te veas privado de tiempo y juntamente de la gracia para hacer penitencia?

Aquí vienen bien las palabras de S. Agustín: «Como aquel que desespera aumenta sus pecados, así los aumenta el que esperando el perdón dice para sí: «yo hago lo que quiero, Dios es bueno, y cuando yo me convierta, El ya me perdonará. Así podrás hablar si tienes asegurado el día de mañana; más no sucede así, pues la Sagrada Escritura te previene: «No dilates el convertirte al Señor y no lo difieras de día en día, pues de repente vendrá su ira y te arruinará en el tiempo de su venganza.» Hé aquí, pues, que la divina Providencia ha velado sobre nosotros de dos maneras. Para que no desesperemos y desesperando aumentemos los pecados, nos ha abierto el puerto seguro de la penitencia; y al contrario, para que por temeraria esperanza tampoco los aumentemos, nos

ha dejado en la incertidumbre del día de nuestra muerte» (Serm. 352.)

92. *Un incrédulo:* «Los siete sacramentos son una invención humana que en el curso de los siglos se introdujeron.»

Respuesta.—Decidnos ¿cuándo, por quién y cómo se introdujeron estas novedades en la Iglesia? ¿qué Papa, qué Obispo fué tan temerario que impuso en nombre de los Apóstoles y de Jesucristo á toda la cristianidad la obligación de creer en siete Sacramentos y de recibirlos? nos habéis de decir en qué región del mundo principió la fe en los Sacramentos que antes no existían, de qué manera se propagó esa fe por toda la tierra, por qué medios y por qué caminos ocultos pasó esa fe de los griegos cismáticos y otras sectas de Oriente á la Iglesia católica de Occidente, ó viceversa, sin que esta inaudita novedad excitase la menor protesta ni reclamación.

Los protestantes no fueron tan hábiles que pudieron responder á estas preguntas; al contrario, sucedió que tan pronto como principiaron á sembrar su nueva doctrina de que sólo hay dos ó tres Sacramentos, se levantaron por todas partes protestas numerosas, hasta que el Concilio de Trento condenó solemnemente semejante doctrina. Y cuando estos reformadores se jactaban de profesar á lo menos en este punto la misma creencia que la Iglesia griega, enviando una copia de su profesión á Jerimias, patriarca cismático de Constantinopla, éste, después

de haberla examinado, la censuró fuertemente, diciendo que la Iglesia griega había admitido siempre y admitía aún los mismos Sacramentos que la latina, y terminó su contestación fulminando el anatema contra los protestantes.

La Historia de la Iglesia católica nos demuestra de una manera irrefragable que no se levantó jamás la más mínima novedad en la fe, sin que los Papas, los Obispos, los Sacerdotes y teólogos y hasta los simples fieles opusiesen sus protestas y reclamaciones. Y la concordia y unidad de las Iglesias de Oriente y Occidente con respecto á la doctrina de los siete Sacramentos, la uniformidad de esta fe en pueblos cristianos tan separados entre sí por antipatías y recelos, no se podría ni aún imaginar, si todas estas naciones cristianas no hubieran bebido una misma fuente en la verdadera y constante Tradición apostólica. Pero además de esto, los libros de teología de nuestra S. Iglesia tratando de cada uno de los siete Sacramentos en particular, demuestran que la precitada doctrina católica está fundada en los testimonios de la Sagrada Escritura y en la doctrina unánime de los Santos Padres—Confesemos pues que Jesucristo ha dejado á su Iglesia siete Sacramentos. Tales son: Bautismo: que nos da el ser sobrenatural, ó la vida de la gracia: Confirmación, para vigorizar ese nuevo ser ó robustecer esa vida: Eucaristia, para divino sustento del alma: Penitencia, como eficaz medicina, que cura todas las enfermedades espi-

rituales, y nos devuelve la salud, y aun la vida perdida: Extrema Unción, poderoso amparo contra los asaltos del enemigo en el supremo trance de la muerte: Orden, que propaga los pastores ó rectores espirituales, y Matrimonio, para santificar la unión del hombre y la mujer, por la que ha de perpetuarse la familia cristiana.

93. *Los protestantes:* «Las palabras de Cristo: «Este es mi Cuerpo», no tienen otro sentido que «esto representa ó significa mi Cuerpo».

Respuesta. El mismo Lutero no pudo menos de confesar, que el texto del Evangelio era demasiado exprecivo y claro para atribuirle otro sentido.

Y para convenceros hasta la evidencia, examinad sin prevención antes de todo la promesa divina según el Evangelio de San Juan (cap. 6). El mismo Jesucristo tuvo por conveniente, no sólo anunciar el Santísimo Sacramento mucho tiempo antes de intuirle, sino también irle descubriendo como por grados para preparar su creencia. Habiendo el divino Salvador antes multiplicado milagrosamente cinco panes, de modo que bastasen y sobrasen para hartar á 5000 hombres, dijo al día siguiente á la muchedunbre del pueblo que le seguía: «Procuraos, no el pan que perece, sino el que permanece para la vida eterna, que el hijo del hombre os dará». Después les dijo: «Yo soy el pan vivo que bajé del cielo.» Para que no lo entendiesen mal añadió expresamen-

te: «El pan que yo os daré es mi carne para la vida del mundo.» Entonces disputaban los judíos entre sí y decían: ¿«Cómo puede éste darnos á comer su carne?» Y Cristo, que vió que sus oyentes habían tomado sus palabras en el sentido literal y propio, no sólo no corrigió este su modo de entenderlas, sino que lo confirmó con expresiones más claras y precisas diciendo: «En verdad, en verdad os digo, que si no comiereis la carne del Hijo del hombre y no bebiereis su sangre no tendréis en vosotros la vida eterna. El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene la vida eterna, y yo le resucitaré en el último día. Pues, mi carne es verdaderamente comida, y mi sangre es verdaderamente bebida.» Cuando muchos de sus discípulos oyeron esto, dijeron entre sí: «Duro es este discurso; ¿quién le puede oír?» Y porque el divino Maestro continuaba sosteniendo que deberían comer su carne y beber su sangre, muchos de sus discípulos se separaron de El; mas Jesús los dejó que se fuesen, y luego dijo también á sus doce Apóstoles: «¿Queréis también vosotros iros?» Que es como si hubiese dicho: «Yo sostengo mi palabra, aun cuando todos me abandonéis». Por todo lo cual se ve claramente que las palabras de Jesucristo de comer su carne y beber su sangre no se pueden tomar figurada, sino literalmente.

94. A vuelta de un año de este anuncio, llegó el tiempo de padecer y morir el Hijo de Dios por la salud de los hombres, y en la noche

inmediata al día de su muerte dispuso celebrar con sus discípulos su última Pascua. Entonces fué cuando realizó su promesa de dar á comer su carne y á beber su sangre, para alimento de nuestras almas. San Mateo, San Marcos, San Lucas y San Pablo nos refieren con admirable sencillez este prodigio de los prodigios. En esta última cena Jesucristo tomó el pan, lo bendijo y lo dió á sus discípulos diciendo: «Tomad y comed: este es mi Cuerpo». Y tomando el cáliz, dió gracias y se le dió diciendo: «Bebed de él todos; porque esta es mi Sangre del Nuevo Testamento que será derramada por muchos para remisión de los pecados» (San Mateo c. 26 etc).

Después de haber oído á Jesucristo, ¿quién se atreverá á desmentirle? ¿quién osará poner en duda la palabra de la Verdad misma, que dice: «Este es mi Cuerpo, esta es mi Sangre». Así lo creyeron y enseñaron los mismos Apóstoles y discípulos, y toda la Iglesia de Cristo por todos los siglos lo ha creído y enseñado constantemente desde su principio hasta nuestros días, como lo demuestra la historia eclesiástica. Y los Patriarcas y Obispos cismáticos de Oriente, á quienes no faltó nunca penetración ni deseo de que zaherir á la Iglesia latina de Occidente, confiesan unánimes la misma doctrina.

Citemos aquí solamente las palabras que un docto teólogo griego, Marco Dono de Creta escribió á Claudio, ministro protestante en París, respondiendo á ciertas preguntas, que

éste le había dirigido sobre la fe de la Iglesia oriental. Dice así: «Sepa que todo el Oriente, de acuerdo con el Occidente desde el principio de la Iglesia, siempre ha creído y cree que el pan y el vino son convertidos verdadera y físicamente en el Cuerpo y Sangre de Jesucristo, de manera que cese la substancia anterior. Y la Iglesia griega cuenta esta transubstanciación entre los artículos necesarios de la fe...

Esta doctrina nos viene de Cristo y de los Apóstoles, y sucesores de estos, como de los Padres de la primitiva Iglesia, que son las columnas y fundamentos de la recta creencia griega». (Mac Itah, Pruebas y doctrina de la Iglesia católica, pag. 499).

95. Agregamos aquí otra circunstancia, que Jesucristo con perfecta certidumbre previó que en consecuencia de aquellas palabras, no solamente muchos de sus discípulos le abandonarían, sino que toda la Iglesia universal durante dos mil años, millones y millos de fieles pagaría piadosamente el tributo de adoración al santísimo Sacramento, como á Dios vivo que se oculta bajo los accidentes de pan y vino.

Ahora bien: si Jesucristo hubiera querido que sus palabras no fuesen tomadas en un sentido literal, sino sólo en sentido figurado, habría sin duda hablado de otra manera ó corregido al instante la falsa interpretación de los discípulos, como lo hizo en otras ocasiones de menor importancia. p. ej. cuando dijo á sus discípulos: «Como no entendéis que yo no os

hablaba del pan cuando os dije: «Guardaos del fermento de los fariseos etc.»

Busquen pues los adversarios de la presencia real de Jesucristo en el santísimo Sacramento todas las razones aparentes que puedan: al fin, si son sinceros, deberán confesar con su jefe Lutero que el texto es demaciado claro.

96. *Los protestantes:* «No admitimos que la Misa sea verdadero sacrificio, pues, siendo el sacrificio dé la cruz de valor infinito y suficiente para todos los tiempos, sería blasfemar de él, admitir cualquier otro Sacrificio.»

Respuesta. La muerte real de Jesucristo fué la causa meritoria de nuestra salvación, y como por sus méritos se salvaron todos los justos de la ley antigua, así se salvarán todos los que se han de salvar en la ley nueva. Pero como nada quitaban á la virtud del sacrificio de Jesucristo los sacrificios judaicos, que figurativamente le anunciaban, así tampoco deroga su valor el sacrificio de la Misa, que es su representación real. Si en la Misa se ofreciese una víctima diferente de la ofrecida en el calvario, entonces sí, haríamos injurias al sacrificio de la cruz; pero, siendo una misma la víctima, lejos de perjudicar el valor del sacrificio cruento por la oblación incruente, lo que hace esta oblación es, por decirlo así, engrandecer aquella representándola realmente en todo lugar, é inspirándose una grandiosa idea del amor de Jesucristo, que no se contentó con derramar su Sangre en la cruz, sino que ha

querido que místicamente se derrame diariamente sobre nuestros altares, para bañar en ella y purificar á todos y cada uno de los hombres. De este modo «el fruto del sacrificio cruento, se nos aplica en abundancia por la oblación incruenta» (Conc Trid. Ss 22 cap. 2.)

Agreguemos que el mismo Dios había anunciado por el profeta Malaquías (I, 10 sq.) que el sacerdocio de Aaron y los sacrificios judaicos habían de cesar para ser sustituidos por otro sacerdocio y otro sacrificio, que no pueden ser sino el sacerdocio cristiano y el sacrificio de la Misa—Hablando este profeta en nombre de Dios á los sacerdotes de Israel les dice: «No tengo mi voluntad (ó beneplácito) en vosotros, dice el Señor de los Ejércitos; y no recibiré ya dones de vuestras manos; pues desde el Oriente al Poniente grande es mi nombre en las naciones, y en todo lugar se sacrifica, y se ofrece á mi nombre oblación pura; porque grande es mi nombre en las naciones, dice el Señor»—Es claro que aquí habla el Profeta de un sacrificio del Nuevo Testamento en oposición á los sacrificios del Antiguo; de un sacrificio que será sustituido en lugar de otros desechados; de un sacrificio nuevo, puro y universal, propiedades, que no se pueden aplicar de ningún modo á los sacrificios del Antiguo Testamento; pues éstos, ni era nuevos, ni de todos los tiempos; ni fueron ofrecidos por todos los pueblos, ni en todos los lugares, ni estaban destinados por todas las naciones.

El sacrificio, que el Profeta prenuncia, se distingue también del sacrificio de la Cruz, pues aunque éste fué nuevo, puro y sobremanera agradable á Dios, más no debía ser ofrecido sino en un solo lugar y en un tiempo determinado, y por otra parte, era sacrificio cruento; mientras que el sacrificio de que habla Malachias por ser universal, debía ofrecerse en todo lugar y en todas las naciones, y debía ser un sacrificio que fuese manjar, y por último, debía ser incruento.

97. Por lo cual la Iglesia católica enseña, (Concilio de Trento, sess. 22, c.i) 1º que el santo sacrificio de la Misa es aquel sacrificio puro, que no puede ser manchado por la indignidad del que le ofrece, y del cual el Señor predijo, por el Profeta Malachias, que sería ofrecido como oblación pura en todos los lugares en su nombre. Y efectivamente, en todo el universo adonde llegó la buena nueva del Evangelio y la verdadera fe cristiana, se edifican altares para glorificar al Altísimo, y los Sacerdotes ofrecen el augusto sacrificio del Cuerpo y Sangre de Jesucristo, según el orden de Melchisedec, bajo las especies sacramentales del pan y del vino, como Dios lo había prometido y predicho por el Real Profeta (Psalm 109, 4).

La Iglesia católica enseña 2º que Jesucristo mismo, como sacerdote eterno, ofreció en la última cena á Dios Padre su cuerpo y su sangre en sacrificio bajo las especies de pan y vino, y mandó á sus Apóstoles, á quie-

nes instituyó Sacerdotes de la Nueva Alianza, y á sus sucesores en el sacerdocio, que ofreciesen el mismo sacrificio, diciéndoles: «Haced esto en memoria mía» (ib).

La misma Iglesia enseña 3º que desde los Apóstoles se celebró siempre el santo sacrificio de la Misa. Y esto lo prueban no solamente las palabras de San Pablo (Hebr. 13,10) cuando dice: «Nosotros tenemos un altar etc.» sino también los testimonios innegables de los Santos Padres, las decisiones de los Concilios, las antiguas oraciones de la Misa y otros muchos monumentos de la Iglesia oriental y occidental.

98. Al mismo Lutero no se le ocultó que desechando el santo sacrificio de la Misa caía en manifiesta contradicción con la doctrina de los Santos Padres y de toda la Iglesia. Queriendo, no obstante de esto, desechar la Misa privada, confiesa «que es una grande empresa oponerse á la costumbre de tantos siglos, de tantos testimonios y de tan universales sentimientos.» Sin embargo, el reformador con su habitual modestía contesta: «á mi no me importa nada de todo eso». Y en otro lugar hablando sobre el mismo asunto dice: No me importa que los papistas claman: ¡La Iglesia! ¡La Iglesia! ¡Los Padres! ¡Los Padres!, pues en tales cosas no miramos lo que dijeron los hombres, ni lo que hicieron los Profetas, ni aquello en que los Apóstoles erraron». Así se espresaba Lutero el cual sin embargo, en 1532 escribiendo contra los sacramentarios decía: «Peligroso y terrible es oír ó creer alguna cosa

contra el unánime testimonio, contra la fe y la doctrina de toda la santa Iglesia cristiana». Pero luego, sobreponiéndose á la autoridad de toda la Iglesia, hizo lo mismo que había reprendido en los sacramentarios; ni tiene escrúpulo en referir que una vez el diablo en una aparición nocturna le había reducido con sus argumentos al mayor aprieto y le había persuadido á que debía abolir la Misa, y que así él lo hizo. Aquel nocturno coloquio con el demcnio es célebre en los escritos de Lutero. (Véase su tratado «De la Misa de rincon» (Wit. part 7 pag 443).

Los protestantes que lean sin preocupación este último paso con sus citas, cuya autenticidad está fuera de duda, no podrán menos que juzgar que Lutero al abolir la Misa ha procedido sin sano criterio y de mala fe, y que en su reforma no le ha guiado el Espíritu Santo. Y esta misma mala fe y este espíritu tan apasionado y enteramente contrario al Espíritu de Dios encontramos muy á menudo en los escritos de Lutero, pero especialmente cuando él trató de rechazar los dogmas más fundamentales de la Iglesia, cuando con desvergonzada osadía suprimió la mayor parte de los santos Sacramentos, el culto de los Santos, las Indulgencias, los sufragios por los difuntos, los ayunos y toda clase de penitencias; cuando declaró nulos los solemnes votos evangélicos, con los cuales monjes y religiosas se habían consagrado á Dios, cuando despreció la sublime autoridad del Vi-

cario de Cristo y se mofó del mismo Señor sacramentado á quien antes servía y adoraba.

99. *Los protestantes:* «Todos los fieles, para tener la vida, deben comulgar bajo las dos especies de pan y vino, puesto que Cristo lo manda así diciendo: «Si no comiereis mi Carne y bebiereis mi Sangre, no tendréis la vida en vosotros».

Respuesta. El Salvador dijo también: «Si alguno comiere de este pan vivirá eternamente» y «El pan que yo os daré es mi Carne para la vida del mundo. . . (San Juan cap. 6). Pero Jesucristo no se podía contradecir; sin embargo, así sucedería si por una parte mandase, so pena de muerte eterna, la Comunión bajo las dos especies, y por otra parte prometiese la vida eterna al que la recibiese solamente bajo la especie de pan. Por consiguiente, aquellas palabras: «Bebed todos de él» se dirigían solamente á los Apóstoles y á sus sucesores en el sacerdocio para el caso en que ellos mismos ofreciesen el santo sacrificio de la Misa. Pues, á la celebración de este incruento Sacrificio pertenecen las dos especies, por que sin ellas no se representaría el sacrificio cruento de la Cruz del Señor. Mas cuando el sacerdote no celebra él mismo el santo Sacrificio, tampoco él recibe la sagrada Comunión si no bajo la especie del pan. En este sentido entendió siempre la Iglesia católica las palabras de Jesucristo.

Verdad es que por varios siglos comulgaron los fieles bajo las dos especies, pero no

todos, porque los enfermos sólo recibían la Comunión en la especie de pan; ni en todos tiempos, por que los fieles en tiempos de persecución tomaban solo el pan consagrado, que conservaban en sus casas, y también le llevaban consigo cuando huían á los desiertos ó caminaban al martirio. Aun fuera de los tiempos y casos referidos hubo siempre dificultades en cuanto al uso del caliz, porque había personas para quienes la sunción del vino era violenta y las esponia al vómito; había otras que tenían fuerte repugnancia á beber por el mismo caliz que habían bebido algunas de disposiciones corporales chocantes; y sobre todo había mucho peligro de que se derramase el vino consagrado, particularmente cuando era muy numeroso el concurso de los fieles, que se presetaban á comulgar. Asi el uso del caliz se fué perdiendo insensiblemente hasta que en el Concilio Constanciense, por los referidos motivos y por otros no menos graves, se prohibió enteramente á los sacerdotes no consagrantes y á todos los legos. Mas por esta prohibición de ninguna gracia se privó á los que sólo comulgaban bajo de la especie del pan, puesto, que el infalible magisterio de nuestra Iglesia, desde el tiempo de los Apóstoles hasta hoy día, ha enseñado constantemente, que bajo de cualquiera de las dos especies de pan y vino se recibe todo entero á Jesucristo, autor y fuente de todas las gracias. Y aunque en virtud de las palabras sacramentales no haya bajo las especies del pan más

que el Cuerpo, y bajo las especies del vino más que la Sangre del Salvador, poseemos, sin embargo, á Jesucristo todo entero así en la una como en la otra especie y del mismo modo en cada una de las partes en que las especies puedan dividirse.

La razón de esto consiste en que Jesucristo, hallándose actualmente vivo é inmortal, se encuentra todo entero donde está su Cuerpo y todo entero donde está su Sangre, puesto que su Cuerpo y su Sangre son inseparables de su persona.

100. *Los protestantes*: «La Confesión es una invención de los sacerdotes».

Respuesta. La confesión y la obligación de confesarse son tan antiguas como las palabras de Jesucristo: «Recibid el Espíritu Santo, y á quienes vosotros perdonaréis sus pecados, les serán perdonados; y á quienes retuviereis, les serán retenidos» (Joann 20). Estas palabras del Señor son claras y terminantes. Los Apóstoles y sus sucesores, para poder llenar razonable y concienzudamente el deber de perdonar ó de retener los pecados debían conocerlos; de lo cual se deduce que los cristianos estaban obligados á confesarlos—Y los monumentos históricos nos prueban que la confesión ha existido siempre en la Iglesia. Ya los mismos Hechos de los Apóstoles refieren (cap 19, :18): «Y muchos de los creyentes ó fieles venían á confesar, y á declarar todo lo malo que habían hecho». San Clemente, que murió mártir hácia fines

del primer siglo, habla de la necesidad de la Confesión como de cosa de todos conocida. (Epist I ad Corinth).—San Ireneo á principios del siglo segundo refiere de pecadores que se habían convertido á consecuencia de su Confesión; mientras que otros, que por el contrario, á causa de falsa vergüenza no confesaron su culpa, habían desesperado (Contra haer p. i. cap. 13, 5).—Origenes, siglo III, en su Homil 17 in Lucam, dice: «Si nos arrepentimos de nuestros pecados y los confesamos, no solamente á Dios, sino á los que pueden remediarlos, ellos nos serán, remitidos ó perdonados».—Mucho más numerosos son los testimonios de los siglos subsiguientes: En el siglo IV, los de San Ambrosio, de San Basilio de San Atanasio y Lactancio. Este se expresa en los términos siguientes: «La Señal de la verdadera Iglesia es el uso de la Confesión y de la penitencia, por la cual se remiten los pecados de nuestra fragil naturaleza» (Instit. lib. 4)—En el siglo V. San León Magno decía expresamente (Epist 168 ad Campan), que no era necesario publicar los pecados, sino bastaba confesarlos en secreto al Sacerdote.

101. En obsequio á la brevedad excusamos citar aquí muchísimos testimonios que encontramos en la historia eclesiástica de los siglos siguientes. (Véase cualquier Historia de la Iglesia algo extensa, escrita por un autor imparcial).

Referimos sin embargo, algunos característicos, y aun muy interesantes para los mismos protestantes. En el año 742, el Concilio I

de Germania manda que cada Prefecto de tropa tenga un Sacerdote, para que oiga las confesiones de los soldados. El emperador Carlos Martel en el siglo VIII tenía por confesor á San Martín, religioso de Corbie; el emperador Carlo Magno en el siglo IX á Hildebrando, Arzobispo de Colonia—Los cruzados solían confesarse antes de entrar en combate—El célebre San Bernardo que falleció en 1153, habla de la confesión, cuando, dirigiéndose á los que callaban pecados, les decia: ¿Qué vale declarar una parte de los pecados si ocultáis otra? . . . ¿no está todo patente á los ojos de Dios? ¡Vosotros os atrevéis á callar alguna cosa al que ocupa el lugar de Dios en tan elevado Sacramento! (Serm. de S. Andrés).—La confesión sacramental se hallaba en pleno vigor en la época de Inocencio III, quien, para estimular la negligencia de ciertos cristianos á confesarse, promulgó el decreto de la confesión anual en el cuarto Concilio lateranense de 1215.

De lo dicho hasta aquí se desprende con toda claridad que, sólo con mala fe ó ignorancia culpable, pueden los protestantes afirmar que la confesión fué inventada por el clero católico. Por otra parte, los hechos no se suponen sino que deben ser demostrados; indiquen, pues, los protestantes en qué fecha fué la confesión inventada y den el nombre del inventor. A la verdad, nada más facil podría exigirseles, toda vez que si la confesión no se hubiese recibido siempre en la Iglesia como una de

las prácticas establecidas por los mismos Apóstoles, su introducción en los tiempos posteriores habría sido uno de los acontecimientos más importantes de la historia, dejando rastros y huellas tan marcadas que nadie podría dejar de verlas, á la manera que todas las herejías é innovaciones se caracterizaron por grandes sacudidas sociales; y, ¿cómo no se habría levantado un grito universal cuyo éco aun escucharíamos contra el audaz, que se hubiera atrevido por primera vez á exigir que todo cristiano, sin escluir al mismo Romano Pontífice ó á los Príncipes ó á los Emperadores, confesase sus pecados, aun los más ocultos, á un hombre igual á los demás?

Los mismos protestantes en varias ocasiones han procurado introducir de nuevo la confesión privada; pero el mal éxito de sus tentativas les ha demostrado que, una vez abolido el tribunal de la Penitencia, no puede ser restablecido por voluntad de los hombres. (Diario evangel. de Berlin 1829 y Scheffmacher, cartas á un protestante).

102. *Los protestantes* «El perdón de los pecados se compra en la Iglesia católica con Indulgencias.»

Respuesta. Indulgencia es la remisión de las penas temporales, que después de perdidos los pecados debíamos pagar en este mundo ó en el purgatorio, remisión concedida por la Iglesia fuera del sacramento de la Penitencia

por aplicación de los inagotables tesoros de la satisfacción de Cristo y de los Santos.

Notemos lo siguiente, para mejor inteligencia de esta definición:

Dios perdona siempre, junto con el pecado la pena eterna; pero no siempre la temporal, esto es aquella que debemos sufrir en este mundo ó en el purgatorio; pues se hallan en la Sagrada Escritura ejemplos claros y evidentes que lo prueban:

Al pueblo de Israel Dios perdonó su idolatría y le prometió que un ángel se le aparecería de nuevo para conducirlo, y, sin embargo, dijo: «Yo visitaré también este su pecado en el día de la venganza» (Exod. 32)—Cuando después aquel pueblo murmuró contra Moisés, y éste suplicaba de nuevo á Dios pidiéndole el perdón, el Señor le respondió: «Le he perdonado según tu peticion....; pero ninguno de los que han blasfemado contra Mí, entrarán en la tierra de promisión» (Levit. 14); es decir, que no perdonaría la pena temporal—David había pecado muy gravemente; pero habiéndose arrepentido sinceramente de su pecado, le dijo el Profeta Nathán de parte de Dios: «Te ha perdonado Dios tu pecado. Pero tu hijo morirá» (2 Rog II) Adán sucumbe, Dios le remite su delito y la pena eterna que ha merecido, pero no le exime de la pena temporal debida á su pecado, y le sujeta á la dura obligación de comer el pan con el sudor de su frente y á la triste necesidad de padecer y morir (1 Mos. 3). En

esta conducta debe reconocerse la inteligente solicitud de nuestro Padre celestial. Pues sin duda alguna, aquellas penas satisfactorias retraen al penitente del pecado, le retienen como con freno y le hacen más previsor y vigilante en el porvenir, quitan las reliquias de los pecados y borran los malos hábitos contraídos por ellos mediante la práctica de las virtudes.

103 Además es indudable que Jesucristo autorizó á la Iglesia para conceder indulgencias cuando dijo á San Pedro: «A tí daré las llaves del reino de los cielos, todo lo que soltares en la tierra, será soltado en el cielo etc.» De estas palabras se deduce que el divino Salvador dió á su Iglesia los poderes mas extensos para abrir el cielo y desatar todos los vínculos que pudieran impedirnos entrar en él. Pues, siendo la pena temporal un obstáculo que nos impide temporalmente entrar en el reino celestial, claro está, que la Iglesia recibió la potestad de remitir tales penas, y eso es lo que hace por medio de las indulgencias. Y si la Iglesia tiene poder para remitir los pecados, con mayor razón la tiene para remitir la pena debida á los mismos pecados.

La esposa de Jesucristo también siempre ha usado este poder, perdonando las penas temporales de los pecados fuera del sacramento de la Penitencia. Así leemos en la segunda Epístola del Apóstol á los Coríntios (2, 10), que el Apóstol perdonó al incestuoso arrepentido, una parte de la pena que le había impuesto.

Este perdón le fué concedido fuera del Sacramento y estando ausente San Pablo, quien añadía: «Si uso de indulgencia, hágolo por vosotros, y en calidad de representante de Jesucristo» (ib.) Y podemos probar con la historia en la mano que en todos tiempos la Iglesia ha ejercitado este poder de perdonar las penas temporales concediendo indulgencias en favor de vivos y de difuntos. Agreguemos que el mismo Lutero, poco antes de que el Sumo Pontífice le condenara, decía: «Si alguno negare la verdad de las indulgencias del Papa, sea anatema». (Gaume t. 4 p. 189).

La Iglesia católica enseña que para ganar una indulgencia se requieren dos cosas: 1.^a Cumplir exactamente todas las condiciones ú obras prescritas; 2.^a Estar purificado de faltas graves, es decir, hallarse en estado de gracia.

En suma: El uso de las indulgencias es sumamente saludable á los fieles; no solamente les ayuda á pagar su deuda á la justicia divina, sino contribuye también poderosamente á alimentar en sus almas la fe, la caridad, la piedad con las demas virtudes y promueve la frecuencia de los santos Sacramentos (Véase también el Núm. 71).

104. *Un incrédulo*: «El Matrimonio es un contrato, que se debe celebrar ante los funcionarios del Estado y al cual después se puede á elección, añadir ó no la bendición del Sacerdote.»

Respuesta.—Que el matrimonio es uno de

los siete Sacramentos, instituidos por N. S. Jesucristo, ha sido siempre y constantemente enseñado y creído en la Iglesia católica, desde los tiempos de los Apóstoles hasta nuestros días. Por esto el Concilio de Trento anatematizó á aquellos, que niegan este dogma, con las siguientes palabras: «Si alguno dijere, que el Matrimonio no es propiamente uno de los siete Sacramentos, instituidos por Jesucristo, sino que es una institución humana, ó que no confiere gracia, sea excomulgado. (Con. T. 24 c. 1). En efecto, después que el matrimonio ha sido elevado á Sacramento por Jesucristo, autor de la ley nueva, ya no es dado variar, ni deshacer lo que El ha establecido. Como antes la ley natural, así ahora la ley evangélica, complemento y perfección de aquella, ha de ser la regla de las acciones del hombre, sin distinción de monarcas y vasallos. El que intentase proceder ó legislar contra lo que ha legislado Jesucristo, sería un insensato ó sacrílego, que no haría sino poner de manifiesto su locura ó su perversidad, declarandose enemigo de aquel que ha dicho: «Los cielos y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán.»

Legislen enhorabuena las potestades de la tierra sobre lo que atañe al matrimonio en orden á las relaciones civiles; dispongan lo que juzguen conveniente á las herencias, dotes, testamentos, etc; pero no pierdan de vista que todo esto es extrínseco al matrimonio; y que sin ello ó con ello, el matrimonio, celebrado

según Dios, es el único verdadero matrimonio. Siempre que las leyes civiles no sean contrarias á la ley de Dios, ni se opongan á las leyes eclesiásticas, podrán ser observadas; pero en otro caso, el cristiano no podrá sujetarse á esas leyes, porque sabe que «es preciso obedecer á Dios antes que á los hombres.» Sabe que, aunque todas las leyes humanas y todo el poder de los gobernantes se empeñen en legitimar la unión del hombre y la mujer, mediante un contrato que llaman matrimonio civil, este contrato, si no se celebra conforme á las prescripciones de la Iglesia, es una infracción manifiesta de la ley divina, un desprecio del Sacramento, y, según la expresión del gran Pío IX: «un torpe concubinato», puesto que «el Sacramento no es una cualidad accidental del contrato, sino de esencia del mismo matrimonio, de modo, que la unión conyugal entre los cristianos no es legítima sino en el matrimonio Sacramento» (Pío IX: Alloc. en Consist. 1865; Carta al Rey de Cerdeña 1852.)

Pues, si para evitar vejaciones y penas, y para el bien de la prole se considerase oportuno presentarse á llenar el requisito impuesto por la ley civil. esto se hará con la intención de no hacer, ante el oficial del Gobierno, otra cosa que una ceremonia meramente civil. «Los que presumieren permanecer en matrimonio en virtud del solo acto civil, son indignos de absolución, mientras no hagan penitencia y se sometan á las prescripciones de la

Iglesia» (Sagr. Penitenc: Instruc: 15 Febr. 1866).

105. *Un protestante:* «La Iglesia católica hace mal en prohibir los matrimonios mixtos, es.. decir, entre católicos y cristianos no católicos».

Respuesta.—La Iglesia tiene para esto muy buenas razones, pues, ante de todo, no se podrá negar que generalmente la parte católica se pone en grave peligro de perder su fe ó de hacerse indiferente. La verdadera fe es el mayor tesoro del cristiano, la norma infalible de su vida, la fuente inagotable de consuelos celestiales y la condición indispensable de la salvación eterna. Por esto la Iglesia pone su principal empeño en conservar á sus hijos este inestimable bien y en apartarlos de todo paso en que pudiera peligrar su fe. Este peligro existe en los matrimonios mixtos, pues, si la conversación familiar con hombres de diferente religión nos ofrece grave peligro de perder la verdadera fe, y por esto los Apóstoles nos previnieron contra él (Tito 3, 10); cuánto más subirá de punto este peligro en el comercio íntimo y nunca interrumpido de la vida conyugal. Y á la vez, cuanto mayor es el amor de los esposos entre sí, mayor es el peligro, pues tal amor no sólo suele disculpar al que yerra, sino es indulgente con el error y le representa como amable y aceptable. Y aunque en los matrimonios mixtos no se llegue siempre á tal punto de que el católico pierda la fe, sucede con mucha frecuencia que la fe

se entibia y viene la indiferencia en cosas de religión, como la experiencia lo enseña.

Por otro lado, no hay duda que en los matrimonios mixtos ordinariamente la educación de los hijos es defectuosa, y no rara vez imposible. El fin principal de la Iglesia es la conservación y propagación del reino de Dios sobre la tierra, y sin ser infiel á este fin, no puede sino querer que la generación naciente sea educada en la Religión verdadera de Jesucristo. Mas ¿cómo será la educación en los matrimonios mixtos? Aun suponiendo que el consorte no católico mantenga la promesa hecha de permitir que sus hijos sean educados como católicos. El no católico regularmente ha de practicar su religión; y entonces, ¿no serán sus razonamientos y su modo de obrar piedra de escándalo para los hijos? Si, por el contrario, el cónyuge no católico es indiferente en cosas de religión, ¿qué impresión no ha de hacer esta indiferencia en los hijos católicos? Y, ¿qué sería de ellos, si el padre protestante manifestase deseos de ver á sus hijos educados en su religión, ó si por temprana muerte de su esposa católica, pasase á segundas nupcias con una mujer protestante? En estos y en otros casos, la educación católica es absolutamente imposible.

Agréguese á todo esto que la Iglesia de Cristo debe exigir que se contraiga el matrimonio con sentimientos de fé, con la debida preparación y con pureza de corazón. Pero ¿có-

mo se puede esperar tal preparación y pureza de un protestante, que no cree que recibe un Sacramento, y que juzga que según su doctrina, le es permitido en ciertos casos el separarse y contraer otro matrimonio? De lo dicho se cemprenderá cuán justos son los motivos de la Iglesia para reprobear los matrimonios mixtos.

106. Entre los mismos protestantes no faltan teólogos y sínodos que desaprueban y prohíben los matrimonios mixtos por iguales razones que la Iglesia católica. Entre varios otros nos limitaremos á hacer mención aquí de un decreto del Comisario superior protestante de Munich, año 1856, en el cual se dice: «No pudiendo existir perfecta unión entre los esposos en un matrimonio mixto, mediando también el peligro de resfriarse en la propia fe ó de perderla enteramente, y siendo la diferencia de religión de los padres, en todas las circunstancias, perniciosa para la religiosa educación de los hijos, el contraer matrimonio mixto, mirado desde el punto de vista eclesiástica, no puedé generalmente aprobarse. . . . etc.» (Gaceta Deutschland núm. 150 años 1856).

Notemos, sin embargo, que á pesar de tantas poderosas razones para desaprobear los matrimonios mixtos, todavía los Papas conceden en ciertos casos y bajo ciertas condiciones la dispensa, pero á pesar suyo y por evitar mayores males.

107. *Los protestantes:* «El aparato de tan-

tas y tan pomposas ceremonias de la Iglesia católica desdice al servicio divino.»

Respuesta. — Ya de antemano respondió Dios á esta acusación, estableciendo en el Antiguo Testamento las ceremonias que los judíos habían de observar so pena de graves castigos, y mandando que se adornase el Santuario con oro precioso, y se celebrase el culto divino con solemne majestad. También en el Nuevo Testamento se sirvió Nuestro Señor en varias ocasiones de ceremonias, como en la última cena, y tan léjos estuvo de reprender al pueblo cuando subió á recibirle en procesión y cantarle hosanna y esparcir palmas y ramos en el camino á su entrada en Jerusalén, que defendió esta conducta de las críticas envidiosas de los fariseos (Matth. 21, 16).

Efectivamente, nadie podrá negar, que se funda en la misma naturaleza humana usar de mayor pompa y solemnidad en ciertas ocasiones. Todo el brillo exterior que rodea á los Reyes de la tierra, como el trono, la diadema, el cetro, sirven para recordar al pueblo la majestad del monarca. Y el uniforme oficial de los militares y las togas de los magistrados, ¿no sirven también para imponer respeto á la ley? Pues, si todo hombre razonable juzga conveniente que los legisladores y jueces humanos estén rodeados de cierta pompa exterior, no hay que estrañar eso mismo en la Iglesia de Jesucristo.

108. Además de esto, ninguna ceremonia de la Iglesia carece de utilidad: Unas son una profesión de nuestra fe, así por ejemplo, cuando acompañamos al Santísimo Sacramento, ó cuando honramos las imágenes y reliquias de los Santos, manifestamos altamente ser cristianos y católicos; otras nos hacen sensibles los efectos de la gracia, por ejemplo, la efusión del agua en la cabeza del niño en el Bautismo; estas nos recuerdan nuestros deberes, como son la tonsura que recuerda á los eclesiásticos su renuncia á las vanidades mundanas; su vestido negro y el de los religiosos, es un predicador continuo del espíritu de sacrificio; aquellas nos inspiran un profundo respeto hácia las cosas sagradas, tales son los cánticos de la Iglesia el sonido de las campanas, la pompa de los trajes sacerdotales, el orden de los ministros que sirven al altar. Y para que nuestros lectores queden más sólidamente persuadidos de la gran utilidad de nuestras ceremonias y que no haya ninguna que carezca de propia significación, les recomendamos la lectura de la conocida obra: «El Porqué de todas las Ceremonias» por Don Antonio Llobera y Abio—Barcelona.

Hoy día no faltan protestantes ilustrados que dan testimonio de todo cuanto hemos expuesto; otros se quejan de que su templo no es ya para el pueblo (protestante) «lugar de adoración, sino un lugar en que el ministro protes-

tante predica de ocho en ocho días un sermón que cada uno puede leer acaso mejor en su casa».

Es conocido también que muchos Ingleses y aun gran número de Americanos del norte van á Roma para asistir á las sublimes ceremonias de la Semana Santa ó á otras magníficas festividades religiosas de entre año. (Véase también Núm. 74).

109. Por último, los protestantes oponen que á lo menos sus Sociedades bíblicas son un excelente medio para la salvación de muchas almas, mientras que los católicos abrigan sentimientos hostiles á la Biblia.

Respuesta.—Ya en el n.º. 34 hemos probado hasta la evidencia que Jesucristo al querer que su doctrina, tal como El la predicó, llegase á ser conocida de todas las gentes, había comunicado el privilegio de infalibilidad á su Iglesia, de la cual está escrito: «que es la columna y sostén de la verdad» (Tim. 3, 15). A consecuencia de esto todos los verdaderos hijos de la antigua Iglesia, desde el tiempo de los Apóstoles hasta nuestros días, siempre y constantemente han creído y sostenido, que sólo por medio de la infalible Esposa de Jesucristo se podía saber el verdadero sentido de la Sagrada Escritura, y recibiendo su interpretación como oráculo del Espíritu Santo, reina-

ba entre ellos la más completa unión y concordia.

Entretanto Lutero y los demás reformadores, al separarse de la antigua Iglesia católica, se vieron obligados respecto de la interpretación de la Biblia, á sentar un principio insostenible, á saber, que el Espíritu Santo inspira el verdadero sentido de la Sagrada Escritura á todo el que lee la Biblia con corazón recto. Pero, á medida que ponían en práctica tal principio, se dividían entre sí y siempre más y más, como si el Espíritu Santo pudiese inspirar cosas contradictorias. Efectivamente, abriendo la historia de la llamada reforma, encontramos que los reformadores se acusaban los unos á los otros de haber falsificado la Biblia, sin que ninguno de ellos pudiese justificarse de los cargos que se le hacían. En ella leemos lo siguiente: Lutero hizo una traducción de la Biblia y habiéndola examinado Zwinglio, declaró que Lutero había cambiado y corrompido la palabra de Dios. Calvino hizo otra versión, y Dumoulin, á pesar de ser discípulo suyo y célebre calvinista, halló que Calvino había desechado ciertos lugares y hecho adiciones á otros. Zwinglio hizo también su propia traducción bíblica; mas los luteranos le hicieron los mismos cargos que él había hecho á Lutero. Ecolampadio y los Doctores de Basel elaboraron por su parte otra traducción; mas Beza la declaró impía en muchos luga-

res. Beza entonces dió á luz su traducción que á su turno fué tachada de impiedad por los Doctores de Basel. Estando en esto, los ministros protestantes de Ginebra desecharon todas estas versiones juntas como defectuosas y emprendieron ellos una nueva traducción. Mas Jacobo I, en la asamblea religiosa de Hamptoncourt, declaró esta versión ginebrina como la peor y la más infiel de todas, etc. etc. (Véase Barthe en su obra: La verdad religiosa, cap. 2).

110. En cuanto á la Iglesia católica, podemos afirmar que ella, muy lejos de prohibir la lectura de las Sagradas Escrituras, desea más bien y ardientemente que los fieles alimenten sus almas con perseverantes meditaciones sobre el contenido de las mismas; pero también el ejemplo de los protestantes le ha enseñado que la lectura de la Biblia puede, en ciertos casos, ser peligrosa. Por lo tanto ha tomado sencillas y sábias medidas precaucionales que no impiden la lectura de la Biblia, sino que, por el contrario, están destinadas á obviar las dificultades y los peligros. Manda, por ejemplo, que sólo pueda hacerse uso de traducciones de la Biblia, que han sido aprobadas por la Iglesia y provistas de notas ó aclaraciones autorizadas. De este modo los fieles saben con certidumbre que lo que leen es la palabra de Dios y no la humana palabra de algún traductor ignorante ó infiel. La simple obediencia á esta disposición basta á hacer reconocer su gran

sabiduría. Ella, no sólo es buena y sabia, es además necesaria. Es así mismo una prueba de que la Iglesia católica dedica mucho mayor cuidado á las Sagradas Escrituras, que los protestantes, que, so pretexto de hacerlas más accesibles á todos, no han hecho sino profanarlas. Si algún lector desea estudiar más á fondo la materia de estas últimas cuestiones, consulte las obras siguientes: 1^a «Historia de las variaciones» por Mr. Bossuet. 2^a «Historia del pueblo alemán» por Jansen.

EPÍLOGO

111. ¡Amados Lectores! Todo nuestro asunto en este opúsculo ha sido manifestaros las riquezas de la fe. Nosotros no habitamos todavía en una ciudad permanente; antes bien como desterrados, nos hallamos en la misma situación que los israelitas cuando salieron de Egipto. Como ellos vamos caminando á la tierra prometida, como ellos somos perseguidos por un ejército de furiosos enemigos, como ellos tenemos que atravesar desconocidos desiertos, y como ellos necesitamos también de una guía. La fe, esta columna resplandeciente, es la guía preciosa que viene á nuestro socorro. Entre tantos caminos espaciosos, que conducen inevitablemente á la muerte, ella nos descubre un camino, estrecho sí, pero el único que lleva á la vida. Este camino es el de la ley, la justicia y las virtudes, por el cual los hijos de la luz debemos andar constantemente. Es verdad que este camino se presenta desde luego áspero y laborioso; pero la fe se pone al frente, camina delante, y va suavizando las asperezas, allanando las dificultades y apartando los estorbos. Si en tan penoso viaje

necesitamos de ejemplos para animarnos, la fe nos pone á la vista, primero al Hijo de Dios andando este camino, y después á los Apóstoles, mártires, confesores y vírgines. . . . á unã multitud innumerable de justos que, siguiendo sus sagrados pasos, llegaron á la mansión de la gloria y nos llaman desde ella.

Habiendo, pues, sido fundados en la fe, permanezcamos firmes y constantes en ella para lograr en día venturoso arribar á las celestes playas de la eterna bienaventuranza.

A. M. D. G.



INDICE

| | <u>Núm.</u> | <u>Pág.</u> |
|-------------------|-------------|-------------|
| Dedicatoria . . . | III. | |
| Obras publicadas | VI. | |
| Prólogo . | VII. | |

PRIMERA PARTE

Luz admirable de la fe. . .

| | | |
|--|----|----|
| CAPITULO I. — Nociones de la fe. | 1 | 2 |
| CAP. II. — De la divina Revelación | 5 | 10 |
| CAP. III. — Dos fuentes de la fe. | 7 | 13 |
| § I. De la Sagrada Escritura . . . | 8 | 14 |
| § II. De la Tradición . . . | 12 | 22 |
| CAP. IV. — De la Iglesia de J. C. y de su infalible Magisterio. | | 29 |
| § I. — De su constitución | 17 | 29 |
| § II. — De las señales de la Iglesia . | | 35 |
| La Iglesia debe ser una, visible, santa, católica y apostólica | 23 | 35 |
| Sola la Iglesia católica romana es una. | 26 | 37 |
| Las sociedades separadas de la Iglesia romana han perdido la unidad | 27 | 38 |
| La Iglesia católica es santa | 28 | 40 |
| Los protestantes oponen: «En tiempo de | | |

| | Núm. | Pág. |
|---|------|------|
| la Reforma, había muchos abusos en la Iglesia». — <i>Respuesta</i> | 29 | 42 |
| Las sociedades separadas de la Iglesia romana han perdido la santidad. | 30 | 43 |
| El caracter de los reformadores: de Lutero, de Zwinglio, de Calvino y de Enrique VIII | 31 | 44 |
| La Iglesia romana es católica ó universal | 32 | 51 |
| Las otras sociedades, separadas de la Iglesia romana no son católicas. | 32 | 52 |
| La Iglesia romana católica es apostólica | 33 | 53 |
| Las otras sociedades separadas de la romana no lo son | 33 | 54 |
| § III. De la infalibilidad de la Iglesia | 34 | 55 |
| Los protestantes dicen: «En la Iglesia católica no faltaron obispos que han enseñado el error». — <i>Resp</i> | 38 | 58 |
| § IV. De la infalibilidad del S. Pontifice | 39 | 58 |
| CAP. V. — Necesidad de la fe y sus cualidades | 43 | 63 |
| Los librepensadores oponen: «Toda religión es buena, lo mismo es creer esto que aquello». — <i>Resp</i> | 44 | 64 |
| Las causas ordinarias de la pérdida de la fe | 46 | 66 |

SEGUNDA PARTE

Tinieblas profundas del Error

| | |
|--|----|
| CAP. I. — Los errores contra Dios y su creación. | 72 |
|--|----|

| | Núm. | Pág. |
|---|------|------|
| <i>Un ateo:</i> «No hay Dios». — <i>Resp.</i> . . . | 48 | 72 |
| <i>El ateo sigue:</i> «Ya convengo en que hay un Dios, pero es exagerado afirmar que Dios es infinitamente perfecto». — <i>Resp.</i> | 49 | 74 |
| <i>Un fatalista:</i> «Que aprovecha afanarse para conseguir la salvación, pues, de todos modos lo que Dios ha previsto tiene que suceder». — <i>Resp.</i> | 50 | 75 |
| <i>Un impío:</i> «No es propio de la misericordia infinita de Dios condenar á nadie, Dios no se venga». — <i>Resp.</i> | 51 | 76 |
| <i>Un panteísta:</i> «Cuando en mi juventud me solazaba en la mitología creía en la pluralidad de dioses, pero más tarde, siguiendo la corriente del mundo, preferí la doctrina de los panteístas: «que Dios es el universo» — <i>Resp.</i> | 52 | 77 |
| <i>Un sofista:</i> «Si el Padre es Dios, el Hijo es Dios, el Espíritu Santo es Dios: luego son tres Dioses». — <i>Resp.</i> | 53 | 78 |
| <i>Un filósofo moderno:</i> «No puedo admitir que Dios crió el mundo en seis días de veinte y cuatro horas». <i>Resp.</i> | 54 | 80 |
| <i>Los deístas:</i> «Hay un Dios, pero sin Providencia, pues es envilecer la magestad del Señor, enseñar que Dios cuida de lo que pasa en el mundo.» - <i>R.</i> | 55 | 80 |
| <i>Los deístas replican:</i> «Mas si Dios ordena y dirige todas las cosas en este mundo ¿por qué existe el mal? ¿lo quiere acaso Dios?» — <i>Resp.</i> | 56 | 83 |
| CAP. II: — Los errores que se refieren al hombre en orden á su último fin. | | 85 |
| <i>Un materialista:</i> «Me cuesta creer que | | |

- el hombre ha sido criado por Dios y que tiene un alma espiritual é inmortal. — *Resp.* 57 85
- Un librepensador:* «El hombre presenta tan extraña mezcla de nobleza y degradación, de grandor y de pequeñez, que no es posible que haya salido de las manos de un Dios infinitamente sabio, infinitamente bueno». *Resp.* 59 88
- Un judío:* «Jesús de Nazaret no es el Mesías prometido y esperado por los judíos». — *Resp.* 60 89
- El judío,* habiendo leído atentamente la respuesta anterior, no tiene inconveniente en admitir que Jesús de Nazaret es verdaderamente el Mesías prometido, pero no cree que Jesucristo es Dios, sino un Profeta que hizo milagros como Elías y como él subió al cielo. — *Resp.* 63 99
- El judío,* para salir de una última duda pregunta ¿por qué razón el Mesías prometido debía hacer un papel tan humillante, y qué es lo que consiguió para nosotros con su pasión y muerte? — *Resp.* 67 105
- Un incrédulo:* «No es lógico creer en el Juicio universal, puesto que el hombre está ya juzgado y sentenciado, desde el momento en que espiró, y la sentencia que se dió entonces, jamás se ha de revocar». — *Resp.* 70 108
- Los protestantes:* «El purgatorio es una invención moderna, un fantasma, imaginado por los curas; porque la idea del purgatorio ningún fundamen-

- to tiene en la Sagrada Escritura, ni en la Tradición». — *Resp.* 71 112
- Un librepensador:* «Yo no creo en el infierno porque nadie lo ha visto, además, no me parece posible, que Dios infinitamente justo puede castigar pecados cometidos en un momento con penas eternas». — *Resp.* 72 114
- CAP. III. — Los errores que atañan los Mandamientos. 116
- Un cristiano de fe muerta:* «Yo creo todo lo que Dios ha revelado y esto solo ya me basta para salvarme.» - *R.* 73 117
- Los protestantes:* «Siendo Dios un espíritu perfectísimo, se concibe, que se le debe un culto interior; pero, ¿qué significa todo el aparato exterior, desplegado por los católicos en sus ejercicios religiosos?, ¿por qué se les manda el culto exterior». — *Resp.* . 74 118
- Un espiritista:* «No veo mal alguno en asistir á las reuniones de los espiritistas». — *Resp.* 75 120
- Un protestante:* «Me repugna el culto de los Santos como lo entienden los católicos, especialmente el título de «Inmaculada» que dan á María, Madre de Jesucristo; pero sobre todo, la veneración que tributan á las imágenes y reliquias, puesto que Dios en el primer precepto divino prohibió fabricarse estatuas y adorarlas». — *R.* 76 122
- Un católico liberal:* «Los católicos liberales son los verdaderos católicos.» - *R.* 79 129
- El católico liberal sigue:* «Yo no tengo

- escrúpulo en leer cualquier impreso que se me ofrezca, porque es exagerado todo cuanto declaman los curas contra la mala prensa, mayormente si se trata de periódicos, por ser escritos pasajeros, nacidos y muertos en un solo día». — *Resp.* 80 131
- El católico liberal sigue:* «Me gusta la moral independiente». — *Resp.* . . . 81 135
- Un revolucionario:* «No hay inconveniente en negar la obediencia á los soberanos de derecho y aun sublevarse contra ellos». — *Resp.* 82 136
- Un católico de nombre:* «Yo soy católico, apostólico, romano, pero no practico el catolicismo». — *Resp.* 84 139
- Un obrero extranjero:* «Mientras estuve en Europa, nunca me atreví á trabajar los días de fiesta, pero aquí en América, nuestros patrones nos obligan á ello; además me parece mejor, porque así trabajando los domingos, se evitan los excesos que pudiera traer la ociosidad». — *Resp.* 86 143
- Un mal católico:* «El duelo me parece lícito, puesto, que en muchos casos es el único medio, de alejar de sí la infamia, de ser tenido como cobarde y de salvar el honor». 88 145
- Un librepensador:* «A ninguna autoridad, ni á la suprema, es permitido imponer la pena capital á los delincuentes». 89 147
- CAP. IV. — De los errores que se oponen á los medios que Dios nos ha dado para llegar á la eterna felicidad. 148

- Un incrédulo:* «El hombre por sus propias fuerzas puede observar los Mandamientos y alcanzar la felicidad.» - *R.* 90 148
- Un impío:* «Si la misericordia de Dios es tan grande, como dicen, y su gracia tan omnipotente, basta que me convierta á última hora». — *Resp.* . . . 91 150
- Un incrédulo:* «Los siete Sacramentos son una invención humana, que en el curso de los siglos se introdujeron.» *R.* 92 152
- Los protestantes:* «Las palabras de Cristo: «Este es mi Cuerpo», no tienen otro sentido que: «esto representa ó significa mi Cuerpo». — *Resp.* . . . 93 154
- Los protestantes:* «No admitimos que la Misa sea verdadero sacrificio, pues, siendo el sacrificio de la cruz de valor infinito y suficiente para todos los tiempos, sería blasfemar de él, admitir cualquier otro sacrificio». — *Resp.* . 96 158
- Los protestantes:* «Todos los fieles; para tener la vida, deben comulgar bajo las dos especies de pan y vino, puesto que Cristo lo manda así, diciendo: «Si no comiereis mi Carne y bebiereis mi Sangre, no tendréis la vida en vosotros.» — *Resp.* . . . 99 163
- Los protestantes:* «La confesión es una invención de los sacerdotes». — *Resp.* 100 165
- Los protestantes:* «El perdón de los pecados se compra en la Iglesia católica con indulgencias». — *Resp.* . 102 168
- Un incrédulo:* «El matrimonio es un contrato, que se debe celebrar ante

| | |
|--|-----------|
| los funcionarios del Estado y al cual después se puede á elección añadir ó no la bendición del Sacerdote.» — <i>R.</i> | 104 171 |
| <i>El protestante.</i> «La Iglesia hace mal en prohibir matrimonios mixtos, es decir, entre católicos y cristianos no católicos». — <i>Resp.</i> | 105 174 |
| <i>Los protestantes:</i> «El aparato de tantas y tan pomposas ceremonias de la Iglesia católica desdice al servicio divino». — <i>Resp.</i> | 107 176 |
| <i>Por último,</i> los protestantes oponen que á lo menos sus Sociedades bíblicas son un excelente medio para la salvación de muchas almas, mientras que los católicos abrigan sentimientos hostiles á la Biblia . . . | 109 179 |
| EPILOGO . | . 111 183 |



